

enredo diabólico

VIC LOGAN



Tres personas a veces pueden ser una multitud, sobre todo cuando uno tiene una novia como Samantha Gilles. Por eso me excusé ante mi amigo el doctor Harwey declinando su invitación:

—Tengo algo que hacer. Nos veremos cualquier día de éstos.

—Siéntate con nosotros y toma unas copas —insistió Harwey.

Miré a la chica y envidié sinceramente a mi amigo. Esto hubiese sucedido aun sin estar reñido con Julia, porque la belleza siempre es la belleza y Samantha podía simbolizarla perfectamente.

Ella insistió:

—Por favor, señor Barker, siéntese…



Vic Logan

Enredo diabólico

Bolsilibros - Servicio Secreto - 982

ePub r1.0
LDS 22.01.18

Título original: *Enredo diabólico*
Vic Logan, 1969
Ilustraciones: Macabich
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2



SS SERVICIO SECRETO



PRÓLOGO

ENREDO DIABOLICO. Sí. Éste podría ser el título del caso que tengo sobre mi mesa, después de ordenar todas las cuartillas por el orden en que se sucedieron los hechos.

Ahora que todo ha terminado, repaso una y otra vez los apuntes y tengo que confesar que, de no haber tomado parte activa en el asunto, a mí mismo me costaría trabajo creer que tales cosas hayan podido acontecer.

Y la verdad es que mi intervención al principio fue casual. Como la mayoría de las cosas importantes que nos suceden en la vida, tuvo un arranque inesperado.

Como policía que soy, detective Jeremy Barker, de la Brigada de Homicidios del distrito de Manhattan en Nueva York, se supone que no deberían extrañarme ciertas cosas, pero «ésta», me pilló verdaderamente por sorpresa y repito que mi actuación se debió a un cúmulo de circunstancias que me llevaron aquella tarde a
Pepe's,
uno de los *snacks* de moda del barrio bohemio.

En realidad yo debía haberme encontrado muy lejos de allí, pero…

Empezaré por el principio, que es lo lógico, y aunque en este asunto todo comenzó mucho antes de aquella tarde, para mí tuvo su inicio precisamente al anochecer de aquel 2 de febrero.

Me hallaba yo disfrutando un permiso de tres semanas. Eran mis vacaciones. Llevaba un par de años sin saber lo que era un día de asueto y al fin se acordaron de mí.

Una semana antes el teniente Sam McGowan, mi jefe, un gran tipo, del que, sin embargo, muchos opinan —incluido yo a veces— que se desayuna con vinagre, me dijo:

—Disfrute de su permiso, Barker, diviértase, y si ha pensado seriamente en casarse, mi enhorabuena por anticipado.

Lo de «enhorabuena» lo dijo como si pronunciara una sentencia condenatoria.

Desde luego, no le hice ningún caso, y tampoco necesitaba de sus consejos para disfrutar de mi permiso y pasarlo bien. Pensaba ciertamente en casarme. En casarme con Julia.

Mi matrimonio con Julia vengo demorándolo desde hace casi un año. Es decir, es ella quien lo demora. Me explicaré. Julia es actriz o, mejor dicho, pretende serlo.

No es que sea mala actuando, pero nunca ha conseguido un primer papel. Personalmente creo que tiene buenas cualidades —incluso mejores que algunas estrellas de relumbrón— pero a la fama hay que llegar paso a paso y Julia se empeñó —o creyó— que podría llegar a las primeras de cambio.

Me pidió que le diera una oportunidad y accedí, y así llevamos un año.

Últimamente estaba decidida a dejar el teatro y convertirse definitivamente en la señora Barker, en mi esposa.

Hablar de la frecuencia con que las mujeres cambian de opinión es como hablar del estado climatológico del tiempo cuando uno se encuentra con alguien en un ascensor. Es cosa archisabida.

Pues bien, habíamos decidido casarnos aprovechando mi permiso de tres semanas y el final de la comedia que ella venía representando en Broadway.

Pero sí, sí…

En el último instante le salió «su oportunidad».

La compañía prorrogaba la temporada para representar la obra en provincias y a ella le ofrecieron el papel de protagonista.

—Habíamos convenido nuestra boda, Julia…

—Es sólo por dos semanas…

—Julia, ya hemos esperado demasiado tiempo.

—Jeremy, eres un egoísta…

Y así siguió la discusión y… ¿Para qué seguir?

Nos enfadamos, quizá ninguno de los dos tenía razón, pero no cedimos y se acabó el noviazgo.

Lo sentí, aunque no quería reconocerlo, pero tampoco quería rebajarme y volver a ella. Quizá a Julia le estaba sucediendo lo mismo y con ceder un poco cada uno todo habría terminado en un beso, pero no ocurrió así, y aquella tarde, asqueado de todo, viendo

como había perdido mi primera semana de permiso iba a salir de mi desordenado apartamento cuando alguien me llamó por teléfono.

«¿Será ella?», pensé.

Tomé el auricular con verdadera ilusión.

—Es ella —me dije—, ha reflexionado y quiere hacer las paces.

Me alegraba la idea, pero premio se desvaneció mi ilusión.

Al otro lado de la línea sonó una voz de hombre. La de Albert Winston:

—¡Hola, capitán! ¿Cómo andan tus amigos los criminales?

—Ni soy capitán, ni tengo amigos de esa clase —respondí ásperamente.

—¿No te han ascendido? ¿En qué prensan esos enchufados que calientan sillones?

—No soy adivino, Albert.

—¡Ah! Veo que sigues tan observador como siempre. Me has reconocido.

—Chillas tanto que podrías prescindir del teléfono. ¿Desde dónde llamas?

—Desde mi choza de Long Island. Oye, necesito tu ayuda. Un buen asunto.

—Estoy de vacaciones, lo siento.

—De vacaciones y de pésimo humor. Se te adivina. Yo también soy observador.

—Te felicito.

—En serio, Jeremy, es un asunto importante.

«¡Qué pesado!», pensé.

En otras circunstancias me habría alegrado su llamada porque Albert era de esos tipos que tienen un don especial para atraer a las mujeres y siempre las coge a pares, por lo que uno nunca se aburre, pero en aquellos momentos no estaba de humor aunque…

¿Por qué no? ¿Por qué no tomar unas copas y alternar con una chica? Al fin y al cabo, ¿no es eso lo que hacen los desengañados?

—Si tienes una rubia de mi talla, yo pago el *whisky* —repliqué.

—No se trata de eso. Es un asunto, digamos, profesional.

Me extrañó. Albert Winston «no podía dedicarse a los asuntos profesionales».

—¿No te retiraron tu carnet de detective privado?

—Esto es extraoficial.

—No quiero meterme en líos.

—¿Somos o no somos amigos? —replicó con su tono agudo y optimista de siempre.

Otra vez pensé:

«Somos amigos de juergas y nada más».

Pero contesté:

—Nada de líos. Estoy de vacaciones.

—Oye. Ve al

Pepe's.

Me reuniré contigo dentro de una hora. No te arrepentirás. Hay mucho dinero de por medio y puedo asegurar que se trata de un asunto limpio.

Dudé. El se impacientó:

—¿Qué decides?

—Prefiero tomarme unas copas y no pensar en nada.

—No faltarán esas copas y alguna que otra chica. Ya me conoces —rió.

Sí, le conocía. No había trabajo en el que no anduviera mezclada una chica. Por eso le retiraron el carnet, porque una vez se lió con una que lo único que pretendía era conseguir el divorcio de su marido. Y el marido resultó ser un pez gordo. Total, que no hubo divorcio y Albert Winston perdió la licencia. Es lo que les ocurre a los ojeadores privados que se meten en chanchullos de este tipo para «engrasar» sus menguados bolsillos.

En fin, acepté y esto me llevó al *snack*

Pepe's.

Llegué media hora antes y me senté a la barra. Aún había poca gente y me sirvió Pepe en persona, un mejicano afincado en Nueva York que se preciaba de hacer los combinados más explosivos del Estado.

Me fijé en sus recortados bigotes, en su aire de cocinero aburguesado y correspondí a sus palabras de bienvenida con un gesto ambiguo, para dedicarme a mi *whisky*. *Whisky* con hielo.

Pepe me miró con aire apenado. Un *whisky* era demasiado vulgar y casi un desprecio a su sapiencia de coctelera, pero a mí me importaba un comino lo que pudiera pensar Pepe.

Para entretener mi ocio entre sorbo y sorbo, cogí un periódico que otro cliente había dejado sobre el taburete.

Llevaba una semana sin ojear un periódico por aquello de tomarme unas vacaciones en serio y olvidar el mundo del crimen. Mi mundo.

La fuerza de la costumbre me llevó a abrir el rotativo por la página de sucesos.

Leí con desgana las gacetillas de los últimos robos y asesinatos, hasta que una noticia llamó mi atención.

Era una crónica de Danville, del vecino Estado de Pennsylvania. La noticia era escueta. Decía:

«Roy Curtis sigue sin aparecer desde hace tres días. La policía parece que no tiene ninguna pista. Es el primer caso de esta índole que acontece en la pequeña villa, desde que tuvo lugar el famoso secuestro del pequeño Thomas Berry, hijo del multimillonario…».

«¡Roy Curtis! —exclamé para mí—. ¿Será una coincidencia o acaso se trata de…?».

Salté de mi taburete, sin acordarme para nada de mi cita con Albert Winston y dispuesto a ir a la Brigada a pedir toda posible información del caso, y, sobre todo y en primer lugar, averiguar si se trataba del Roy Curtis en quien yo estaba pensando.

Debo aclarar que Roy era mi mejor amigo, y digo era porque desde que dos años antes dejara la Brigada de Homicidios, de la que era detective, lo mismo que yo, ya no volví a saber de él.

En un minuto pasaron por mi mente los sucesos que determinaron la dimisión de Roy. Recordé que…

Mis pensamientos se interrumpieron cuando en el *snack* hizo acto de presencia John Harwey.

John Harwey era un viejo amigo. Viejo por la antigüedad, pues en realidad contaría los mismos años que yo. Treinta o treinta y uno. Era médico. Y últimamente, a raíz de sus diagnósticos precoces sobre enfermedades cardíacas, unidos a sus delicadas intervenciones de las llamadas de «a corazón abierto», se había convertido en un médico famoso y, por supuesto, mucho mejor retribuido que yo.

En realidad, lo que más me llamó la atención de aquel encuentro fue la joven que le acompañaba. Era de una belleza extraordinaria. Moderna, pero sin extremismos, de cuerpo bien moldeado. Era lo que se dice vulgarmente «un bombón».

Naturalmente, se alegró de verme y me la presentó:

—Mi prometida Samantha Gilles.

Por lo ocurrido anteriormente y por aquel encuentro fue por lo que nunca olvidaré aquella tarde del 2 de febrero de 1968.

CAPÍTULO PRIMERO

Tres personas a veces pueden ser una multitud, sobre todo cuando uno tiene una novia como Samantha Gilles. Por eso me excusé ante mi amigo el doctor Harwey declinando su invitación:

—Tengo algo que hacer. Nos veremos cualquier día de éstos.

—Siéntate con nosotros y toma unas copas —insistió Harwey.

Miré a la chica y envidié sinceramente a mi amigo. Esto hubiese sucedido aun sin estar reñido con Julia, porque la belleza siempre es la belleza y Samantha podía simbolizarla perfectamente.

Ella insistió:

—Por favor, señor Barker, siéntese…

Mi instinto de observación me dijo que las palabras de la bella no eran simple cumplido.

—No te hagas de rogar. A menos que estés de servicio prueba uno de esos «explosivos» de
Pepe's.

—Estoy de vacaciones —murmuré—. Y en cuanto a los explosivos…, ¿debo tomarlo como consejo médico?

—No puedo recomendarlo a mis enfermos, pero confidencialmente te diré que Pepe los prepara estupendos.

—¿Es eso lo que recetas a tus clientes?

—He dejado a mis clientes por una temporada. Voy a casarme.

Samantha añadió:

—Pero esa temporada será muy corta. Tendremos que aplazar nuestra luna de miel. Johnny quería que esperásemos, pero está demasiado solicitado y yo demasiado enamorada…

Pensé en Julia. ¡Qué lástima que ella no hubiese sentido los mismos deseos que Samantha de casarse!

—Es una gran chica —murmuró Harwey—. Sé que voy a ser

muy feliz con ella.

Salí de mi embobamiento para responder:

—Y yo os lo deseo sinceramente. ¿Cuándo es la boda?

—La próxima semana. Lo hemos decidido rápidamente. Te habría avisado de todos modos. Cuento contigo. Será tina ceremonia íntima y tú eres como de la familia.

—Supongo que no puedo negarme —sonreí.

Hablarme de bodas y felicidad en aquellos momentos era como nombrar la soga en casa del ahorcado, pero ellos no tenían ninguna culpa de mi desdicha.

El camarero sirvió los tres combinados, aparatosamente preparados, y alzamos nuestros respectivos vasos.

Brindé por ellos. Tomé un sorbo y de nuevo vino el camarero:

—Preguntan por Jeremy Barker.

—Soy yo —dije.

—Le llaman por teléfono, señor.

—¿Dónde?

—Puedo traerle el aparato si lo desea.

—Sí, desde luego —accedí.

Instantes después me ponía al habla con Albert Winston, el hombre que me había citado en el *snack*, gracias a lo cual leí aquella gacetilla de sucesos y conocí a Samantha Gilles.

—Lo siento, Jeremy —me dijo el ex ojeador privado desde el otro lado de la línea—, me es imposible ir hoy. Ha surgido algo a última hora, pero hablaremos de «nuestro asunto» otro día.

—No es «nuestro asunto» sino tuyo. Yo no te prometí nada.

—Te llamaré de todos modos, Jeremy, y perdona que te haya hecho perder tu tiempo.

No sé por qué miré a Samantha y me dije que no, que no había perdido mi tiempo.

Colgué y me despedí de mis amigos.

—¿Se va tan pronto? —sonrió ella.

Me pareció la sonrisa de un ángel que hubiese tomado forma humana.

—Ustedes van a cenar y yo tengo que llegarme a la Brigada.

Ella se volvió hacia Harwey y murmuró:

—¿Por qué no le invitas a ver nuestra casa?

—¡Oh, sí! —exclamó el médico—. Es toda obra de Samantha. La

decoración, claro. Es una excelente decoradora.

—Una profesión muy agradable —murmuré por decir algo.

—Es pura afición tan sólo. Yo me dedicaba a diseñar modelos, pero Johnny no quiere que trabaje en adelante, aunque me ha permitido que instale nuestra casa a mi gusto.

—Seguramente será exquisito —dije a mi vez.

—¿Le va bien el lunes, señor Barker? —me preguntó ella—. Es dentro de tres días.

—Pues…, no sé.

—Vamos a celebrar nuestra despedida de solteros de un modo original —añadió Harwey—. Juntos. Juntos terminamos la soltería, para empezar una nueva vida. ¿No te parece original?

—En este caso…, ¿qué papel voy a representar yo?

—Por favor, no serás el único invitado. Es una fiesta particular.

—De acuerdo. El lunes —prometí—. ¿Y dónde es ese nido de amor?

—En la nueva zona residencial de Long Island. Colbert Street, en el número 33.

—¿A las siete? —pregunté.

—A las siete —corroboró Harwey.

Me despedí definitivamente de la pareja y salí de Pepe's para dirigirme a la Brigada.

El asunto de la desaparición de Roy Curtis volvía a ocupar totalmente mis pensamientos.

CAPÍTULO II

—¿Añoraba esto, Barker?

Así me recibió el detective sumido en un mar de expedientes, notas y papeles, que abarrotaban su mesa.

Le mostré el periódico:

—¿Sabe algo de esto?

Echó una ojeada y negó con la cabeza:

—Bastante trabajo tenemos aquí para ocuparnos de lo que ocurre en Pennsylvania.

—Me refiero al nombre, señor. Roy Curtis.

Estuvo un momento mirando unos apuntes como si yo no existiera. Al fin me miró con aquella cara grave que solía poner en determinadas circunstancias.

—Roy Curtis ya no pertenece a nuestra Brigada. Yo que usted no me preocuparía por una coincidencia de nombres.

—¿Es de veras una coincidencia? —pregunté.

—Cuando a usted se le mete una cosa entre ceja y ceja no se detiene ante nada, ¿verdad? No le importa ver mi mesa llena de cosas por resolver. Tiene que fastidiar. ¿Por qué no disfruta de su permiso?

—Usted sabe que Roy era mi mejor amigo.

—A veces también le gusta emplear frases vulgares.

—A usted no le era simpático —sonreí—. Pero no he venido a discutir agua pasada. Cada cual tiene su opinión; la mía es que entonces Roy cumplió con su deber.

—Tengo trabajo, Barker —replicó mi jefe, volviendo a sus papeles.

—Está bien. Lo averiguaré de todos modos —repliqué a mi vez poniéndome en pie.

Si yo conocía bien al teniente, él no me conocía menos a mí.

—Está bien, Barker. Ya veo que está dispuesto a meterse en un lío.

—Si usted lo dice… —ironicé.

—Si va usted a Pennsylvania no tiene allí ninguna jurisdicción. ¿Se da cuenta?

—¿Quién le ha dicho que voy a ir a Pennsylvania?

—Le conozco.

—Soy un ciudadano libre. Tengo mis vacaciones, en todo caso puedo viajar por todo el país. Aquí no necesitamos salvoconductos, ¿verdad?

No contestó directamente. Buscó entre sus papeles y sacó un informe.

Leyó:

—Roy Stephen Curtis. Ex detective de la Brigada de Homicidios, en ignorado paradero desde que dejó su puesto. Se supone pueda ser el hombre desaparecido en Danville Estado de Pennsylvania. No existe ninguna fotografía para posible identificación. Sus señas personales coinciden. —Dejó de leer y añadió—: Es todo lo que sabemos. La policía de Pennsylvania nos pidió la información.

—Entonces… Se trata de Curtis.

—Hemos mandado una de nuestras fotos de archivo para que puedan identificarle. ¿Satisfecho?

Me acerqué a la mesa de mi jefe y le apunté con el dedo. Sabía que detestaba que lo hiciera, pero no pude contenerme:

—¿Se da cuenta, teniente? Roy no ha desaparecido por las buenas, desde que dejó la Brigada anda tras lo mismo y hasta es posible que haya llegado a descubrir algo puede ser la causa de su desaparición.

—No sé lo que estaba haciendo Roy Curtis, ni me importa —contestó de mal talante el teniente—, pero el asunto quedó cerrado hace dos años y si trató de desempolvarlo biza mal.

—No sé dónde aprendí que un policía nunca debe abandonar totalmente un caso sin agotar todas sus posibilidades.

—¿No aprendió también que un detective debe obedecer a sus jefes?

—Sí, señor.

—Pues está claro.

—No, señor. Olvida un pequeño detalle.
—¿De veras?
—Curtis no es detective, y yo estoy de vacaciones. No hay órdenes que obedecer.
—Usted siempre quiere tener razón, Barker, pero se lo advierto, no se meta en líos. Este asunto pertenece a la jurisdicción de la policía de Pennsylvania. Concretamente, al *sheriff* de Danville. No quiero quejas.
—No se preocupe, no las tendrá —repliqué dando por finalizada mi entrevista que, a pesar de ser bastante agria, yo la consideré muy normal dado el carácter del teniente McGowan y el mío particular. Eramos dos polos opuestos pero en el fondo policías natos, ambos sentíamos nuestra profesión, aunque cada uno a su modo.
Salí de la Brigada, dispuesto a regresar a mi apartamento el tiempo justo para recoger algunas cosas y tornar el primer tren para el vecino Estado.

* * *

Ya en el tren no cesaba de preguntarme: «¿Qué demonios ha estado haciendo Roy? ¿Qué ha podido descubrir? ¿Por qué ha desaparecido?».
Recordé el asunto al que se dio un silencioso carpetazo y le costó el puesto a Roy.
En realidad Roy no fue expulsado. Tenía demasiado orgullo para esperar una decisión de las altas esferas. Prefirió entregar su placa antes de que se la exigieran o le tuvieran postergado, como una limosna en reconocimiento a su brillante hoja de servicios.
En este aspecto Roy era como yo. O se actúa libremente o se va uno a casa. Él se fue a casa.
Recuerdo sus últimas palabras:
«Te deseo mejor suerte, Jeremy, pero dudo que la tengas. Tú eres de los míos».
Le pregunté qué pensaba hacer y se encogió de hombros. Se largó y no volví a saber de él.
¿Qué había sucedido para que un hombre de su integridad dejara el Cuerpo en el que tan buenos servicios había prestado?

La historia es breve. Puedo recordarla paso a paso…

Roy estaba de guardia cuando se recibió una llamada anónima:

—*Han asesinado a una muchacha junto al muelle cuarenta y dos.*

Éste fue el comunicado. Roy se presentó en el lugar con dos agentes y encontró el cadáver de un chica. Había sido brutalmente golpeada. No llevaba ropa alguna y, por tanto, carecía de documentación que pudiera identificarla.

No había ningún testigo. El lugar era solitario. Cerca había un yate de gran calado. El *Neptuno II*. Estaba como a unos cien metros. Roy preguntó al personal de a bordo. Dos marinos que estaban al cuidado del barco.

——*No* hemos visto nada. No sabemos nada.

Uno estaba durmiendo y el otro dijo haber estado un buen rato sentado en la toldilla de popa, saboreando un buen *whisky* y escuchando música.

En el yate no había nadie más, pero Roy dispuso que alguien permaneciera en aquel lugar vigilando con discreción.

No ocurrió nada de particular.

No había pistas. Nadie denunció la desaparición de ninguna muchacha de las características de la asesinada y Roy se agarró a la única posibilidad.

Buscó al propietario del *Neptuno II*. Era un tal Anastas Kormalis, de origen incierto pero nacionalizado estadounidense. Multimillonario, de variados y complejos negocios en apariencia legales.

Kormalis, según averiguó Roy, era amigo de fiestas y francachelas, organizaba frecuentes cruceros y cuando zarpaba la mayor parte de sus invitados eran chicas. Chicas escogidas que destacaban por sus encantos.

Con él viajaban otros hombres, millonarios por supuesto y las diversiones de la travesía podían suponerse como auténticas bacanales que quizá harían palidecer a las orgías romanas de la época de los Césares.

No existía ninguna denuncia contra Kormalis, referente a corrupción o parecida suciedad.

El asunto parecía de lo más feo y Roy me dijo:

—Daría cualquier cosa por ir en uno de esos cruceros.

Le contesté bromeando:

—¿Por qué no te vistes de mujer?

Me miró como si acabara de dar con la piedra filosofal y me replicó:

—Acabas de darme una gran idea.

No se vistió de mujer por supuesto, pero al cabo de dos días había conseguido encontrar lo que andaba buscando: una chica.

Se llamaba Mónica. Hay que correr un tupido velo sobre el pasado de Mónica. Tenía un largo historial de detenciones por conducta no apta para moralistas, pero al fin había sentado la cabeza y hasta consiguió casarse con un hombre comprensivo y el matrimonio parecía vivir feliz.

Mónica tenía el encanto propio de esas chicas que parece que nunca han roto un plato, pero su aparente ingenuidad no era de esas cargantes y estudiadas que uno «ve a la legua» que es pura pose. Mónica era así, lo fue siempre.

Roy logró convencerla para que intentara meterse en el yate. Mónica se negó en redondo. Mi amigo no la coaccionó con remover su pasado, se limitó a sacar a relucir los favores que en más de una ocasión le había hecho y supo influir en ella hablándole de Kormalis como casi un seguro canalla.

Mónica odiaba a los hombres como Kormalis. Sus motivos tenían origen en el primer hombre de su vida. Un Kormalis poco más o menos.

Aprovechando una ausencia de su marido, Roy arregló bien el tinglado y en una semana consiguió que Mónica conociera al propietario del yate y hasta tuvo la suerte de que éste la invitara en su inmediato crucero.

Provista de un transmisor de onda corta embarcó en el *Neptuno* II, dispuesta a ver, oír e informar.

Y oyó. Oyó nombrar por primera vez a Sandra Pasolini. El multimillonario, en un momento determinado, en su despacho privado y hablando con uno de los marinos, dijo:

—Lo de Sandra Pasolini no tiene que volver a ocurrir nunca más. No quiero que la policía ande husmeando a mi alrededor.

—No pueden probarnos nada, señor.

Mónica escuchó todo esto metida entre una puerta secreta del estante-biblioteca del barco y pudo grabarlo en un diminuto magnetofón a transistores. Pero fue descubierta.

Para colmo de las desdichas el marido de Mónica, abogado de profesión, llegó antes de tiempo.

Se armó un escándalo «entre bastidores». Uno de esos escándalos que no trascienden por conveniencia de unos y de otros.

El magnetofón quedó destruido. Kormalis formuló una denuncia ante el fiscal y el marido de Mónica amenazó con querellarse contra la policía acusándoles de coacción en la persona de su esposa.

Roy pagó los platos rotos. Había obrado por su cuenta sin permiso. Había metido a una «espía» en el yate, lo cual declaró, y sin dejar en mal lugar a Roy, tampoco quiso enfrentarse con su marido.

Hubo que oír a McGowan.

Roy insistió delante de mí:

—Seguía una buena pista, señor. Y puedo demostrarlo.

Había conseguido una lista de todos los Pasolini y dio con el que buscaba. Un italiano, internado en una clínica. Era un tullido. Necesitaba un tratamiento para recuperarse. Era el padre de Sandra. No echó de menos su presentía porque ella trabajaba y no podía visitarle con demasiada frecuencia. Se comprobó que la muchacha era en realidad su hija Sandra Pasolini.

—¿Se da cuenta, señor? Kormalis la nombró.

—¿Y cómo va a probarlo, Curtis?

—Mónica lo oyó.

—¿Y cree que la palabra de una prostituta derrumbará las mil y una coartadas de Kormalis? No, Roy… Además, olvídese de este asunto. Está envenenado.

—Pero, señor… Sabemos que…

—No importa lo que sepamos, Curtis. Nos ha metido a todos en un buen lío. Los periódicos de la oposición dicen que odiamos a los millonarios, que allanamos sus moradas sin razón. El marido de Mónica pretende querellarse y el fiscal está que arde. Preséntemepruebas concretas, obtenidas con buenas artes, y entonces acallaremos la opinión. Entretanto olvídese de esto.

Curtis salió desmoralizado.

—¿Qué pintamos los policías, Jeremy, cuál es nuestro papel cuando nos hallamos ante un criminal que parece protegido por leyes especiales?

—Tómatelo con calma —le dije sin sentir realmente lo que

decía.

—No puedes pedirme que me cruce de brazos. Detenemos a docenas de ladronzuelos; unos son criminales en potencia, otros simples desgraciados y sobre ellos, sí, sobre ellos hacemos recaer todo el peso de la ley; pero ¿y esos otros?

—Me gustaría ayudarte. Esos cerdos como Kormalis me repugnan, pero ya sabes el juego; no basta con ser testigo presencial de un crimen, necesitas testigos, pruebas. Así vivió tantos años Capone y otros cuantos.

—Encontraré esas pruebas…

—Roy —le aconsejé—, unos por una cosa y otros por otra a todos nos conviene echar tierra a ese asunto. El marido de Mónica no se querellará para evitar el escándalo. Kormalis, muy paternalista, ha dicho que por esta vez se sentirá magnánimo y olvidará. Mónica está asustada, no quiere perder su felicidad, no quiere verse arrojada a lo de antes… Estás solo.

—¿Me pides que me cruce de manos? ¿Es eso lo que harías tú?

Negué con la cabeza y añadí:

—Obra con cautela. Sé más listo que ellos. Deja que se enfríe el asunto, agacha la cabeza y di «sí, señor» a todo. No es fácil, pero inténtalo, pero ve trabajando sin que lo adviertan. Y cuenta con mi ayuda.

Roy no tenía nada personal contra Kormalis, pero odiaba el crimen y trabajó. Buscó testigos, visitó a algunas chicas que habían ido en algunos de esos cruceros y a fiestas particulares del millonario.

Eran simples contratos. Me lo dijo días más tarde mientras tomábamos café en el bar de la esquina:

—Viajan como secretarias de los hombres de negocios que van con ellos. Kormalis paga bien y siempre encuentra chicas que se fijan más en el dinero que en la mano que lo da.

—Saben a lo que van —observé yo.

—No todas, Jeremy. No todas. Algunas comprenden demasiado tarde.

—¿Por qué callan?

—Por miedo. ¿Qué chica quiere verse comprometida? Kormalis negaría. Sus amigos serían los primeros en apoyarles. Todos son gente importante, demasiado importante.

—Pero habrá alguna…

—… que calla porque metería en un escándalo a su padre, un hombre de negocios en camino de arruinarse. Se las sabe todas, Jeremy. Pero esto no es lo peor… Hay chicas que embarcan y ya no vuelven.

—Esperaba algo así.

—No se le puede llamar trata de blancas. Él les promete contratos. Ellas aceptan. No hay denuncias. La que se niega, la que no le importa el escándalo tampoco regresa… Sandra Pasolini es un ejemplo.

—¿Por qué la mataron a cien metros del yate? Eso fue un error.

Roy se encogió de hombros:

—He pensado que la razón fue que intentase huir, escapándose del yate, que la siguieran y la golpearan allí mismo. Hay un vigilante cerca. Hablé con él. En la hora *en* que se cometió el crimen hacia su ronda; es posible que sus asesinos al verle regresaran al yate. El vigilante no vio a la chica pues estaba en el almacén del muelle. Pensaron recogerla y tal vez echarla al agua, pero entretanto recibimos la llamada anónima y, al presentarnos allí, ya no tuvieron tiempo de hacer desaparecer el cuerpo.

—Pero ¿quién haría la llamada telefónica?

—Fue voz de mujer.

—Quizá una de las que había ido a uno de esos cruceros.

—Es probable, pero no ha vuelto a llamar.

Pasó una semana y el asunto oficialmente parecía archivado entre los «pendientes» cuando Roy recibió una llamada. En la misma Brigada me dijo de qué se trataba:

—Es ella. La que denunció el crimen. Esta noche a las diez estará en el número 224 de Park Avenue.

—¿Park Avenue?

—Sí. Apartamento 1640 del piso 16. Me gustaría que vinieras conmigo.

Nunca he lamentado bastante no poder acompañar a Roy. Otro servicio me reclamaba y mi amigo tuvo que ir solo.

Aquello fue el fin.

No había ninguna chica y, además, aquel apartamento pertenecía a Kormalis.

Acusado otra vez de allanamiento de morada, de registro sin

orden judicial, el fiscal volvió a poner el grito en el cielo. La acción de Roy fue calificada como de insubordinación con la agravante de empleo de la violencia.

—Se insolentó. ¡Maldito cerdo! Me insultó y perdí los estribos. Le golpeé —me explicó furioso. Le comprendí perfectamente.

Kormalis presentó la denuncia.

Aquella vez el fiscal prometió actuar con severidad y Roy, antes de esperar la decisión, entregó su placa.

Ésta es la historia.

—Sin embargo, constaba que Roy no había dejado el asunto; pero ¿qué diablos hacía en Danville, Pennsylvania?

¿Había descubierto algo importante, por fin, y era ésa la causa de su desaparición?

Esperaba saberlo pronto porque me encontraba ya en la estación más próxima a Danville.

CAPÍTULO III

Danville es uno de esos lugares que de no existir un indicador que mencionara su nombre, uno creería *estar* en cualquier otro pueblo de cualquier otro Estado.

Una calle principal que cruzaba de este a oeste y que cruzaba justo en el centro con la avenida de norte a sur, ambas importantes vías de acceso y salida, con sus cortas calles confluentes, sus espaciosas zonas verdes, su plaza Mayor con el pequeño Capitolio del municipio, la iglesia con su torre y su campana, la Biblioteca pública, el Banco local y la oficina del *sheriff*.

Dos o tres bares distribuidos entre las dos principales arterias. Y un parador a la entrada del este.

Un bar a veces suele ser un buen centro de información y ase dirigí al que estaba situado en Center Street, cruce con las dos importantes calles.

Pedí un *whisky* y pregunté al joven barman:

—¿Solía venir aquí Roy Curtis cuando quería refrescarse?

—¿Se refiere al hombre que desapareció? —me preguntó el joven.

—El mismo.

—Algunas veces. ¿Es usted amigo suyo?

—Íntimo amigo. Por eso me gustaría saber dónde vive.

—Creo que al final de la calle Halsyder, cerca del parque, no tiene pérdida. Pero ahora no encontrará a nadie en la casa.

—Vivía solo, ¿eh?

—¿No dijo que usted era amigo suyo? ¿No lo sabía? —Me miró con cierta desconfianza y añadió—: Oiga… Yo nunca le vi antes por aquí.

Pagué el *whisky* que había pedido Con un billete de dos dólares e

hice un ademán indicativo de que no deseaba me fuera devuelto el cambio.

—No será usted policía, ¿eh?

—¿Se me nota? —Sonreí.

—Bueno… El *sheriff* ya preguntó. El podrá informarle mejor que yo. Curtis venía poco. No era un gran bebedor.

—No —murmuré—. Es cierto, pero un *whisky* lo toma cualquiera de vez en cuando, ¿eh?

—Eso sí. Pero iba a otros bares.

—¿Y llevaba mucho tiempo aquí? —indagué, notando de nuevo la desconfianza de mi interlocutor.

Deposité otro billete de dos dólares, pidiendo un nuevo *whisky*.

—No sé, señor. Exactamente no puedo decírselo.

—¿Quién denunció su desaparición?

—Gilda Tamar. Su novia. Trabaja en la peluquería de la otra esquina. Hacia el norte, pero…, ¿por qué no pregunta al *sheriff*? El lleva todo esto.

—¿Y en cuatro días no ha conseguido averiguar nada? —ironicé.

—Eso parece. Pero Pierce es un buen *sheriff*. Tiene mucha intuición.

—¿Y se sabe lo que intuye?

—Bueno, yo no sé nada en concreto…

—No tengo más billetes de dos dólares, muchacho. Soy un pobre funcionario que busca a un viejo amigo. ¿No querrás arrumarme?

En general los policías no somos nunca bien recibidos en ninguna parte, ni siquiera por aquéllos a quienes intentamos proteger a pesar de ellos mismos, pero a veces, armándose de paciencia, uno consigue ganarse la amistad de los contribuyentes y con el chico del bar lo conseguí.

—Pierce opina, según lo que se oye comentar por aquí, que Roy Curtis andaba metido en algo poco claro. Desaparecía con alguna frecuencia. No tantos días, claro, y su novia lo sabía, pero esta vez marchó sin decir nada y Pierce piensa que hayan podido matarle. Le repito que eso es lo que se comenta.

—Gracias, Joe…

—No me llamo Joe, señor. Mi nombre es Jim.

—¡Oh, perdona! No sé por qué llamo siempre «Joe» a los *barmen*. No olvidaré tu nombre, Jim. Volveremos a vemos, Apuesto

a que éste es el mejor de los bares de Danville.

Me marché convencido de que había dado suficiente tema de conversación a Jim para el resto de la mañana. Ahora diría a todo el mundo que «alguien» buscaba a Curtis. No me importaba. A veces, aun a sabiendas, es mejor servir de cebo. Claro que hay que andar prevenido. Y yo lo estaba.

Mi próxima visita fue a la peluquería de la esquina norte.

La fachada era simple, carecía de lujo, ni de adornos superfluos. Una puerta junto a una cristalera, cubiertas ambas de unos visillos translúcidos, de un blanco inmaculado, protegían el interior de miradas indiscretas. Nada, tan horrible que una mujer con rulos, y ellas, coquetas le saben y no gustan que se las vea en pleno arreglo.

Me armé de valor y entré en la peluquería femenina.

—¿La señorita Gilda Tamar? Es una de sus dependientas —pedí a la mujer que, un tanto sorprendida, me atendió.

Bajo el casco secador vi a un par de mujeres. Otra estaba siendo peinada por la que me atendió, que la dejó momentáneamente.

—Está en el departamento de maquillaje. Atiende a una cliente. ¿Le importa esperar?

—Avísela, por favor. Es importante.

A aquella mujer no debía gustarle mucho ni mi presencia ni mi deseo de que hablase con Gilda, por lo que deduje que se trataba de la dueña.

—No la entretendré mucho tiempo —me apresuré a aclarar.

Salió tras un corto pasillo ocupado a ambos lados por cortinajes de terciopelo que ocultaban a otras tantas dependencias.

La dueña se metió en la última y yo, curioseando, aparté ligeramente la primera cortina a mi izquierda.

Apenas si vi un par de piernas cuando solté el cortinaje al oír un chillido de mujer.

La dueña reapareció:

—¡Dios mío! ¿Qué hace usted? Ésta es una casa seria.

—No lo dudo, señora. Disculpe.

Del peor talante y con una mirada furibunda la mujer me respondió:

—Ahora sale Gilda. Entretanto, pase ahí fuera.

Me indicó el salón de peluquería propiamente dicho.

Gilda no tardó en salir.

Era una muchacha rubia, de ojos grandes y boca sensual. Moderna y joven sin estridencias, me pareció joven, muy joven. En conjunto me pareció que mi amigo había tenido un gusto excelente fijándose en ella.

—Aquí no podemos hablar —le dije.

—¿Quién es usted?

—Me llamo Barker. Jeremy Barker. Quizá Roy le ha hablado de mí.

—¿Barker? ¿Es usted el policía?

—Sí. Pero ahora estoy de vacaciones.

—Sí. Roy me habló de usted. Le mencionaba algunas veces, incluso dijo varias veces que quería escribirle.

—¿Dónde podemos hablar? —insistí.

—En mi casa. Dentro de… una hora, cuando termine mi turno.

—Excelente.

—¿Sabe usted…? —empezó ella.

—¿Su desaparición? Por eso estoy aquí. Ya hablaremos. ¿Dónde está su casa?

—Junto al parque. Al final del paseo. Al otro extremo de donde vive Roy.

—Allí estaré dentro de una hora. —Hice una pausa, preguntando luego—: ¿Tiene alguna llave del apartamento de Roy?

—No. No tengo ninguna.

—Me habría gustado echar un vistazo. En fin, hasta luego.

Salí de la peluquería atrayéndome las miradas de los clientes y la particular de la dueña.

Me dirigí al final de la calle, justo donde me indicó el barman, dispuesto a echar una buena ojeada en el apartamento de mi amigo Roy Curtis.

Supuse, tal como me habían informado, que era la última. Era una edificación de madera de planta y piso con escalera exterior. Tenía un viejo sabor a épocas pasadas. Los bajos estaban deshabitados. Podía verse a través de un ventanal sin cristales que mostraba una sala de dimensiones regulares tiempo a, deshabitada.

Tomé el camino de la escalera y ascendí. La puerta estaba cerrada, pero por el balcón formado por las recias y crujientes tablas de madera, protegidos por una barandilla, llegué hasta una ventana de guillotina. No me fue difícil levantar el cristal y pasar al

interior.

Era el dormitorio. El dormitorio de mi amigo. Todo estaba en orden. Excepto la cama. Deduje que Roy desapareció después de haberse acostado, o al levantarse. Esto quizá lo supiera más o menos exactamente después de hablar con su novia.

Un armario de madera con un par de trajes en buen uso. Cuatro corbatas. Dos camisas blancas, otras dos deportivas y una muda interior.

No parecía, pues, que Roy se hubiese ausentado de un modo voluntario, ya que casi todas sus cosas estaban allí.

Examiné la mesita de noche.

Un paquete de «emboquillados» a medio consumir, cerillas, pañuelos, una corbata de lazo y unos gemelos imitación oro.

Unas zapatillas bajo la cama y unos calcetines usados.

Ningún documento personal.

Pasé a la habitación contigua, que hacía las veces de comedor-salita y cocina a la vez. Al fondo, otra puerta que supuse comunicaba con el retrete.

La abrí y, en efecto, allí estaba el lavabo, el W. C. y una ducha.

Una toalla usada, útiles de afeitar, pasta de dientes, cepillo…

Decididamente, Roy no se había marchado a sabiendas que pasaría fuera varios días.

Regresé al saloncito. Sobre una mesa auxiliar estaba su máquina de escribir portátil, destapada. Cuartillas sueltas, un bolígrafo y cerca una papelera con desperdicios de papel y algunos paquetes de tabaco arrugados, vacíos.

Revisé ligeramente el contenido de la papelera, tomando algunos papeles.

En notas empezadas con fechas retrospectivas. Nada hilvanado, Pero parecía querer ser —o iniciar— una especie de actividades.

En un pedazo de papel había escrita la palabra «Neptuno», lo cual me daba la razón al pensar que mi amigo no había abandonado sus pesquisas, sin esperar recompensa, sin cumplir con ninguna obligación, simplemente por satisfacerse a sí mismo en lo que creía cuanto menos un deber moral.

Había también un nombre: «Hubert». Continuaba el apellido, pero no pude encontrar el otro pedazo de papel.

Consulté un bloc de notas. Números de teléfono, direcciones… Y

sobre todo una página arrancada. ¿Por él? ¿La había arrancado alguien?

Un ruido me puso en guardia.

Alguien abría la puerta de la casa. Dejé de observar instintivamente, busqué la pistola de reglamento que llevaba en la funda sobaquera.

Corrí de nuevo al dormitorio y me pegué a la pared con el arma preparada.

Unos pasos hicieron crujir el encerado de madera.

Atento a la persona que avanzaba, con algún sigilo abandoné la vigilancia de la ventana por la que había entrado.

Pensé en ello demasiado tarde, pues una voz me conminaba:

—Quieto, amigo. Ningún movimiento. Suelte la pistola.

Dudé un segundo. Frente a mí otro hombre aparecía por la puerta empuñando un rifle.

En el pecho llevaba una estrella.

—El *sheriff*.

Guardé la pistola en el bolsillo.

—No creo que sea necesario. No la usaré contra unos colegas.

—Yo decidiré —siguió el de la placa—. Ahora deme la pistola.

Pensé que era mejor obedecer.

—¡Sin tonterías! —exclamó el representante de la ley en Danville.

Le entregué la pistola, y al tiempo que la tomaba, ordenaba a su ayudante, al que había entrado por la ventana:

—Regístrale.

Conociendo la costumbre ya no permití que me dijeran lo que tenía que hacer. Separé las piernas y apoyé mis manos contra la pared. Dejé que me cachearan.

Me sacaron la cartera del bolsillo interior de la chaqueta y la credencial.

El ayudante pasó ambas cosas al *sheriff*, que dejó de apuntarme. No así el otro.

Leyó la credencial.

—Detective Jeremy Barker. Nueva York, ¿eh?

—Eso dice, ¿no? —Sonreí sin moverme de donde estaba.

—¿Qué ha venido a buscar?

—A mi amigo Roy Curtis.

—Usted no tiene jurisdicción en Pennsylvania.

—Eso ya lo sé, *sheriff*. ¿Puedo ponerme cómodo?

No esperé su respuesta y recobré la posición normal.

—Tome su credencial, pero recuerde una cosa: Éste no es asunto suyo.

—Estoy de vacaciones, *sheriff*. Puedo hacer lo que me plazca.

—Menos obstruir nuestra labor. Como policía debe saberlo.

—No he venido como policía. Ya le he dicho que estoy de vacaciones.

—Pues entonces, ¿qué hace aquí? ¿Cómo ha entrado?

—Como su ayudante. —Y añadí con intención—: Usted no, *sheriff*. ¿Cómo consiguió la llave?

—Soy yo quien hago las preguntas.

Comprendí que era un hueso duro.

—Entonces tendrá que contestarme como a un ciudadano libre cualquiera. ¿Dónde está mi amigo? ¿Qué está haciendo usted para averiguar lo que le ha sucedido?

—No me ha entendido usted bien, señor Barker. Yo soy el *sheriff*, el jefe de la policía de Danville y le he encontrado en una casa que no es la suya, en la que se ha colado saltando por una ventana. ¿Por qué lo hizo?

Sonreí.

—No me gusta su tono, *sheriff*. No pienso crearle problemas, pero en vez de interrogarme a mí, dirija sus pesquisas por otro lado.

—Contésteme, Barker. Podría encerrarle por haberle encontrado aquí.

—No lo hará, *sheriff*.

—Me ha pedido que investigue, ¿verdad? Pues lo estoy haciendo.

Se acercó, puso su mano sobre mi hombro. Es lo que menos podía consentir.

Le aparté de un empellón y apreté los dientes.

—No vuelva a tocarme. No vuelva a hacerlo, *sheriff*.

Sentí que su ayudante me clavaba su revólver en los riñones.

—Quíteme ese juguete de la espalda.

Apretó más fuerte y tuve que poner en juego una de mis llaves favoritas. Al tiempo que golpeaba su espinilla con el tacón de mi zapato me revolvía asiéndole por el brazo. Un golpe con la diestra

en su antebrazo le hizo soltar el arma.

Me incliné para recogerla y apunté al *sheriff*, que ni siquiera había conseguido reaccionar.

—No me gusta que me amenacen, ¿comprende? No me gusta. He venido en son de paz. ¿Quiero averiguar dónde está mi amigo? Y lo averiguaré.

—No debió hacer esto, Barker. Tendré que llamar a su jefe. No le gustarán sus métodos.

—Ni a mí los suyos, *sheriff*. Cuatro días son demasiados para no tener una pista. Deme mi pistola de reglamento.

El de la placa me la devolvió y a mi vez arrojé sobre la cama la que había quitado a su ayudante.

—¡Váyase de la ciudad, Barker! —mascullo el representante de la ley—. No quiero volver a verle.

No contesté. Me daba cuenta de que acababa de dejar me llevar por mis impulsos. Mi temperamento es así. Esto es lo que más fastidia a mi jefe el teniente McGowan. Pero no puedo cambiar, llevo demasiado tiempo viviendo entre criminales, expuesto a sus tretas, jugando con la muerte para andar con contemplaciones con quien intenta amenazarme. Sé algo de lo que ocurre en algunas de esas ciudades pequeñas. Los *sheriffs* no permiten que nadie les haga sombra. Yo no pretendía «obstruir» sus investigaciones, sino hacerlo por mi cuenta y salí de la casa, dispuesto a no dejarme intimidar.

CAPÍTULO IV

Gilda, la peluquera, con sus ojos grandes, expresivos, con la cabellera suelta azotada por el viento, se hallaba sentada junto a mí en el banco del pequeño parque, al otro extremo de la calle.

—¿No estaríamos mejor en su casa? —pregunté.

—Es que vivo sola y… Ésta es una ciudad pequeña, la gente comenta.

—Creí que los prejuicios eran cosa acabada.

—Esto…, esto no es Nueva York, señor Barker.

—Bueno, su novio, mi amigo, sí que la visitaría en su casa, ¿no?

Pareció sonrojarse, tragó saliva y al fin murmuró:

—Íbamos a casarnos.

—Comprendo. ¿Hacía mucho tiempo que se conocían?

—Pues…, tres meses. Sí, tres meses. Aquí hay pocas diversiones. Tenemos baile los sábados.

—¡Ah! ¿Y nadie critica a las chicas solteras que van al baile?

Captó mi ironía y bajó los ojos.

—Conocí a Roy en el baile. Nos hicimos amigos.

—Le habría visto antes, ¿no?

—No. Fue la primera vez.

—¿Le dijo él cuánto tiempo llevaba en este agujero?

—Pues no… No. Bueno, creo que llevaba sólo una semana.

—¿Qué amigos tenía?

—No lo sé.

—¿De qué vivía?

—Nunca hablamos de esto.

—De algo hablarían, digo yo.

Ella volvió a bajar los ojos.

—No pretendo que me cuente intimidades, señorita. Usted desea

encontrar a su novio y yo también. Ambos perseguimos el mismo fin. Cuantos más datos pueda darme, mejor para los dos.

—Ya dije todo cuanto sabía al *sheriff*.

—Lo supongo. Pero los resultados hasta el momento no son muy halagadores, que digamos.

—No.

—Trate de hacer memoria. ¿No le dijo nunca nada referente a su trabajo, o a lo que hacía?

—No.

—Teman que casarse, usted lo ha dicho. ¿De qué iban a vivir?

—Bueno, sé que tenía unos ahorros.

—En dos años…, los ahorros de un policía, ¡psch! ¿No le han dicho que cobramos muy poco?

—¿Usted… es policía?

—Como lo fue Roy. ¿Tampoco se lo dijo?

—Nunca hablaba de su pasado.

—No es mucho lo que me dice. ¿Qué sabe de un tal Hubert?

—¿Hubert?

—Sí, Hubert. Vi ese nombre anotado en unos papeles. Estaba roto. El *sheriff* no me dejó continuar. No le fui simpático. Por cierto, ¿sabe usted cómo consiguió la llave de la casa?

—¿El *sheriff*? Supongo conseguiría un molde. Me dijo que habían conseguido un mandamiento para poder entrar y efectuar un registro en busca de pruebas. No sé más.

—¿Y de ese Hubert?

—Tampoco. ¡Espere! El, Roy, sé que escribía algunas cosas…

—¿Qué cosas?

—No sé exactamente, pero le gustaba escribir…

Pensé unos instantes. Sí, Roy Curtis tenía afición a escribir, habría podido ser un buen novelista. Aquello me dio una idea.

—¿Sabe si escribía historias? Novelas, cuentos, cosas de estas…

—Creo que sí. Una vez que estuve en su casa…, estaba escribiendo. Me dijo que era para pasar el rato.

—Hum… —Estaba pensando en otra cosa, una posible y muy endeble pista, pero primero tengo que concluir mi interrogatorio. Hábleme de la última vez que le vio.

—Fue el martes. El martes por la noche. Nos vimos como de costumbre. En… mi casa —explicó ella como si sintiera vergüenza

de confesarlo.

—¿Hasta qué hora?

—Marchó a eso de las nueve. Después de cenar.

—¿Cenaban juntos con frecuencia en su casa de usted?

—Algunas veces, sí.

—¿Días fijos?

—Los martes casi siempre. Yo salgo antes de la peluquería. El me esperaba y después de dar un paseo y comprar algunas cosas íbamos a cenar.

—Los martes… O sea, que tratándose de una población pequeña muchos debían saberlo.

—Supongo que sí.

—Bien. Se despidieron. ¿Qué más?

—Dijo que regresaba a su casa y ya no volví a verle.

—¿Y él? ¿Cómo estaba? ¿Inquieto, preocupado por algo?

—No. Al contrario, estaba muy contento.

—¿Más de lo habitual?

—Pues… quizá sí.

—¿Y no le dijo la causa?

—Recuerdo que me dijo: «He tardado dos años en conseguir lo que quería».

—¿Y usted no le preguntó de qué se trataba?

—Sí, y me contestó que era un trabajo muy largo y laborioso que había estado realizando, que ya me lo contaría al día siguiente. Quedamos en volvernos a ver, como siempre.

—O sea, que no le habló de ningún viaje.

—No. Nos despedimos y me dijo: «Hasta mañana».

—¿Y usted qué hizo cuando no vino a buscarla?

—Fui a su casa. Creí que tendría trabajo, pero no le encontré.

—¿Avisó al *sheriff*?

—El primer día no. El segundo me extrañó y lo comenté con mis compañeras. Entonces decidí hablar con el *sheriff* Prinkle.

—¿Qué le dijo?

—Que era prematuro, que esperáramos un día más. Ayer insistí y me prometió encargarse del asunto.

—Bien, señorita, no es mucho, pero veré lo que puedo hacer.

—Gracias —murmuró ella.

Nos despedimos.

Vi a la salida del parque un coche de la patrulla. Dentro iba un agente y el hombre al que desarmé. Tenían su atención fija en mí. Hice como si no los viera y me dirigí a la estación de autobuses.

Tenía un pequeño plan.

En realidad, toda esta historia hubiese terminado mucho más pronto de haber sabido lo que estaba ocurriendo a mis espaldas en aquellos momentos.

Ahora lo sé, porque todo ha terminado, pero entonces…

Veamos…

Aproximadamente a la misma hora en Las Vegas, Nevada…

CAPÍTULO V

Si Hollywood es el paraíso de los sueños prefabricados, Las Vegas es la fábrica de las más variadas diversiones.

En Las Vegas uno puede hacerse rico en una noche, o arruinarse en unas horas. Es más frecuente lo segundo que lo primero.

En el silencio, el ex policía no podía adivinar los pensamientos de la mujer, ni sospechar que ella había *previsto de antemano* que Roy acabaría invitándola a un motel.

No. Roy no podía saber que Wanda había insinuado el nombre del Pingüino de una forma *deliberada*. Tampoco podía adivinar que el encargado del motel les daría el *bungalow* número 42.

Punto de cita de ricos ganaderos, de reyezuelos del petróleo, del acero o de las medias de nylon, donde dejan cuantiosas sumas en las mesas de juego, en los fabulosos *cabarets*, donde puede verse actuar siempre a las mejores estrellas del momento.

Las Vegas, donde los luminosos ciegan al transeúnte con sus ascuas multicolores. Millones de vatios convierten la noche en día.

Las Vegas, donde el ruido de los motores de los coches se confunde con el de las máquinas tragaperras, donde en plena calle se respira a dinero, y el eco de distintas musiquillas es una constante invitación a cruzar los umbrales de los garitos, de los grandes salones, de las boite’s más íntimas, de los palacios de variedades.

El «no va más» de los *croupiers* que manejan las ruletas o el ferrocarril, las elevadas posturas en las mesas de bacarrá, o de *póker* y la multitud abigarrada, vocinglera forma parte del fondo sonoro en todos los locales.

Borrachos, desesperados, ansiosos, esperanzados, hombres y

mujeres en continuo deambular, o bailando frenéticamente como si allí terminara el mundo cotidiano y empezara otro donde aparentemente las penas no existiesen. Eso es el reducto de Las Vegas, la ciudad lindante con el desierto, donde nunca parece de noche…

Allí, en uno de aquellos antros, en la Boite Euterpe, se encontraba Roy Curtis.

De haberlo visto me habría costado reconocerle. No por su aspecto. Roy era el mismo de siempre. Alto, de fuerte complexión, de mirada penetrante y rápido de reflejos. Lo que había cambiado en él era precisamente su habitual adustez.

Bailando con una morena de provocadoras formas, hubiera podido pasar por un *hippie*. Un *hippie* crecidito, pero *hippie* al fin, sí con esa palabreja puede designarse la última hornada de lo moderno.

Contorsionándose al compás de la morena entre un grupo de extrañas parejas, desde la falda más «mini» hasta el pantalón más zarrapastroso en las mujeres, y desde las más repelentes y descuidadas barbas hasta las delgadeces afeminadas de algunos hombres, se diría que en Euterpe se había reunido lo «bueno y mejor» de nuestros días.

Roy dejó de bailar y se acercó a la barra sujetando a la morena por la cintura. Ella se contoneaba descaradamente.

Mi amigo, sin su sentido de la responsabilidad, sin la sobriedad que le caracterizaba, bebió a placer un extraño combinado. La morena tomó otro similar y continuaron bailando.

¿Qué había podido sucederle a Roy Curtis para que se comportara de una forma tan desacostumbrada?

Salieron del antro.

—La noche es joven —afirmó él, apretando con más fuerza la cintura de la bella.

—¡Oh! ¿No hemos agotado ya todos los *cabarets*? —susurró ella con un leve devaneo producido sin duda por el alcohol.

Él también estaba alegre.

—La noche es joven —repitió—. Encontraremos otro agujero. ¿Te gusta la música suave?

—Me gustas tú —replicó ella, voluptuosa, insinuante.

—Entonces sé de un lugar donde podremos bailar, beber y…

—Tú sabes siempre lo que me conviene, Roy —sonrió ella.

Se abrazaron en plena calle. Ella le ofreció sus labios. Roy los besó.

También aquello me había asombrado. No es que Roy detestara a las mujeres. Era hombre, y muy hombre, pero solía escogerlas mejor. Aquella «individua» no era precisamente —a pesar de sus formas—, de las de su preferencia. Cuando terminó el beso, tomaron un taxi.

Durante el trayecto permanecieron abrazados. Roy había dado las señas de un motel. El nombre se lo había sugerido Wanda: Motel Pingüino. Roy sonrió maliciosamente. Ella le guiñó un ojo.

—No tengo costumbre de ir a esos sitios, pero una amiga me habló de él. El nombre es gracioso, ¿no? El pingüino.

—Lo que tú digas —murmuró él, inclinándose hacia Wanda.

—¿Cuánto tiempo hace que nos conocemos, Roy? —preguntó ella, soñolienta y embelesada, apoyada siempre contra el pecho del hombre—. ¿Cuánto tiempo? ¿Un año? ¿Una hora? ¿Toda la vida?

—Toda la vida —replicó él.

—Embustero. Nos conocimos en Danville. ¡Puaf! —Hizo una mueca de desagrado—. Un lugar aburrido, asqueroso y repugnante.

—Creí que no lo recordabas.

—¡Danville! Un *sheriff* que no permite que la gente se divierta. ¡Nada de *cabarets*! Y yo digo: ¿Y los hombres? ¿Dónde pueden divertirse los hombres?

—Tienes muchísima razón, muñeca. Un hombre sin una mujer es como una ciudad sin luz, triste, oscura.

—Oye. Dices cosas muy agradables —sonrió ella.

Habían llegado al motel. Subieron al *bungalow* por la escalera exterior. Era una zona moderna, apartada del bullicio. En la puerta había un número. El 42.

Ella entró y se dejó caer en el diván. El la observó unos instantes antes de cerrar la puerta y correr el cerrojo.

—¡Me gusta Las Vegas! Siempre deseé venir… Pero en Danville no ganaba para pagar las multas que me imponía el bandido de Prinkle.

—Yo he cumplido tus deseos.

—¿Y qué le dijiste a tu novia? Porque tú tenías novia, ¿eh? ¿O era sólo una conquista? —preguntó ella guiñándole un ojo.

—Ahora no pensemos en nadie más. Yo también necesitaba un descanso y un poco de diversión.

—Ven… Acércate. Aquí, a mi lado.

Roy fue hacia el mueble-bar. Comprobó el estado de unas botellas y murmuró:

—Tengo la boca seca y se ha terminado el *whisky*. Tendré que llegarme hasta el *drugstore* para proveer.

—¡Oh! ¿Vas a dejarme?

—Sólo diez minutos, menos tal vez. Ponte como a mí me gustas.

Ella le guiñó de nuevo el ojo por toda respuesta. Roy salió de nuevo a la calle.

La voluptuosa morena, al quedarse sola, cambió por completo su actitud.

Es posible que estuviera ligeramente mareada, pero demostró poseer un gran dominio de sí misma.

Su rostro risueño, provocador, cambió de expresión. Ahora era una mujer dura, agresiva.

Comenzó a desnudarse…

* * *

Roy había tomado un taxi, pero las señas que dio al chófer no fueron las del *drugstore*.

Hizo detener el auto a la entrada de un callejón.

Bajó y le pidió:

—Espere. Tardaré cinco minutos.

Miró calle adelante y sus ojos se clavaron en el luminoso que anunciaba: Burton Ltda.

A buen paso se dirigió hasta la casa vecina, cuyas paredes lindaban con el edificio de la Burton.

Observó que no había nadie mirando y pasó al interior. Entró en el ascensor automático y pulsó el botón que señalaba el piso doce. Era el último. Las puertas se cerraron automáticamente y el ascensor se elevó a gran velocidad.

Salió al piso doce. Observó a derecha e izquierda del pasillo. Estaba desierto.

Se encaminó hacia el lado derecho, abriendo la puerta que decía: «Salida de emergencia».

La débil iluminación le bastó para subir de cuatro en cuatro los escalones que le separaban de la azotea.

Una vez en lo alto corrió hacia el extremo opuesto, donde quedaba el edificio Burton.

Era un par de pisos más bajo, pero para un atleta como Roy el salto no era obstáculo.

—Se dejó caer y permaneció unos instantes a la expectativa. No había nadie, era lógico, pero toda precaución era poca.

Corrió hacia la puerta y descendió los escalones hasta llegar al primer piso habitable, décimo de la planta de aquellas oficinas.

Consultó el reloj. Llevaba exactamente cinco minutos fuera del *bungalow*. Debía darse prisa.

Penetró en la desierta oficina, cruzó el largo pasillo, con acristalados despachos a uno y otro lado y una gran sala con mesas para los empleados.

Buscó la escalera interior y descendió rápidamente.

El noveno piso parecía destinado a máquinas computadoras y estadística. Un gran mapa de los Estados Unidos, con puntos luminosos, banderitas, etcétera, indicaba datos referentes a la empresa.

Llegó al octavo piso. Eran despachos.

En el sexto estaba la sala de juntas.

El quinto era el suyo.

Cruzó el pasillo hasta dar con la puerta en cuyo frontis podía leerse:

Harry Burton - Privado

Estaba cerrada con llave. Roy sacó de su bolsillo un alambre y lo retorció con habilidad. Forcejeó suavemente unos instantes.

Tuvo que repetir la operación hasta tres veces. Lo hacía todo con agilidad, pero sin impacientarse, como si sus nervios fuesen de acero. En él tampoco parecía haber hecho mella la cantidad de alcohol ingerida.

Consiguió abrir al fin.

Se encontró en un despacho de lujosa y moderna concepción, amplio, con muebles caros y de buen gusto.

Avanzó hacia la mesa semicircular, barnizada de reluciente polyester.

Entretanto, se había enfundado unos guantes de goma y, al llegar al otro lado del escritorio trató de abrir el primer cajón. Estaba cerrado. No existía ninguna cerradura.

Roy pensó unos instantes y comenzó a palpar bajo la mesa. Las enguantadas yemas de sus dedos dieron con un resorte. Agachó la cabeza y miró. Era como un interruptor. Vaciló un instante y decidió conectarlo.

Inmediatamente se abrió el cajón central tras un leve chasquido. Había un revólver, papeles con membrete, un sello de goma con el nombre de la oficina, y… un curioso cuadro de mandos con unos botones señalando el número de cada cajón.

Roy pulsó el primero y oyó otro chasquido.

El primer cajón quedó libre del cerrojo electrónico y pudo ser abierto.

Sacó papeles, libretas, dossiers y los dejó sobre la mesa, buscando cuidadosamente lo que le interesaba.

Abrió una libreta negra y el impenetrable rostro de Roy, otra vez sobrio y adusto, experimentó un cambio muy breve, que yo habría sabido interpretar perfectamente.

Sin duda, había encontrado lo que buscaba.

* * *

Entretanto…

La opulenta morena, de senos exagerados, anchas caderas y piernas regordetas, pero bien moldeadas, ocultaba su desnudez bajo un fino camisón. Su rostro seguía siendo el de una mujer que oculta algo.

No. Ciertamente, no era la muchacha fácil en espera de su conquista.

En la ausencia de Roy, aparte de quitarse sus ropas de calle y sustituirlas por el vaporoso *deshabillé*, había efectuado una llamada telefónica. Una llamada a Danville…

Pero veamos lo que ocurría entretanto en Danville, mientras yo tomaba el autobús hasta la estación para regresar a Nueva York.

CAPÍTULO VI

Hemos quedado en que yo dejé a Gilda, la novia de Roy Curtis, en el parque.

¿Qué hizo ella?

Sencillamente, dirigirse a su casa.

Pero la pudorosa jovencita, que no permitía que ningún hombre pisara su apartamento, no estaba sola.

Alguien la esperaba en su casa.

Un hombre, sí.

Era un personaje bastante conocido en Danville, aunque frecuentaba poco el lugar.

De origen francés, pero nacionalizado en Estados Unidos, se llamaba Serge Picard.

Quien mejor le conocía era Barry, Thomas Barry, el multimillonario que años atrás tuvo que pagar un fabuloso rescate para recuperar a su hijo secuestrado. Precisamente a raíz de la desaparición de Curtis, el periódico hizo referencia al caso Barry.

Pues bien, Serge Picard era el secretario de Barry. Hombre joven, bien parecido, elegante, pero un tanto afectado, el tal Serge se hallaba en casa de la novia de mi amigo como si estuviera en la suya propia.

Ella —Gilda—, ocupaba un apartamento de los corrientes en un pueblo como Danville, pero su interior estaba arreglado con gusto, un poco pueblerino, pero confortable.

Serge se estaba tomando un *whisky*. Ni siquiera se levantó cuando la muchacha cerró la puerta. Se limitó a preguntar:

—¿Ya has satisfecho la curiosidad del polizonte?

—Tuve miedo a que insistiese en querer subir. Me pareció un hombre tenaz.

—¿Qué le has dicho?
—Nada.
Serge se levantó. Dejó el vaso sobre la mesa y se acercó a la joven, a la que acarició voluptuosamente las mejillas, barbilleándola con un pellizco que quería ser cariñoso.
—Eres una buena chica, Gilda. Una excelente chica. Mereces algo mejor que vivir en un pueblo como éste. La desaparición de tu querido Roy será una buena excusa para marchar.
Ella guardó silencio.
Serge sonrió.
—Estás en el clan de los fuertes. En el mundo conviene estar siempre del lado del dinero. ¿Sabes de algo que no se compre con dinero?
—Nunca he tenido dinero. En mí; casa siempre fuimos pobres.
—Eso fue porque tú y yo nacimos demasiado tarde. Aquí me tienes, dispuesto a convertirte en una mujer de lujo. En el buen sentido, claro.
—Tengo miedo —murmuró ella.
—¿Miedo? ¡Oh, no! Estamos muy bien respaldados, querida. Ya verás…
—Pero ese policía…
—¿Barker? —sonrió burlonamente el francés—. ¡Bah! Es un enano. Un enano entre gigantes. Un bufón que sólo inspira lástima.
—A mí me pareció un hombre duro.
—¡Oh! Un duro de película. No existen hombres duros, sólo fuertes y la fortaleza sólo la da el dinero.
De haber estado yo presente en esa entrevista le habría demostrado a Serge quién era el enano. Pero ningún delincuente hace las cosas fáciles a la policía y a medida que avanzan los tiempos y las técnicas, los que cobramos por defender los derechos de los ciudadanos respetables tenemos que aguzar nuestro ingenio. Luchar contra verdaderos gigantes, cerebros del crimen organizado, pero yo nunca me he sentido un enano…
Pero sigamos.
Serge hizo una transición para preguntar:
—¿Sabes qué hora es ahora en Las Vegas?
Gilda se encogió de hombros. Serge consultó su reloj y añadió:
—La hora de hacer desaparecer a otro enano.

Gilda se sentó en el diván y Serge tomó el auricular.

—Vamos, muñeca, llama a tu amiga.

Ella no se movió, Serge, siempre con el auricular en la mano, agregó en tono persuasivo:

—Wanda es amiga tuya, ¿no? Tú le hablaste a Roy Curtis del garito «rigurosamente inmoral» de Danville. Tú le hablaste a Wanda para que atrajera a Roy… En realidad, ese pobre diablo nunca te interesó.

Ella seguía silenciosa.

Serge frunció el entrecejo.

—No irás a abandonar ahora que todo está prácticamente resuelto, ¿verdad? Las cosas se empiezan y se terminan.

—Sí, claro —murmuró ella.

—Así me gusta. Ni siquiera debes sentir remordimientos. Roy te dejó plantada para correrse una juerga con Wanda.

Ella se levantó sumisa y acudió al teléfono, cuyo auricular tomó de la mano de Serge.

—Llámala. ¿Sabes el número?

—Conferencia de persona a persona.

—¿Y si él coge el teléfono?

—Cuelga y vuelve a llamar. ¿No es así cómo quedaste con Wanda?

Gilda asintió.

—Pues entonces, adelante.

Lentamente, Gilda comenzó a marcar un número.

—Larga distancia —pidió—. Con el 1734 de Las Vegas, en Nevada.

* * *

Wanda descolgó al segundo timbrazo. Lo estaba esperando.

—¿Sí…?

—Soy yo. ¿Todo preparado? —preguntó la voz de Gilda.

—Sí —replicó Wanda y añadió—: ¿Cuándo?

—¡Ahora! —exclamó Gilda.

—De acuerdo.

Ambas mujeres colgaron sus respectivos teléfonos.

Wanda se dirigió al frigorífico. Sacó la cubitera del congelador y

empezó a sacar los terrones de hielo.

A simple vista, aquello no era más que agua congelada. Sólo ella sabía que mezclada con el agua había cierta sustancia de efectos fatales.

Y a Roy Curtis le gustaba ponerse hielo en el *whisky*.

CAPÍTULO VII

—Perdona el retraso, querida. El taxi no quiso esperar y me ha costado encontrar uno libre.

Ésta fue la excusa que dio Roy al regresar con un par de botellas bajo el brazo.

Wanda, la morena fabulosa, había vuelto a adoptar la actitud de una embriaguez sensual. Estaba realmente provocativa.

Roy tampoco era el hombre que momentos antes había estado en las oficinas de Burton Ltda. Volvía a ser el juerguista, el *hippy* al que sólo le interesaba vivir el momento presente.

Bullicioso y dinámico se dirigió a la mesita colocada delante del diván y descorchó la botella.

—Vodka. De nuestros amigos los rusos. Noventa por ciento de alcohol puro. ¿Conoces algún
L. S. D.
mejor?

—Te conozco a ti —susurró ella, con intención.

—Trae dos vasos y hielo. Brindaremos por…, por Rusia.

Ella sonrió y se dirigió al estante múltiple del fondo. Sacó dos vasos y tomó el pequeño cubo lleno con los terrones de hielo.

Roy sirvió dos generosas raciones de vodka.

—Tómese bien helado —dijo, mientras se servía un par de cubitos.

—Tómese bien caliente —musitó ella, sin ponerse ninguno.

—Así no sabe a nada.

—Déjame probar —pidió ella, siempre con el mismo tono, estudiado, de mujer habituada a agradar a los hombres.

—Como quieras —replicó Roy, alzando el vaso.

—Chin-chin —dijo ella.

Tomó un sorbo. Roy mezcló antes de beber el vaso haciéndolo girar sobre las palmas de ambas manos.

—Delicioso —murmuró ella—, excitante.

—Chin-chin —murmuró él llevándose el vaso a los labios.

Ella le observaba con falsa displicencia. Sabía que cuando hubiera ingerido el primer trago, el efecto de la mezcla helada le produciría la muerte instantánea.

Roy sonreía.

¿Su última sonrisa?

Una muerte dulce diría un aficionado al humor negro.

Ella seguía observando…

El timbre de la puerta resonó en toda la sala.

La morena Wanda disimuló un gesto de contrariedad. El dejó el vaso sobre la mesa y murmuró:

—Los hay inoportunos…

«Muy inoportunos», debió pensar Wanda.

Roy acudió a abrir la puerta con el mismo aire despreocupado que venía adoptando junto a la mujer.

Un tipo vestido de frac, con más *whisky* que sangre en el cuerpo, se tambaleó en la entrada.

—¿Qué diablos quiere usted…? —inquirió Roy.

—Eso pregunto yo —replicó el viejo tartamudeando por el exceso de alcohol.

Era un vejete simpático que parecía extraído de un sainete español.

—Ande, váyase a dormir la curda, amigo —replicó Roy.

—¿Qué «curda»? Yo estoy en mi casa. Ésta es mi casa… Le denunciaré por allanamiento de morada.

—Tómese un baño. Hay una fuente cerca. Así sabrá dónde vive.

Le cerró la puerta en las narices mientras el vejete del frac mascullaba palabras ininteligibles, agresivas e incoherentes.

Roy regresó con la morena.

—Uno que no sabe ni dónde vive —sonrió.

Wanda sonrió también.

—Tómate tu vodka, cariño, y luego abrázame fuerte.

—Primero el abrazo, Wanda. El vodka puede esperar.

Ella se dejó abrazar.

Fue un instante largo. El hielo se iba derritiendo dentro del vaso.

La morena seguía fingiendo su voluptuosa pasión.

Roy la soltó. Tomó de nuevo el vaso y lo alzó.

—Hay que vaciar la botella. Una noche es una noche.

—Sí, querido.

Otra vez el vaso subió hasta los labios de Roy. Entreabrió la boca.

El líquido se deslizó por la garganta. Roy tomó de un solo trago todo el contenido.

Wanda contenía la respiración.

Roy sonrió.

—Los rusos tienen buen gusto —murmuró.

Wanda permanecía silenciosa.

—Noventa por ciento de alcohol —dijo él.

Ella continuó sentada. Roy se levantó.

Wanda, inmóvil, le observaba.

Roy la miró unos instantes con ojos vidriosos.

Iba a decir algo. Abrió la boca, pero ninguna palabra salió de su garganta.

En seguida se llevó las manos al estómago y se tambaleó.

Wanda se puso en pie en el instante en que el ex policía caía sobre el embaldosado.

CAPÍTULO VIII

Esto ocurría exactamente a las nueve de la noche, hora de Nueva York. Yo me apeaba del tren, apresurándome a correr hasta la primera cabina libre de la estación.

Busqué en el listín y encontré lo que me proponía.

«Hubert Morgan, editores».

Sí. El nombre de Hubert me había sonado a algo. ¡A editor!

Sí, Roy Curtis escribía algo, bien podía ser Hubert Morgan su editor. Era el único con ese nombre en Nueva York.

A pesar de lo intempestivo de la hora llamé por teléfono al número correspondiente a su domicilio particular.

Cuando una voz femenina me contestó, pedí por el dueño de la casa.

Tuve que esperar hasta escuchar a través del hilo telefónico otra voz más recia, varonil.

—Hubert Morgan al habla. ¿Quién es usted?

—Soy amigo de Curtis. Roy Curtis. Creo que escribe historias para usted.

—¿Curtis? Sí. En efecto —respondió el hombre.

—Oiga… Quisiera hablar con usted. Acabo de regresar de Danville y Roy me ha dado un encargo.

—Es muy tarde —replicó el hombre.

—Lo sé. Pero es muy importante.

—¿Dónde está usted? —me preguntó Morgan.

—En la estación. Acabo de llegar. Se lo estoy diciendo.

—Bueno, puedo esperarle. Si es tan importante…

—Mucho, señor Morgan. Estaré aquí dentro de… diez minutos.

—De acuerdo… Pero…, ¿quién es usted?

—El nombre no importa. Usted no me conoce. Me verá dentro

de diez minutos.

Colgué y salí a escape de la estación en busca del primer taxi.

La circulación en un sábado por la noche es muy lenta en Nueva York y supongo que en todas partes. Esto me entretuvo algo más de lo calculado, pero no fue óbice para que al llegar a la residencia particular de Hubert Morgan, entre la tercera avenida y la calle cuarenta, fuese bien recibido por la agraciada doncella.

Hubert me hizo pasar a su despacho. Era un hombre orondo, fumaba un buen habano y olía a dinero. Todo cuanto le rodeaba era caro, igual que su terno y el batín de seda que se ceñía con un cinturón de dorados flecos.

Cuando me hube sentado frente a él, me interrogó con la mirada.

Su voz sonó pausada cuando me preguntó:

—Y bien…, ¿cuál es ese recado?

—Señor Morgan… —empecé—. Usted debe saber que Roy Curtis lleva cuatro días sin aparecer por su domicilio, en Danville, Pennsylvania.

La respuesta del editor me pareció totalmente espontánea.

—¿Qué me dice?

—Esto es algo que ha aparecido en los periódicos.

—La verdad es que leo poco. No paso de las notas literarias. Pero no comprendo… Usted me dijo que traía un recado de su parte.

—Sí. Y confieso que me extrañó que usted aceptara mi excusa teniendo en cuenta la desaparición de Curtis.

Morgan lanzó una bocanada de humo y exclamó, siempre con su habitual parsimonia:

—Señor mío, por lo que veo, se ha introducido en mi casa con una añagaza. Y esto empieza a no gustarme. Todavía no sé quién es usted y…

Le mostré mi credencial.

—Policía.

—¿Policía? —inquirió, extrañado.

—De vacaciones.

Sonreí. El me escrutaba con sus ojillos penetrantes.

—¿Qué quiere de mí?

—Una pequeña información.

—Bien, hable, pero antes tengo que advertirle que me une una gran amistad con el fiscal del distrito. Si usted está de vacaciones…

Le corté:

—Señor Morgan, no estoy aquí para causarle molestias ni interrogarle. Curtis es amigo mío. Desapareció hace cuatro días.

—Lo ignoraba por completo.

—Dígame cuál fue su último contacto con él.

—Pues… Hace una semana. Me mandó una de sus narraciones. Escribía la serie «Hechos reales». Sé que había pertenecido a la policía, pero lo dejó. En fin, no pregunto los antecedentes de mis colaboradores, ni al público le interesa tampoco. Lo importante es que las historias que publique tengan «garra», Curtis es un buen escritor. Tiene un estilo directo…

—Sí…, sí… Pero ¿cada cuándo le mandaba sus originales?

—Normalmente, cada dos semanas.

—¿Trabajaba en alguno en la actualidad? En algo que usted estuviera informado.

—No… Escribía sus historias libremente. Nunca me hablaba de lo que iba a enviar. Y si quiere saber la forma del proceso no tengo inconveniente en decírselo. Es la misma para todos. Nos mandaba la historia y le enviábamos un anticipo. El resto lo cobraba a la publicación, a tanto alzado en la primera edición y *royalty* en sucesivas reimpresiones.

No eran sus ingresos lo que me interesaban, aunque justificasen su aparente forma de vivir sin trabajar.

—¿Le habló sobre si últimamente pensaba ausentarse o demorar su próxima entrega?

—Pues… —Morgan pareció pensar unos instantes y, al fin, siguió—: No fue precisamente ahora… Creo recordar…, no tengo los datos a la vista, pero creo recordar que hace cosa de un mes me dijo que no le extrañara si dejaba de mandarme «historias». Tengo la carta en mi despacho. Si le interesa, mañana puedo buscarla.

—Me interesaría mucho leer esa carta, señor Morgan. De veras.

—Entonces, venga a las horas de oficina. No tengo ningún inconveniente en atenderle.

—Gracias, señor Morgan, y disculpe las molestias.

Me levanté. El siguió tras su sillón, con el dedo próximo a un cordón, a modo de pulsador a la antigua.

Antes de tirar del cordón me preguntó:
—¿Cree que a su amigo puede haberle ocurrido algo?
—Lo sabré en cuanto le encuentre.
—Sería una lástima. Era un buen colaborador.
—¿Era…?
—Si no vuelve a trabajar para mí…
—¿Tiene motivos para creer que oíros pueden pagarle más?
—Tengo fama de ser un editor generoso, señor…
—Kramer. Se lo dije al entrar. Jeremy Kramer.
—Bien, señor Kramer, si encuentra a su amigo, convénzale de que siga trabajando para mí. Yo no me he portado mal con él.
Sonreí sin comprometerme a nada, pero estaba satisfecho…, hasta cierto punto.
De regreso a mi casa me dije:
«Si Roy avisó que pensaba dejar de escribir es porque tenía algo más importante que hacer, y para un policía —Roy Curtis, a pesar de no tener la insignia, era un policía nato—, lo más importante es dar fin a un caso».
Por lógica admití:
«Para Roy no hay más que un caso importante: El que no le dejaron terminar. El caso de la muchacha asesinada en los muelles. El caso Kormalis…».
Sí… Por lo menos, sabía que Roy había conseguido descubrir algo nuevo. Una pista que le permitía coronar lo que tanto persiguió. Por eso anunció su probable retirada.
Ahora bien…
¿Seguía realmente Roy la pista y éste era el motivo de su desaparición? ¿O caso… le habían hecho desaparecer?
Todo esto lo pensaba en plena calle, paseando, que es cuando mejor le surgen a uno las ideas. Al menos a mí.
Buscaba un cigarrillo en el bolsillo superior de mi chaqueta, bajo la trinchera, y al darme cuenta de que el paquete estaba vacío me detuve ante la primera máquina tragaperras que encontré.
Depositaba las monedas para extraer la cajetilla de «emboquillados» cuando a través del cristal del aparato me pareció ver de un modo fugaz un rostro conocido.
Me volví instintivamente.
Era Albert Winston. Vino hacia mí sonriendo.

—Nueva York es un pañuelo, ¿eh? —sonrió con inefable optimismo—. Y, sin embargo, te he estado buscando como un loco. ¿Dónde te escondes, en el subsuelo?

—Si es por tus asuntos te advierto que tengo trabajo.

—¿Y tus vacaciones?

—Un policía nunca está de vacaciones.

—Alguien me dijo que ibas a casarte.

—Hablemos de otra cosa, ¿quieres?

—Hum… Tengo un par de amigas. No sé qué hacer con ellas. Necesito un compañero. ¿Te conviene?

—¿Para eso me buscabas?

—No. Primero te busqué por lo de mi asunto. Una millonaria a la que le robaron sus joyas hace cinco años. Una fortuna. Trescientos mil pavos.

Me encogí de hombros.

—Denunció el caso, pero como si nada, no han aparecido ni las joyas ni el tipo que las robó. Ella sospechaba de uno de sus administradores, pero al tipo le atropelló un camión. Se supone que las joyas están escondidas en algún sitio.

—¿Y para qué me necesitas a mí?

—Puedes facilitarme algunos datos. Y ayudarme. Sé de algunos sitios que frecuentaba ese tipo… Hay el veinte por ciento de recompensa. Partes iguales.

—Lo siento, Albert. Ahora no puedo. Además, tú no puedes actuar de un modo legal. Careces de licencia.

—Esto puede hacerlo cualquiera, pero si algo se complica… y tú estás a mi lado…

—Ya. Lo que necesitas es una tapadera.

—Hacemos un bien a una vieja.

—Bien. Si ha esperado tres años, puede esperar unos días. Ahora no…

—Paciencia. No es que mi bolsillo ande muy boyante, pero si no hay más remedio…

Seguíamos andando, ya en pleno Broadway. A nuestro alrededor deambulaban las gentes que salían de los teatros, y se disponían a terminar la noche en los clubs nocturnos, en las *boite’s*, en los bares.

—¿Vienes conmigo? —me preguntó Albert—. Por lo de las chicas tendrás tiempo.

Tenía que esperar hasta el lunes para ver la carta que Roy Curtis mandó al editor Morgan. Podía permitirme unas horas de asueto. Además, me convenían.

Tomamos un taxi en la misma calle Cuarenta y Dos, en dirección norte.

El lugar adonde Albert me llevó no era elegante, pero eso importaba poco.

Tampoco recuerdo demasiado bien el nombre de las chicas. Eran bonitas, aunque una simple ojeada me bastó para comprender que no era la primera vez que se dejaban invitar.

No puedo decir que lo pasara mal. Bebimos, charlamos de banalidades, bailamos, y no sé por qué, pensé en Julia.

Hubiera podido estar casado, estaría disfrutando de mi luna de miel…

Pensé luego en Roy Curtis, mi amigo desaparecido, y en las casualidades de la vida. Cierto que un policía a veces concluye un caso gracias a un hecho fortuito, casual, pero casi siempre ha trabajado lo suyo para conseguir que ese hecho se produjera.

En el caso de mi amigo desaparecido, puede que nunca me hubiese enterado de ello, de no haberme citado Albert en Pepe's justamente la noche anterior. Sí, aquella cita lo originó todo, casi debía estarle agradecido, por haber estado allí y haber cogido distraídamente aquel periódico mientras le esperaba. Ahora podía hacer algo por Roy Curtis.

—No eres muy hablador —me dijo la pelirroja que me había reservado Albert.

—¡Oh! —exclamó Albert—. Los policías están acostumbrados a dejar que hablen los otros.

—¿Eres policía? —me preguntó estúpidamente la chica.

Como era de esperar, quisieron enterarse de los asuntos criminales y de los casos morbosos. Salí del paso con desgana, Ciertamente, no estaba en forma.

Fue entonces cuando vi entrar en el local a un compañero de la Brigada. En la puerta, dos agentes de uniforme cubrían la entrada.

¿Me pregunté a quién diablos estarían buscando?

Albert estaba bailando entre el increíble mar de parejas que abarrotaban la pista. Mi compañera seguía ametrallándome a preguntas.

El compañero de la Brigada habló unos instantes con el encargado del local y luego, al verme, se acercó a la mesa.

—¡Hola, Barker! No esperaba encontrarte aquí.

—¿Qué ocurre? ¿De caza?

—Un tipo ha intentado atropellar a una pareja en la otra manzana. Un par de testigos le vieron abandonar el auto en el callejón. Le estamos buscando. ¿Te has fijado si últimamente ha entrado alguien?

—Pues no. La verdad.

—Es pura rutina, quizá la chica esté equivocada, pero asegura que vio lanzarse el auto a toda velocidad. Bien, no te molesto más. —Hizo intención de retirarse, pero se volvió—. Por cierto esta tarde, McGowan intentó localizarte. Estaba furioso.

—¿Conmigo?

—Recibió una llamada del *sheriff de* Danville. ¿Te metiste en algún lío?

—Depende de lo que entiendas por lío. No digas que me has visto, así se le pasará el mal humor.

—Oficialmente no me ha encargado buscarte, así es que… seré una tumba.

La música seguía con la misma estridencia. Albert y su pareja regresaron.

—Os conocéis, ¿verdad? —dije.

Albert conocía a casi todos los de la Brigada. Se saludaron.

—¿Cómo van las cosas? —preguntó el ex detective.

—Como siempre. Nunca hay nada nuevo en nuestra profesión. Rutina y más rutina. Os dejo. Dichosos vosotros, que podéis divertiros.

—Suerte —deseé a mi compañero.

—¡Psch! Ahora no tendré más remedio que seguir las posibles pistas que me diga ese Harwey, y a lo mejor todo quedará en algo casual…

—¿Has dicho Harwey? —pregunté.

—Sí. John Harwey. Es médico.

—¡John Harwey! Al menos que sea una coincidencia… Es amigo

mío.

—¿Le conoces?

—Una excelente persona y un gran médico. ¿No has oído hablar de él?

—¿Te refieres a John Harwey, especialista de…?

Le corté:

—¡Claro! ¿Dónde está?

—En el coche. Con la chica. Un bombón.

—Entonces sí que es él. Samantha Gilles es realmente un bombón.

Nuestras compañeras de mesa pusieron cara de circunstancias, lo cual me hizo caer en la cuenta de que no había sido demasiado diplomático.

—Si no tuvieras vacaciones, te pediría que me echaras una mano —musitó mi compañero.

—Saldré un momento contigo. Precisamente vi a Harwey ayer y conocí a su prometida.

Pedí disculpas a Albert y a las muchachas y salí con el detective.

Fuera, en la calle, en el coche de Harwey, estaba él y la bella Samantha.

Se alegraron de verme. Sobre todo ella.

Creí adivinar que mi presencia le infundía una mayor seguridad.

Hablamos del asunto.

—¿Estáis seguros de que el hombre del coche se lanzó contra vosotros?

—Yo apenas le vi. Fue Samantha. Desde luego, si no es por ella, nos hubiese alcanzado a los dos.

Estaba dentro del coche, en el asiento trasero, ambos se habían vuelto hacia mí. Yo miré a la joven.

—¿Reconocieron al que llevaba el volante?

—No —murmuró ella—. Pero sigo creyendo que fue intencionadamente y no puedo comprenderlo. Que yo sepa, no tengo enemigos.

—Ni yo —corroboró Harwey—. Al menos hasta el extremo de desear mi muerte. Por eso creo que tal vez pudiera tratarse de un perturbado.

Mi compañero de la Brigada asomó la cabeza.

—Pero el coche se detuvo en el callejón —adujo—. ¿No es así?

—Sí. Justo a la manzana siguiente.

Harwey agregó:

—Habíamos salido del teatro. Tomamos unas copas y yo acompañé a Samantha. De querer atropellarnos, quienquiera que fuese tenía que estar aguardando.

A pesar de mis vacaciones, por mi amistad con Harwey me sentía obligado a colaborar.

Por otra parte, no pude menos que pensar que todas Jas cosas parecían ponerse de acuerdo para surgir a la vez.

También era casualidad que Samantha viviese a una manzana de aquella *boite.*

Pedí a mi compañero que hiciese vigilar la casa de la muchacha. Y yo me fui con Harwey. Fue una excelente excusa para terminar la velada con Albert y las muchachas.

Poco después, cuando ya Samantha había subido a su apartamento, y en el coche de Harwey, hablamos del asunto.

—Si ha sido en verdad algo intencionado, habrá que averiguar contra quién de los dos iba dirigido el atentado.

—La verdad es que me parece increíble —replicó Harwey.

—Intenta pensar en un posible resentido —le dije.

—Ya lo hago, pero por más que piense, no puedo creer que ninguna de las personas a las que conozco pueda proceder contra mí. De veras, Jeremy. No tengo enemigos.

—Entonces… —musité yo—, quizá la cosa iba para Samantha.

—¿Tú crees?

—¿Qué sabes de ella?

—Quizá no demasiado, pero sí lo suficiente para quererla. Es una mujer como pocas y no te lo digo por su belleza. Me consta que ha tenido muchas oportunidades para triunfar como modelo, pero prefirió estudiar y graduarse como enfermera. En realidad, no necesita demasiado el dinero. Tiene una pensión de sus padres que le dejaron al morir.

—¿La conociste en el hospital?

—Sí. Y créeme que vale.

—¿Conoces a sus amistades?

—No tiene muchas, compañeras del Instituto, Ninguna que pueda envidiarla.

Habíamos llegado frente a la casa de mi amigo.

Subí con él a tomar un par de copas. Aunque aquél no fuera mi caso, le prometí colaborar.

—Cualquier detalle que recuerdes, cualquier sospecha, no vaciles en comunicarlo a la Brigada. En principio se tomarán todas las precauciones. Mantendremos a tu prometida bajo vigilancia.

—Gracias, amigo. Sentiría que le ocurriera algo. En cuanto a ti, ya hablaré para que vigilen tu casa.

—¡Oh, no, Jeremy! Es absurdo. Te repito que no tengo enemigos. Sólo temo por Samantha. De veras, créeme.

Salí de su casa. Era tarde y pensé que un buen sueñecito no me iría mal. Así que me fui directamente a mi apartamento.

Decididamente, si me hubiese casado con Julia no habrían surgido aquel par de casos simultáneos. Aunque en cierto modo me gustaba poder ser útil a mis amigos.

CAPÍTULO IX

No recordaba un domingo tan aburrido en mucho tiempo. Me sentía solo, desplazado, pensé que en mis días libres tenía dónde acudir. Iba al teatro para ver a Julia. Luego salíamos juntos… Añoraba ciertamente aquellos tiempos y una vez más deploraba haber tenido aquella discusión con ella. Sí, de veras, la echaba de menos.

Hasta el lunes no empezó para mí el trabajo activo. Acudí presto a la editorial y Hubert Morgan me atendió rápidamente.

Tenía ya preparada la última carta recibida de Danville y firmada por Roy Curtis.

Dejaré aparte el preámbulo que servía de saludo y hablaba de la parte comercial.

En el último párrafo estaba lo que a mí me convenía.

«… Es posible que transcurra una semana sin que pueda colaborar. Otros asuntos reclaman mi atención. De un modo u otro sabrán de mí.

Y Concluía:

»¡Por favor, remitan por Télex el importe de la última liquidación a Las Vegas, Nevada. Banco Federa!…

Solté la carta, que devolví a Morgan.

¡Las Vegas!

Por lo menos, sabía que Roy pensaba realizar un viaje, aunque por circunstancias que desconocía había ocultado la razón de aquel viaje, ni anunciarlo siquiera a la rubia Gilda, su prometida.

Sí, era como un misterio, pero a mí nadie me sacaba de la cabeza de que Roy andaba tras la pista del asunto Kormalis…

Volví a pensar en Las Vegas. Casi al otro extremo de los Estados, pero me decidí a realizar el viaje.

Recordé la invitación de Harwey y de su futura esposa para que

visitara el que debía ser su futuro hogar.

Por los informes recibidos supe que ni durante la noche del sábado, ni en la mañana del domingo, nada anormal había sucedido. De cualquier modo me sentía obligado a ellos.

Reservé, no obstante, un pasaje para Las Vegas y pedí a uno de los compañeros que sacase del archivo el expediente del caso de Sandra Pasolini, la mujer asesinada en los muelles, en cuyo informe, Roy Curtis, de su puño y letra, anotaba como posible autor a Kormalis o alguno de sus hombres.

Pasé, pues, la tarde releyendo el mencionado informe. No aclaré nada en concreto, pero me cabía la esperanza de llegarme hasta Las Vegas con el fin de intentar encontrar a Roy Curtis, si es que, efectivamente, estaba allí.

* * *

Hacia el atardecer me vestí mi traje azul oscuro. Busqué una corbata que hiciera juego y di lustre a mis zapatos.

Salí a la calle y me dirigí a la estación más próxima del «elevado» para trasladarme a Long Island.

Cumpliría con Harwey y aquella misma noche tomaría el reactor para Las Vegas.

Las señas del futuro matrimonio eran cerca del aeropuerto de Idlewild.

Un taxi me dejó a la entrada de la moderna zona residencial, una auténtica ciudad satélite rodeada de parques y jardines, un lugar lejos del bullicio.

Los hotelitos, de variados estilos, pero de aspecto moderno y confortable, formaban una doble hilera entre manzanas abiertas cubiertas de césped, de lugares de recreo para los niños. Me gustó el lugar.

Cada casa, compuesta de planta y piso, tenía al lado su correspondiente garaje.

Entró un auto en uno de ellos y comprobé que la puerta se abría automáticamente al pasar ante dos «ojos» electrónicos que accionaban el mecanismo, haciendo correr la puerta de doble hoja a cada lado.

Tres casas más allá, en el centro de la manzana, estaba el futuro

hogar de los Harwey.

Un coche se detuvo cerca de mí y una voz femenina me llamó por mi nombre.

La reconocí enseguida. Era Samantha.

—Es usted muy puntual, señor Barker —sonrió.

—La fuerza de la costumbre.

—Suba conmigo, entraremos por el garaje, si no le importa.

—Lo que usted mande.

Me abrió la portezuela y me senté a su lado. Al llegar frente a la casa, viró hacia la derecha para entrar en el jardín y, bordeando el césped cruzando el «ojo mágico», que abrió automáticamente las puertas del garaje.

Ella, con marcha reducida, introdujo el auto en el interior. La puerta, automáticamente, volvió a cerrarse y salimos del coche.

La capacidad del garaje daba para otro coche. El de Harwey, que estaba allí.

Di una somera ojeada y me fijé en los tres escalones que daban acceso a una puerta.

—Por ahí —me indicó Samantha.

Me precedió y llegamos hasta la puerta. Ella quiso abrir, pero…

—Cerrada. Es extraño. Casi siempre está abierta.

—¿Tiene la llave? —pregunté.

—No. Todas las tiene Johnny. Pero llamaremos, es lo más práctico, ¿no?

Ella dio unos suaves golpes, a los que nadie respondió.

Hizo un mohín ambiguo.

—No es extraño. Debe de estar en el *living o* arreglando algunas cosas. En las casas nuevas nunca se acaba de poner todo a punto. Y Johnny ha puesto un gran cariño en esta casa, quiere que todo esté a mi gusto. —Hizo una transición para añadir—: Llamaremos a la puerta principal.

Salimos al exterior para dirigirnos a la entrada principal.

La luz del alumbrado callejero era tal vez el punto menos cuidado. No es que no existiera, pero resultaba insuficiente.

—Tenga cuidado —me advirtió Samantha—. Han estado los fontaneros para instalar esos chismes para regar el césped por el sistema de aspersión.

En el suelo habían quedado algunos chismes que en aquellos

instantes no precisé.

Llegamos a la puerta principal y Samantha pulsó el timbre, que resonó en el interior en forma musical.

Esperamos medio minuto. Treinta segundos no son nada, pero cuando uno espera a que le abran la puerta parecen eternos.

Samantha insistió de nuevo.

—¡Qué extraño! Dijo que pasaría aquí toda la tarde.

—Quizá ha tenido algún caso urgente. Podemos esperarle en algún sitio. ¿Hay algún bar en esta zona?

—Es que… Antes de venir le llamé por teléfono y estaba aquí. —Había un acento de desconfianza en su voz. E insistió en llamar.

Nos miramos en silencio. Advertí que la desconfianza de Samantha se convertía en angustia.

—¿Hay otra entrada en la casa?

—¡Sí! Por la parte trasera. Da a la cocina, pero siempre está cerrada.

Iba a dar la vuelta, cuando el ruido de una ventana al abrirse llamó mi atención.

Miré hacia arriba. El ventanal se había abierto y asomó fugazmente la cabeza de Harwey.

—¡Oh! Bajo enseguida —dijo, sin alzar la voz.

Confieso que me tranquilicé. Aquello empezaba a no gustarme.

Regresé junto a Samantha y al poco rato oímos a través de la blanca puerta de entrada la voz de Harwey:

—Me había quedado dormido. Un minuto y abro enseguida.

Samantha también parecía mucho más tranquila. Había recobrado su aire sereno, que le daba aquélla, belleza equilibrada, señorial.

Se sucedieron apenas quince segundos, imposible de precisar con exactitud, pero habría jurado que no fueron más de quince segundos desde que oímos su voz disculpándose, y entonces…

Sonaron tres detonaciones. ¡Tres!

«Disparos de revólver —pensé y también mentalmente adiviné el calibre del arma: un “22”».

Samantha y yo nos miramos expresando incredulidad.

—¡Johnny! ¿Qué ocurre? —gritó ella.

—Apártese —dije a mi vez, cargando contra la puerta.

No cedió a mi impulso y, sin pensarlo dos veces saqué mi pistola

de reglamento y apunté a la cerradura.

Disparé dos veces, el cerrojo saltó y me precipité en el interior.

Casi me di de bruces con el cadáver que yacía a dos metros de la puerta, en el amplio vestíbulo.

¡Era John Harwey!

—Estaba muerto.

CAPÍTULO X

Ella se arrodilló, llorando desesperadamente.

—No… puede ser… No puede ser. Mi Johnny… Mi Johnny querido.

La aparté como pude del cadáver.

—Tómese algo. Y no se mueva. Echaré un vistazo.

Todo eso lo dije yendo hacia la primera puerta que vi, a mi izquierda. La abrí de un puntapié con la pistola presta a funcionar.

Era un guardarropa, vacío. No había nada ni nadie.

Corrí hacia la siguiente puerta. Un despacho con estantes y un armario. Nadie tampoco.

Igual en la cocina y en el corredor, que comunicaba con la puerta del garaje, cerrada por dentro con un pasador.

Regresé a la cocina, comprobando que la puerta que daba a la parte trasera estaba igualmente cerrada por dentro.

No había más dependencias que el amplio salón. Luego la escalera funcional, de peldaños sueltos, que subía al piso superior.

Vi un corredor con tres puertas.

Baño supletorio, habitación de huéspedes y la principal. ¡Todo vacío!

La ventana por la que había asomado momentos antes Harwey estaba cerrada por dentro con el pasillo.

¡Nadie había podido salir de la casa!

¿Quién hizo, pues, los disparos?

Regresé a los bajos. Samantha seguía mirando a Harwey con ojos grandes de asombro, de incredulidad.

—Atentaron contra él… Quisieron matarle el sábado… ¡Dios mío! ¿Cómo ha podido ocurrir…? ¿Cómo ha podido…?

La sujeté por los brazos y la llevé hasta el diván.

—Escuche, voy a llamar a la policía local, procure tranquilizarse…

—¿Quién…, quién lo hizo, señor Barker? ¿Quién pudo matar a un hombre tan bueno…?

Comencé a marcar el número de la central.

—Con Homicidios, haga el favor.

Mientras esperaba, me volví hacia Samantha.

—En la casa no hay nadie. Las puertas están cerradas por dentro.

—Esto… Esto no puede ser.

—¿No hay ninguna otra salida? ¿Un sótano? ¿Una leñera?

Ella negó con la cabeza.

—Las ventanas están cerradas. Lo he mirado todo…

—Entonces…, ¿cómo pudo haber sucedido? No es posible pensar en un suicidio. No tenía motivos. No tenía…

Los de la Brigada de Homicidios de Long Island contestaron. Les informé de lo que sucedía.

Después de colgar examiné el cadáver de Harwey.

No había sangre. Las mortales heridas habían producido una hemorragia interna.

Buscando, vi asomar ligeramente bajo su cuerpo el revólver. Era un «22». El cañón estaba caliente todavía.

Utilizando un pañuelo abrí suavemente el tambor. Faltaban tres balas. Seguramente las que estaban alojadas en el cuerpo de mi amigo.

—No —me dije—. No creo que Harwey sea un suicida.

Sin embargo…

¿Quién había disparado? Y, sobre todo, ¿por qué había podido huir el asesino?

CAPÍTULO XI

El forense dictaminó que los disparos había sido hechos casi a quemarropa. Los tres mortales de necesidad, puesto que le habían destrozado materialmente la víscera cardíaca.

Di toda la información que precisaban mis colegas de la Criminal de Long Island, y me pregunté qué era más importante, si seguir allí o dirigirme a Las Vegas.

Dos casos obsesionantes, dos amigos míos, uno desaparecido y otro muerto en el espacio de pocos días.

—Le tendremos al corriente —me dijo el inspector—, y quizá pueda ayudamos. ¿Usted era amigo suyo?

—Todavía no puedo comprenderlo —murmuré.

—Sí. En verdad es extraño. Si no se admite la hipótesis del suicidio…, ¿qué explicación quiere darle?

Estábamos en la central de policía del departamento de Long Island. Uno de los técnicos del laboratorio telefoneó en aquellos instantes y habló brevemente con el inspector.

—Las huellas corresponden al muerto —dijo simplemente.

—Aun así —aduje—, no lo veo claro. Me había citado junto con otras personas. Teníamos que celebrar una pequeña fiesta. Un hombre que quiere suicidarse no elige precisamente un momento como éste, a menos que sea un paranoico con afán de macabra notoriedad.

—¿Sabe usted si a última hora ocurrió algo que le hizo cambiar por completo? Un suicida por lo general obra impulsivamente, no comete la acción premeditadamente. Usted debe saberlo.

—¿Por qué se suicidan las personas, inspector?

—Enfermedades graves… Evitar el deshonor…

—Apuesto a que el historial de Harwey es más limpio que un

paño esterilizado.

—Pero era médico. Quizá le aquejaba alguna dolencia incurable…

—Tampoco creo en esa posibilidad, inspector… ¿Por qué se asomó a la ventana? ¿Por qué nos habló? Lo lógico habría sido matarse antes, sin decir nada.

El inspector guardó silencio unos instantes.

—Bueno… Si ustedes no le hubieran visto y no hubiesen oído su voz, la cosa se prestaría a falsas interpretaciones. Usted mismo podría sospechar de la joven.

—Oímos los disparos, inspector.

—De todos modos —insistió el inspector— tendremos que preguntar a alguno de los colegas de Harwey si últimamente se hizo examinar, si su salud era buena. En nuestro gabinete al practicarle la autopsia sabremos también algo de esto.

—Apostaría mi insignia a que ha sido un crimen —murmuré casi hablando conmigo mismo.

El inspector me miró fijamente:

—Entonces…, contésteme a una pregunta. A una sola: ¿Por dónde pudo escapar el criminal?

No supe qué responder.

* * *

Pensaba todavía en aquel endiablado asunto, mientras volaba con destino a Las Vegas, en el Estado de Nevada, cuyo viaje aplacé hasta la mañana siguiente.

Había esperado hasta el último momento y comprobé mi razón al afirmar que John Harwey no padecía de ninguna enfermedad que, por lo grave y dolorosa pudiera hacerle pensar en el suicidio. Aparte de ello Harwey era y había sido siempre un hombre íntegro, equilibrado. No, no había podido suicidarse.

Tampoco el deshonor pintaba nada en aquel asunto.

Ya comprobarían los encargados de hacer las pesquisas que John Harwey no tenía nada infamante que ocultar.

Imaginé a mis colegas recopilando datos para esclarecer un asunto en el que yo mismo tomaría parte activa a mí regreso de Las Vegas, donde sólo pensaba pasar el tiempo justo para intentar

localizar a Roy Curtis.

Ése era mi otro asunto que por unos instantes había olvidado.

En aquellos momentos, cruzando las cordilleras del Este y las vastas llanuras de la nación, intenté olvidarme de la apenada Samantha, la mujer que había enviudado antes de casarse. La novia desconsolada que ya no podría lucir las galas nupciales para casarse con el hombre de sus sueños…

Sí, traté de olvidarme de todo. Un policía a menudo debe partirse en dos y poner toda su atención y dejar en suspenso un caso para «entrar» en el otro con toda serenidad.

Me dediqué, pues, al asunto Curtis. Otro buen amigo.

Con la diferencia horaria existente entre Nueva York y Las Vegas, llegué a ese aeropuerto en menos de dos horas de vuelo.

La ciudad estaba tranquila. La luz del sol actuaba de sedante de la animación nocturna, como si en aquella ciudad la vida discurriera al revés.

Era, sin embargo, la hora que más me convenía.

Fui directamente al Banco federal:

—Un tal Roy Curtis espera un envío de fondos. Quisiera saber si ha habido una entrega uno de estos días.

El empleado me miró con desconfianza. Los Bancos no son los lugares más a propósito para conseguir informaciones.

Tuve que hablar con el director de la sucursal.

Traté de persuadirle.

—Es el único medio que dispongo para encontrarle. Sé que tiene que venir. Soy amigo suyo. —Le mostré mi credencial y luego añadí —: Es un asunto muy importante.

—¿Por qué no acude a sus colegas? —me preguntó el hombre.

Pensé:

«¿Por qué siempre hacéis tan difíciles las cosas y acudís a nosotros al menor apuro?».

No lo dije. Me mordí la lengua y supliqué a regañadientes:

—Por favor, dígame si se ha recibido el envío o no, y en caso afirmativo, ¿cuándo?

Tuve que hablar bastante más, pero al fin, con cierta desgana, me complacieron.

Sí, había un «télex» dirigido a Roy Curtis. Un cheque que podía hacer efectivo el propio interesado una vez se identificase. No había

sido recogido.

Esto suponía pasarme horas frente al Banco esperando a Curtis… Suponiendo, claro está, que estuviese vivo.

Ello me retrasaría considerablemente, a menos que Roy se presentara pronto. Pero había otra solución.

—Hágame un favor —pedí al director—. Cuando el señor Curtis venga a cobrar su dinero díganle que ha estado aquí Jeremy Barker… Se lo anotaré.

Lo hice. Anoté mi nombre y pregunté:

—¿Hay algún hotel cerca?

—Tiene donde elegir. El Nevada, enfrente mismo.

—Gracias. Me alojaré en el Nevada hasta mañana por la mañana. Si por entonces el cheque sigue sin cobrar, que me llame a Nueva York. Que trate de localizarme. De todos modos volveré.

Dejé la nota al director y salí del Banco.

Pasé buena parte de la mañana sentado en la cafetería contigua al hotel Nevada y no perdí de vista la entrada del Banco.

Curtis no apareció. Habría sido demasiada suerte.

Pero ante mis narices tenía un buen «gancho», una pieza clave de aquel condenado engranaje. Sólo que yo ignoraba totalmente que la mujer que pasó contoneándose delante de mí tenía algo que ver en el asunto.

Era Wanda. La opulenta morena. Sí, me fijé en ella por puro instinto masculino. Lejos de mi imaginación el pensar que ella pudiera tener nada que ver.

¡Oh! Si hubiese sabido adónde se dirigía Wanda y con quién iba a entrevistarse…

Pero sigamos por partes.

CAPÍTULO XII

Wanda se dirigió directamente a las oficinas de Burton Ltda, situadas en la siguiente manzana de donde yo me hallaba.

Cuando pasó al amplio vestíbulo pidió que avisaran a Harry Burton. Era una mujer corriente y hasta mostraba cierta preocupación en hacer menos ostensibles las opulentas formas con que la naturaleza la había dotado.

Subió en el ascensor directo hasta la planta quinta, donde Harry Burton tenía instalado su despacho particular. El mismo que cuatro días antes había visitado clandestinamente Roy Curtis.

Burton estaba sentado tras la mesa semicircular. Era un tipo que había pasado los cuarenta, pero se mantenía en plena forma atlética. Un *gentleman* de la elegancia, con sus sienes plateadas, su aire de gran señor…

Al entrar Wanda, sin embargo, mostró una expresión de desagrado:

—Te dije que no vinieras aquí.

—¿Por qué? Yo hice todo el trabajo. ¿Y qué he sacado? Quedamos en que me pagarías lo acordado.

—En todo esto ha fallado algo, querida. Y tú lo sabes… ¡Esa maldita libreta no aparece por ninguna parte!

—Yo no tengo la culpa —replicó ella—. Ya te dije que Curtis no la llevaba encima.

—La cogió él. Estoy seguro. Cuando te dijo que iba a comprar el *whisky* lo que hizo fue venir a la oficina. Yo no contaba con esto.

—No es cosa mía, Harry. Yo cumplí mi parte. ¿Recuerdas cuál era mi misión? Lo hice todo al pie de la letra desde Danville. Le hablé de un tipo que vivía en Las Vegas, que daba trabajo a las muchachas. Mencioné subrepticiamente el nombre de Kormalis y

Curtis picó el anzuelo. Lo traje hasta aquí tal como me dijo Gilda, siguiendo tus instrucciones. Mi misión prosiguió fingiéndome una muchacha de vida fácil que anhelaba divertirse. El trató de sonsacarme y sólo le dije lo que tú me ordenaste que le dijera… Cuando por la noche recibí la llamada de Gilda, desde Danville, ya tenía el veneno mezclado en los cubitos d& hielo. Tomó el vodka y cayó como un saco. Aquí terminaba todo.

—Sí, terminaba todo…, pero con la libreta en mi poder. ¿Te das cuenta, Wanda? A Kormalis no va a gustarle esto. No quiere fallos.

—Yo no fui quien planeó esto. Hice lo que se me ordenó.

—¡Maldita sea! —exclamó con voz contenida el dueño de la oficina.

Se hizo un silencio. Wanda se había sentado, cruzando las piernas y encendiendo un pitillo, del que dio varias chupadas nerviosamente. Se puso en pie de nuevo y exclamó:

—Yo me largo. Hemos tenido suerte en que en estos cuatro días no haya sido descubierto su cadáver, pero en cuanto lo descubran la que estará en peligro voy a ser yo y no tú.

—Tengamos calma. ¿Quién te vio con él en el *bungalow* del motel?

—Nadie. Pero nos paseamos por toda la ciudad, armando jaleo.

—Todo el mundo arma jaleo en Las Vegas. Erais una pareja más. Una de tantas. Un hombre y una mujer. ¿Quién crees que pudo fijarse detenidamente en vosotros para reconoceros posteriormente? Siempre estuvisteis en sitios distintos.

—¡Espera! Recuerdo que ocurrió algo en el *bungalow*… Sí, un borracho llamó a la puerta. Se había equivocado. Roy cerró violentamente.

—¿Un borracho? ¿Te vio?

—No sé. No creo. Yo estaba en el diván, quedaba lejos y de lado.

—¡Bah! Un borracho que ni siquiera sabía dónde estaba su casa…

Ella iba a decir algo pero él hizo un súbito ademán como si acabara de ocurrírsele una idea:

—¡Un momento! Has dicho un borracho… Curtis era policía…, quizá sospechó la trampa que le preparamos. Era listo, Wanda… Supongamos que cogió la libreta y que buscara un lugar donde tenerla segura… ¿Quién te dice que ese borracho no era algún

amigo suyo?

—Pero si fue solo un momento… A Roy pareció molestarle mucho la inoportuna presencia de aquel sujeto.

—Pudo fingirlo. Al fin y al cabo, tú también estabas fingiendo.

—¡Oh, Harry! Yo no le vi, ni me fijé en él siquiera. Sólo pude oír de un modo muy vago su hablar arrastrando las palabras, tartamudeando como hacen los borrachos.

—Me gustaría poder echarle la mano encima a ese tipo… Pero ¿cómo?

Ella se encogió de hombros:

—Si queríais deshaceros de Curtis…, ¿por qué no hacerlo en Danville?

—Por la sencilla razón de que Curtis no fue a instalarse casualmente en Danville. Fue con un fin premeditado, ¿comprendes?

—No…

—Te lo explicaré. Curtis es de los que no ceden en su empeño. De un modo u otro debió enterarse de que Kormalis y Thomas Berry tenían negocios comunes. ¿Y dónde vive Berry? ¡En Danville! Y allí fue Curtis a husmear. Pero para llegar hasta Berry no era fácil. Espió concienzudamente y así llegó hasta Serge, su secretario. Tampoco era fácil llegar hasta Serge, pero sabía que entre él y Gilda había una cierta amistad. ¿Qué hace entonces Curtis? Finge interés por Gilda con el fin de estar más cerca de Serge. Un trabajo de paciencia, empezando desde abajo. Le dejamos que siguiera su juego hasta estar seguros de que seguía persiguiendo un objetivo determinado. Entonces se decidió a suprimirlo, pero hacerlo en Danville resultaba peligroso. Es un pueblo pequeño. Matándole allí la policía hubiese podido atar cabos, profundizar…, y Kormalis no quiere correr riesgos. For otra parte, en el mejor de los casos habrían podido acusar a Gilda y, una vez detenida e interrogada, si hubiese hablado todo estaba perdido. Algunos policías son auténticos maestros en el arte de interrogar… No, Wanda, convenía alejarle. Lo más apartado posible y en un lugar donde Kormalis oficialmente no tiene amigos ni contactos. Por más que husmeen en Las Vegas no pueden encontrar ninguna referencia entre el griego y yo… Pero esa maldita libreta lo complica todo.

—¿Tan importante es?

—Si la encontrara cualquiera posiblemente la echaría al primer cubo de basura. Sólo son nombres.

—¿Nombres de gente importante?

—De chicas. No hay direcciones, nada que pueda identificarlas ni relacionarlas con nada sospechoso, excepto un nombre. Uno solo…

—¿Cuál?

—Sandra Pasolini. El único fallo de la organización.

—¿Quién es Sandra Pasolini?

—Una chica a la que hubo que quitar de en medio. Sabía demasiado y quiso abandonar el yate… ¿Comprendes?

—Comprendo que debo largarme. Ahora yo también sé demasiado…

—No puedes marcharte ahora. En la organización se entra, pero el jefe no permite deserciones…

—¡Un momento! Nadie me advirtió de ello. Renuncio al dinero, pero no voy a estar ni un día más en Las Vegas. Quedaos con todo.

—¡Espera, Sandra! Si cruzas esa puerta puedes arrepentirte.

—¿Cómo ésa… Sandra Pasolini?

—Tal vez.

—Cuidado, Harry. Aunque vayas vestido de señor, te conozco perfectamente. Saliste del arroyo como yo. Sé cuáles son tus antecedentes. Ambos no podemos ocultarnos nada y si queréis borrarme de este mundo ten en cuenta que antes hablaré. Tú y tu organización acabaréis entre rejas.

—Hablas demasiado y es peligroso… Créeme, no te muevas y haz lo que yo te diga.

—Ya sé…, volver al *bungalow*, ¿eh? ¡Ya te dije que la dichosa libreta no estaba allí! ¡Roy Curtis no la tenía! Y no me harás volver… ¡Al cabo de cuatro días! ¿Qué pretendes, que me sienten en la cámara de gas? ¿O usan la horca en Las Vegas? No, Harry. Di a tu jefe que he desaparecido. Que me he volatilizado… Adiós.

Harry iba a decir algo, pero la morena cruzó el umbral de la puerta y se alejó con paso firme.

Harry comenzó a marcar un número de teléfono…

Wanda llegó hasta la calle y tomó el primer taxi. Se hizo conducir a un modesto y discreto apartamento. Preparó su breve maleta y contó el dinero que tenía.

Quizá en aquel instante recordara que no todos los dólares que ahora metía en su bolso eran enteramente suyos, había unos cuantos que había robado de los bolsillos de Roy Curtis, dejándole solo unos pocos para que no se creyese en un asesinato cuyo motivo fuera el robo.

El veneno, mezclado con el hielo, actuaba directamente en la sangre. Su muerte bien podría achacarse a un fallo cardíaco. Al menos así se lo había dicho Harry.

Tal vez recordaba también cómo había derretido el resto de los cubitos, limpiando su vaso y borrando toda huella. Así oficialmente Roy Curtis habría muerto «solo».

Pero el crimen siempre atosiga la conciencia del criminal. Y Wanda no las tenía todas consigo y, después de las amenazas de Harry, mucho menos. Así pues pensó que cuanto antes estuviera lejos mucho mejor. El dinero le alcanzaba para volar hacia Los Angeles y de allí a México. Luego ya se buscaría el modo de ganar pesos. Era una mujer «cotizable». Encontraría trabajo…

Terminó de arreglarlo todo y salió de nuevo a la calle, pagando la pensión, donde de hecho sólo había estado aquellos últimos cuatro días, después de la muerte de Roy.

Ya en la calle, con una maleta grande y el neceser, cruzó para dirigirse a la parada de taxis más próxima.

No vio el coche que estaba en la esquina con el hombre que había estado esperando su salida.

No vio tampoco como el auto arrancaba lentamente, cobrando velocidad a medida que se acercaba a ella.

No vio que se le echaba materialmente encima.

Cuando se dio cuenta, ya era demasiado tarde. ¡Lanzó un alarido!

El choque, brutal, alcanzándola de lleno, la lanzó contra el borde de la acera. Ambas maletas volaron como impulsadas por un resorte.

Alguien gritó horrorizado ante la tétrica escena, mientras el auto se daba a la fuga, desapareciendo tras la primera esquina.

Un hombre se inclinó sobre el cuerpo exánime de la muchacha. Se había formado un corrillo en torno a ella.

El hombre se levantó y murmuró quedamente:

—No podemos hacer nada por ella. ¡Ha muerto!

Quizá Harry Burton, un par de minutos más tarde, recibía una llamada y una voz le decía escuetamente:

—Asunto terminado.

Capítulo XIII

Cuando el Banco cerró sus puertas, a las cinco de la tarde, yo había decidido buscar a Curtis por otros conductos.

No conocía a nadie en Las Vegas, pero como policía confiaba en que mis colegas me echarían una mano.

Hablé con uno de los detectives de la Brigada de Homicidios.

—¿Cómo dice que se llama su amigo? —me preguntó en un tono profesional.

—Roy Curtis. Lleva una semana sin aparecer, desde que salió de Danville. Pero me consta que su destino era Las Vegas. En el Banco federal hay un «télex» con una cantidad a su nombre. No lo ha recogido todavía, pero prueba que pensaba venir aquí.

—Esto es una ciudad de un continuo tránsito. Acuden gentes de todos los Estados. No es fácil encontrar a una persona. A menos que pueda darnos más información.

—Se me ocurre que buscando en los hoteles, en las pensiones… En alguna parte se habrá alojado.

—Suponiendo que llegara, ¿no? —objetó mi colega.

—Sí, claro. No hay nada cierto.

—Dijo que partió de Danville, en Pennsylvania. Esto está muy lejos. El viaje es largo.

—Sí… Aunque el avión acorta mucho las distancias.

—Haré lo que pueda, Barker. ¿Dónde se aloja?

—Pues…, ya en ninguna parte. Tomaré el avión esta misma noche. Tengo otro asunto en Nueva York. Pero volveré.

—¿A qué hora se va?

—A medianoche. La vuelta es más larga que la ida. Aunque dure lo mismo y quiero llegar a Nueva York por la mañana. ¡Ah! Ya le he dicho que esto no es un asunto oficial.

—Bien. Tendrá que echarme una mano.
—Encantado y ojalá sirva de algo.
—¿A qué se dedica su amigo…, ese Curtis?
—Pues era de los nuestros. Dejó la insignia hace ya algún tiempo, pero estoy seguro de que seguía con el caso que no pudo concluir.
—¿Expulsado?
—No. He dicho que dejó la insignia.
—Un hombre tenaz, ¿eh? ¿Contra quién iba la caza?
—¿Oyó hablar de un tal Kormalis?
—Griego.
—Nacionalizado americano.
—Sí. Creo que sí, pero que yo sepa nunca ha dejado su dinero en Las Vegas.
—Kormalis tiene negocios en todas partes. Controla sociedades… Bueno, lo que se llama un hombre de negocios. Todos limpios en apariencia. Pero se cometió un crimen y Curtis andaba tras él.
—Un pez gordo… ¿Demasiado quizá? —sonrió mi colega, comprendiendo.
—Es posible, pero Curtis cree lo mismo que yo. Que la ley es para todos y hay que desenmascarar a quien sea.
—¿Qué hace ese Kormalis aparte de ganar dinero?
—Siente predilección por los cruceros marítimos y procura rodearse de chicas bonitas.
Mi colega arqueó las cejas. Era algo más joven que yo, quizá un novato, pero se le veía despierto. Me dijo llamarse Tom.
Atajé su posible pregunta:
—No. No hay ninguna denuncia sobre muchachas desaparecidas. Si entre sus negocios figura la trata de blancas, no existen pruebas.
—Me gustaría pescar alguna vez a un tipo de esa ralea.
—Puede que ahora tenga su oportunidad.
—Pediré una información, pero repito que en la ciudad no hay ningún negocio que gire con el nombre del griego. Lo sabríamos.
—Consígame entretanto una lista de pensiones discretas, sitios propios donde uno pueda pasar desapercibido.
—En Las Vegas es posible mezclarse con una multitud y no ser reconocido por nadie, pero también es fácil encontrarse con un

íntimo amigo en la zona más tranquila. Esto es una Babel.

—Me doy cuenta de ello. Imagino todos esos luminosos encendidos.

—Sí —replicó mi colega intencionadamente—, es muy divertido…, para los que puedan divertirse. —Se levantó y añadió —: Voy per esa lista.

Mi colega regresó casi inmediatamente:

—Oiga, han encontrado a un hombre muerto en la carretera general de Utah.

—¿Curtis?

El colega Tom dejó sobre la mesa las pertenencias del hombre encontrado muerto.

Un carnet de conducir, documentos, cinco dólares, unas llaves del *bungalow* de un motel y un reloj de pulsera con el cristal pulverizado, parado a las 9,35.

Me sentí deprimido. No esperaba aquello.

En efecto, todo lo que había en la mesa envuelto en el pañuelo pertenecía a Curtis. Había muerto. ¿Accidente?

* * *

El coche —un «Ford» de alquiler— se había salido de la carretera, cayendo por un terraplén. Al incendiarse carbonizó a Roy.

Fue la primera vez en mi vida que me impresionó identificar lo poco identificable que había en aquel cadáver.

Hablé con el forense.

—Ningún golpe, ninguna lesión interior. Indudablemente, una falsa maniobra provocó el accidente.

—¿Cuánto tiempo hace que ocurrió?

—Cálculo que unos cuatro días.

Tom, mi colega, me interrogó con la mirada. Le comprendí.

—No sé… Es extraño —murmuré.

—Será muy difícil probar que no fue un accidente.

—¿Dónde fue alquilado el coche?

—En la compañía Swanson. Pero no vaya. Ya se ha comprobado. El coche fue alquilado hace exactamente cuatro días. Se alquilan muchos coches. El empleado no recuerda los rostros de todos los

clientes.

—¿Iba solo cuando lo alquiló?

—Sí, solo.

—Quisiera echar una ojeada a ese *bungalow* —murmuré.

Tom me acompañó. En el *bungalow* estaban un par de agentes uniformados.

CAPÍTULO XIV

Entretanto, el encargado de la compañía Swanson de alquiler de coches se hallaba en el despacho de Harry Burton.

—La policía ha venido a hacerme preguntas.

—Es lo normal en esos casos —contestó el dueño de la oficina.

—No fue fácil sacar el cadáver de la casa en pleno día.

—Tomaste precauciones, ¿no?

—Creo que nadie pudo verme, pero pienso que ha sido una tontería fingir un accidente. Ya estaba bien donde estaba.

—No, amigo… Existía peligro de que descubriesen el veneno en las vísceras. En las muertes por accidente las autopsias son puro trámite. No existiendo señales de golpes o violencias anteriores a la muerte, es casi seguro que no profundizarán más en el asunto. Así que…, vuelve al trabajo y muéstrate tranquilo. Si vuelven a preguntarte repites siempre lo mismo, muestra el registro de clientes… Aunque tú y yo sepamos que es falso, oficialmente deben creer que Curtis alquiló el «Ford» hace cuatro días.

—Espero sinceramente que no vuelvan a marearme. No me gusta la «poli». Siento complejos raros… Si buscan mis antecedentes…

—Ahora eres un hombre honrado —terció Burton—. No pueden acusarte de nada. ¡Ah! Y esto debe quedar entre los dos. Ni una palabra a nadie.

Burton debió pensar:

«Me importa mucho que el propio Kormalis piense que le hayamos quitado de en medio fingiendo un accidente… Así si me pregunta podré decirle que la libreta que me quitó quedó destruida por las llamas».

Sí, Burton era de los que no querían complicaciones con el

«jefe».

* * *

Si Wanda había borrado toda huella de su presencia en el *bungalow* de Curtis, dejó algo imposible de borrar, algo tan habitual en ella que por eso mismo no se dio cuenta: ¡el perfume!

En cuatro días había perdido fortaleza, pero quedaba todavía un tenue aroma y un buen observador no podía pasar por alto aquel detalle. Yo al menos lo noté:

—Una mujer estuvo con él.

Tom sonrió:

—¿Hay compañía más grata?

—Roy no era de los que llevaban mujeres a su casa… Si lo hizo fue por algo… Daría cualquier cosa por saber por *qué estaba esa mujer aquí.*

Sin darme apenas cuenta, acababa de esbozar una posible pista. La sagacidad de Tom me llevó a la primera cosa realmente clara de aquel asunto.

* * *

—¡Es el mismo olor! Puede comprobarlo usted mismo —exclamó Tom.

Lo comprobé en el cuerpo de la mujer atropellada en la calle. El cuerpo de Wanda.

Salí del depósito y, junto con Tom, pasé a la sala contigua:

—En efecto, Tom, el mismo perfume.

—¿Simple casualidad? —preguntó él.

—Podría ser… Pero esa chica murió atropellada por un coche, cuyo conductor, según parece, no hizo nada por auxiliarla.

—Eso ocurre con frecuencia —observó mi colega.

—Estoy de acuerdo, pero ahora «ha sucedido» en circunstancias especiales. Dos accidentes poco claros, con un común denominador: el perfume de una mujer. Esto da qué pensar…

Tom asintió:

—Tiene razón, Barker, hay que seguir todas las pistas, pero

tengo que conseguir el permiso del jefe —y añadió una máxima que yo también había aprendido en la escuela de detectives—: Coger a un asesino no es difícil, lo que cuesta realmente es encontrar pruebas para llevarle ante un tribunal.

—De momento no conocemos al asesino, Tom, pero siempre hay que partir de cero. Primer paso, conocer las amistades de la muchacha.

* * *

El tiempo volaba. Faltaban dos horas para que mi avión despegara, pero el eficiente Tom había conseguido un dato importante.

Wanda Heinkel, sin antecedentes en Las Vegas, había sido vista en la compañía Burton Ltda.

—¿Quién es Burton? —pregunté.

—El jefazo de una financiera —y al ver mi entrecejo, añadió—: No, no tiene nada que ver con Kormalis.

—De todos modos me gustaría charlar con ese Burton.

—Son las diez, amigo Barker, tendrá que esperar a mañana.

—Es que tengo que regresar. Si pudiera localizar antes a Burton… Le haría unas cuantas preguntas.

—Será difícil encontrarle a esta hora, pero se puede intentar. Si quiere estar presente cambie su salida. Habrán otros vuelos. Del aeropuerto de nuestra ciudad salen aviones a todas horas.

Estábamos en una cafetería de las menos bulliciosas. Opté por llamar al aeropuerto y pedir el regreso para más tarde.

Tom consiguió localizar a Harry Burton en uno de los más caros restaurantes de aquel emporio del vicio.

Nos concedió unos minutos como quien arroja una limosna a un pobre.

La entrevista tuvo lugar en el bar del restaurante. Tom hizo las preguntas, como correspondía, ya que en aquel caso yo era un intruso lejos de mi campo de acción.

—¿Wanda Heinkel? Sí… La conozco. Una amistad, digamos, bastante relativa. Vino a pedirme trabajo varias veces, las cosas no le iban muy bien.

—¿Cuándo la vio por última vez? —intervine yo.

Burton me miró con cierto desprecio. Me molestó.

Tom hizo suya mi pregunta:

—¿Puede recordar cuándo vio por última vez a Wanda Heinkel?

—Pues…, hoy mismo. Hacia el mediodía. Vino de nuevo en busca de trabajo. No puedo aceptar a según qué personas… Mi compañía es seria… Bueno, quiero decir que Wanda no era lo que podríamos llamar una muchacha ejemplar. Quizá no era totalmente suya la culpa. Particularmente no me ocupo de las vidas ajenas y repito que no me sentía obligado con Wanda.

Había algo en aquel sujeto que me molestaba: su petulancia, su énfasis al hablar, esa seguridad peculiar en ciertas gentes que se creen por encima de los demás.

Intervine de nuevo:

—Es curioso que Wanda fuese atropellada mortalmente poco después de ir a verle.

Me miró, ya no con desprecio, sino con insolencia:

—Perdone, amigo. ¿Lleva también una insignia?

—Sí —repliqué—. Y no me llame amigo, yo también elijo a mis amistades.

Burton se puso en pie en actitud de quien se ve ofendido en su dignidad:

—Señores, tengo amigos a quienes atender. Este caso no me atañe en absoluto.

—¡Un momento! —exclamé—. Mi colega no ha terminado todavía.

—¿Es que se me acusa de algo? —inquirió desafiante.

Tom se volvió hacia mí. Estaba en un apuro. Burton era uno de esos pequeños dictadorzuelos para quienes la ley es un instrumento que pueden manejar a su antojo.

Su respuesta fue hiriente, despectiva:

—Oiga, agente, diga a su jefe que venga a verme a mi despacho si desea algo. Es amigo mío…

Comprendí la insinuación y no pude contenerme:

—Es curioso que todos ustedes tengan siempre amigos en la policía.

Me miró con curiosidad y espetó:

—¿Quiénes son «todos ustedes»?

—Eso… Ustedes. ¿Se ha molestado?

—No he visto su credencial, señor. No tengo por qué seguir hablando.

—¡Vamos, Tom! —incité a mi colega—. Ellos tienen sus derechos y nosotros los nuestros.

—Señor… Burton —empezó el agente de Las Vegas—, siento molestarle, pero estoy encargado del asunto.

—Ya le he dicho que no sé nada. Buenas noches.

Se alejó con paso altivo.

—De buena gana le sacudiría —mascullé.

—Cuidado, Barker, Burton es influyente.

—Como Kormalis, como toda esa camarilla… ¡Maldita sea! Yo sé cómo hacerle hablar.

—No tenemos ninguna prueba.

—Y si andamos con tantos remilgos nunca la tendremos. Un amigo mío ha muerto por ir detrás de un asunto que me huele a podrido y nosotros tenemos que contemplarlo pasivamente, cruzados de brazos y viendo cómo se burlan en nuestras propias narices.

Tom trató de calmarme:

—En el motel nadie vio a Curtis con una mujer.

—Porque nadie se fijaría.

—Usted tiene alguna idea concreta del asunto. ¿Cuál es?

—No lo sé. Sólo tengo presentes los hechos. Un hombre es encontrado en la cuneta carbonizado. En su residencia descubrimos un perfume idéntico al de otra mujer idénticamente asesinada…, porque el atropello fue intencionado. ¿Casualidad? Yo contesto: «Demasiada». Ambos se conocían. Lo que pasó no lo sé, pero se libraron de ellos… Y le diré más: Curtis andaba tras alguien, si Wanda era el «gancho» y Wanda conocía a ese Burton, existen motivos para pensar que el tipo sabe más de lo que dice.

Tom palmeó mi hombro:

—Barker, imagino lo que siente, pero si da un paso en falso mi jefe se pondrá furioso y, créame, usted no tendrá defensa y podrá costarle un disgusto.

—Gracias por todo, Tom —repliqué a guisa de despedida.

—Vuelva o llame, haremos lo que podamos.

Sonreí sin replicar. Levanté la mano y me alejé.

Pero, desde luego, no pensaba marcharme.

CAPÍTULO XV

Tampoco podía saber en aquellos momentos que Burton, en el teléfono privado del restaurante, sólo reservado a los buenos clientes, estaba efectuando una llamada a larga distancia. Una llamada de «persona a persona».

La voz que llegaba a través del hilo a Burton le estaba diciendo:

—Desde luego, debe desaparecer… Pero arregla las cosas de modo que todo sea perfecto.

—De acuerdo, pero va a resultar difícil. Ese tipo es un hueso…

—Ya se ablandará…, si haces bien las cosas. Tiene que ser cuanto antes.

—Esta noche —replicó Burton.

Colgó. Su interlocutor también lo hizo.

Acababa de dictarse mi sentencia de muerte.

Bueno, como es lógico, yo esperaba fuera para vigilar a Burton, con métodos legales o no me había propuesto arrancarle a aquel tipo todo lo que pudiera y un poco más. Le haría tragar su insolencia.

Esperé como una media hora y al fin salió. Solo. Tomó su coche estacionado en el gran *parking* frente al restaurante.

Tomé el primer taxi y pedí al taxista que lo siguiera:

—No pierda contacto, pero procure que no se de cuenta.

Al chófer pareció no gustarle el trabajo, pero se portó bien. Burton tampoco corría demasiado y esto facilitaba las cosas.

Mi perseguido se había alejado del centro y penetró en una zona rodeada de parque.

Detuvo el coche frente a una suntuosa villa. Yo pagué el importe de la carrera y esperé a que mi perseguido saliera del auto.

Mi intención era no dejarle entrar siquiera en la casa.

Protegido por las sombras crucé la zona de setos y ya iba a salir a la explanada cuando oí claramente un rumor de pasos.

Me volví, viendo ante mí a un tipo fornido que esgrimía un cuchillo en la diestra.

Toda mi atención se la llevó mi presunto agresor.

¿Agresor? ¡Agresores!

De todos los lados surgieron tipos. Conté hasta seis. Sólo el grandullón llevaba el arma en la mano.

Hice intención de sacar mi pistola, pero el del cuchillo, en un ágil movimiento, lo arrojó sobre mí. El acero pasó rozándome la mejilla derecha y fue a incrustarse en el tronco de un árbol.

Otro de los tipos me clavó el cañón de un revólver en los riñones.

Quise librarme de él, pero otra pistola me apuntó.

¡Me habían cazado!

—¡Acabemos! —dije de mala gana—. O disparáis o haremos todos un poco de ejercicio.

Los dos armados de revólver se me acercaron, me quitaron mi pistola y luego guardaron las suyas.

Comprendí: iban a darme una paliza.

Lo mejor en tales casos es optar por una de estas dos soluciones: huir o intentar pegar primero. Yo me había inclinado siempre por la segunda y, sin pensarlo, lancé un puñetazo a mi más próximo enemigo.

Con un ahogado «¡Aaay!» de dolor se llevó las manos a la pantorrilla y perdió el equilibrio.

El grandullón fue el segundo. Un directo con dinamita en el estómago y seguidamente un buen golpe en la nuca. Cayó como un fardo.

Pero quedaban los otros cuatro. Iban a atacar al unísono. Quise anticiparme lanzándome como un ariete.

Derribé a uno que cayó hacia atrás gimoteando.

Vi venir el puño del segundo y esquivé por décimas de milímetro. Pero el tercero me alcanzó con un golpe bajo.

Me retorcí, dándome cuenta que mi posición forzada facilitaba el ataque de mis otros enemigos.

Vi venir un golpe en la nuca y salté a un lado.

Me incorporé agarrado a otro de los agresores, a quien pude

asestar dos golpes contundentes en la nariz y en pleno mentón.

Pero ya tenía a otros dos sobre mí.

Traté de alejarlos. La media distancia en una pelea tan desigual es lo mejor.

Repartí puñetazos, solté patadas, derribaba continuamente a tan tenaces sicarios. Les sentí gemir, barbotar exclamaciones, renegar y maldecir, y seguía golpeando, golpeando…

Hasta que al fin todo comenzó a oscurecerse para mí.

Alguien había surgido a mi espalda dándome un buen porrazo que me dejó K. O. sin remedio.

Capítulo XVI

Cuando desperté tardé unos segundos en hacer una composición del lugar donde estaba. Un sitio húmedo… El césped frente a la villa de Burton. Sí, seguía en el mismo sitio, pero no estaba solo.

Dos agentes uniformados me observaban. Tom estaba con ellos.

Me pasé la mano por la nuca, que me dolía.

Exclamé algo así como:

—Es la primera vez que me dejan fuera de combate…

Me incorporé ante la mirada indiferente de los agentes y los ojos escrutadores de Tom.

—¿Qué sucede? —pregunté.

Entonces vi la ambulancia y a otro par de agentes que cargaban a alguien en una camilla.

—¿Qué ha pasado aquí? Habla, Tom. Yo seguí a Burton…

—Ésta no es la casa de Burton. Es un casino privado.

—Pues Burton venía hacia aquí. Sólo pretendía hacerle unas preguntas.

—¿Está seguro que era Burton?

—Tan seguro como que media docena de gorilas me salieron al paso.

—¿Y usted disparó contra uno?

—Pero ¿qué es eso? Yo no…

Miré el suelo. Mi pistola no estaba en su sitio. Recordé que me había caído en la lucha. Tom la tenía en la mano:

—¿Es eso lo que busca?

—Es mi pistola de reglamento.

—Estaba caliente cuando la encontré. Es probable que haya disparado para matar al encargado de la compañía Swanson…

—Pero… Ni siquiera estaba aquí. ¿Qué significa este lío?

—Me temo que sí, amigo mío, me temo que se ha metido usted en un buen lío.

—Esto es una encerrona. Yo seguía a Burton.

—Ya hemos mirado en el casino. Burton no está.

—Pero si le seguí…

—Es inútil, Barker… Vamos, el capitán querrá hablarle.

Sonreí amargamente. No… podía dejar que me «pescaran». Iban a cargarme un muerto. Saldría a relucir mi historial, que se resumiría poco más o menos de este modo:

«Jeremy Barker, buen policía, pero impulsivo y no muy disciplinado».

Intuitivo y destemplado. Surgiría la palabra *brutal*. Les periodistas la usaban a menudo.

¡Los periodistas sensacionalistas! Se nos echan encima cuando tardamos en pescar a un criminal y luego critican nuestros métodos cuando pretendemos hacerles entrar en vereda.

—Tom… —empecé llevándomelo a solas, lejos de los oídos de los agentes.

La ambulancia salía del lugar. Me extrañó no ver fotógrafos y reporteros acosándonos con sus preguntas y sus *flash*.

Tom me aclaró:

—Recibimos una llamada telefónica. Era del hombre que ha muerto. Nos dijo que venía siguiéndole. No hemos informado a la Prensa para evitar el escándalo.

—Oiga, Tom… Esto es falso. Es una encerrona, ¿comprende? Tratan de inmovilizarme porque soy de los que no se cruzan de brazos ni se impresionan ante tipos como Burton, ni como Kormalis.

—Bien… Mi jefe es comprensivo, pero comprenda que tengo el deber de…

—No, Tom… Deme tiempo, un par de horas. Sólo un par de horas. Diga que no me ha encontrado.

Tom se volvió hacia los agentes.

Comprendí que había testigos y el asunto resultaba más difícil.

—Busque cualquier excusa… Somos compañeros. Yo no quiero pisar su terreno. Trato de esclarecer un crimen. Algo que viene de mucho más lejos… ¿Comprende?

—Sí, Barker. No soy puntilloso. Amo la profesión como usted, pero voy a verme en un lío si le dejo escapar.

—Tom… Tiene el coche por aquí, ¿verdad?

El asintió.

—Deme mi pistola.

Dudó.

—Si yo le empujara…

—Está bien —replicó sin levantar la voz—. Hágalo deprisa. Pero sólo un par de horas. Y no se le ocurra ir a casa de Burton. La primera orden será vigilar su casa.

—Es usted un buen chico, Tom. Me gustaría tenerle por compañero allá en Nueva York.

—No pierda tiempo. Las llaves de mi coche están puestas.

Sonreí. Agradecí profundamente el favor que me hacía.

Luego empezó la comedia.

Le empujé hacia los setos. El me dio el arma. Cuando los agentes reaccionaron yo corría hacia el coche.

Oí la voz de Tom gritarles:

—No le disparen. Hay que cogerle vivo.

Esto era mi salvoconducto.

Me metí en el coche y di gas a fondo, desapareciendo de la escena del crimen. Un asesinato que querían achacarme para quitarme de en medio.

En principio necesitaba un lugar donde esconderme y trazar mi plan. Si no podía ir a casa de Burton, tendría que arreglármelas para que él viniese a la mía.

Dejé el coche oficial en una esquina y corrí a través de un callejón hasta un descampado. Sin darme tregua y, tras recorrer más de un kilómetro con toda la velocidad que me permitían mis piernas y mis pulmones, llegué a la principal arteria de la ciudad. Allí donde todo es un ascua de luz, de colorido y de bullicio.

Tomé el primer taxi que encontré.

—A cualquier parte —le dije al conductor—. Quiero dar una vuelta para ver la animación. No corra demasiado.

No debía ser el primero que le pedía algo parecido. El chófer era hablador:

—¿Es usted nuevo en Las Vegas? Quiero decir si no había estado nunca aquí.

—No. Esto es realmente estupendo, pero para millonarios.

—¡Hum! Ni que lo diga, amigo.

Seguimos hablando. El coche marchaba a velocidad moderada y mis ojos recorrían los luminosos, el centellear de millones de bombillas que se encendían y se apagaban.

Doblamos una esquina. Un letrero vertical anunciaba: Gran Palace. Era un teatro.

Fue solo un momento… Al pasar frente a las puertas del coliseo vi el nombre.

Julia Mandy.

¡Julia!

—Deténgase aquí. Seguiré andando.

Salté del coche y esperé a que se alejara.

La función debía estar a punto de terminar. Las taquillas estaban cerradas y en la puerta del *hall* solo había un portero uniformado.

Decidí buscar la puerta de los artistas. Estaba al lado, en un callejón, como en la mayoría de los teatros de Broadway.

Pude entrar sin que nadie me lo impidiera.

Por un pasillo llegué hasta muy cerca del escenario. Vi una escalinata de hierro donde podía leerse: «A los vestuarios».

Subí. Desde lo alto, entre los decorados, podía ver a Julia en la escena final de la obra.

Me entretuve unos instantes y decidí buscar su camerino.

Allí estaba. En la segunda puerta a la derecha del pasillo. Al fondo había un ventanal con una escalera de emergencia.

Me metí en su camerino. Las cosas de Julia estaban allí. Muchas las reconocí.

Encendí un cigarrillo y recorrí la estancia. Olía a Julia. Ignoraba cómo iba a acogerme, pero me sentía feliz de sentirme cerca de ella.

El eco de los aplausos llegó hasta mí. Pensé que pronto subiría. Confieso que sentía más miedo que si esperara enfrentarme con un criminal de la peor ralea. Con las mujeres uno nunca sabe cómo saldrán las cosas.

Oí pasos por el pasillo, voces, puertas que se abrían y se cerraban. Al fin se abrió la de ella.

Contuve la respiración. Julia iba a aparecer…

Apareció.

Durante unos segundos me dio la sensación de que todos los relojes del mundo se habían detenido. Quizá a ella le sucedió lo mismo. Nada dijimos.

Carraspeé, me decidí a ser el primero en hablar. Ella tuvo la misma idea.

Al hablar a la vez nuestras palabras se cruzaron. Sonreímos. Luego, un mutuo impulso nos atrajo el uno hacia el otro.

Fue la más expresiva firma de paz.

CAPÍTULO XVII

Ella creyó al principio que me hallaba en Las Vegas para verla. Que había hecho el viaje exclusivamente en su honor.

No quise mentirle.

En la habitación de su hotel le conté todo.

Luego nos comportamos como dos enamorados en su primera salida.

Acurrucada sobre mi pecho, me susurró:

—Jeremy… Mañana es mi último día. Tengo proposiciones para formar parte de una nueva compañía para estrenar en Los Angeles, pero durante estos días lo he pensado mejor…

—¡Julia! —exclamé.

—Sí, Jeremy. Quiero casarme contigo. Hagámoslo mañana por la noche, después de la función. En cualquier parte encontraremos un juez de paz…

—Con mil amores, querida, pero ya te he contado mis problemas. Tengo algo pendiente en Nueva York. Te lo he contado. Luego lo de aquí…

—Pero estás de vacaciones. No son asuntos tuyos.

—Curtis era mi amigo, igual que Harwey, y los dos han muerto.

—Otros se cuidarán de atrapar a los culpables. No tienes por qué hacerlo personalmente, Jeremy. No consigues otra cosa que crearte problemas… ¡Dios mío, y yo tengo la culpa de todo! Si nos hubiésemos casado…

Sonreí.

—¡Tiene gracia! Ahora soy yo el que te pido unos días. Muy pocos. Me bastarán para poner en claro todo este estado de cosas… Luego, el mundo será nuestro, querida.

—Y entretanto vas a correr riesgos.

—Es mi profesión…

—¡Oh, Jeremy, querido! Te adoro.

Lo que siguió fue un beso largo, sabroso, en el que los dos pusimos toda nuestra pasión.

¡Cuánta razón tienen los que dicen que todas las parejas deberían reñir por lo menos una vez para saborear el placer de la reconciliación!

Bueno…, pasó una hora durante la cual me olvidé de todo. De todo, excepto de las caricias de Julia, de aquella intimidad largamente deseada…

Somnolienta, feliz, con ese dulce *relax* de la mujer que ha gozado de la felicidad, murmuró:

—No te vayas.

—No tengo ganas de irme, querida, pero tengo que ver el modo de atrapar a Burton.

Ella se incorporó:

—Jeremy… No quería decírtelo, no quería que te metieras en más líos, pero…, quizá pueda ayudarte.

Puse ojos de extrañeza:

—¿Conoces a Burton?

—Viene algunas veces al teatro. No a éste, sino a todos. Habla con las chicas… Bueno, al principio creí que se trataba de simples conquistas… Una vez habló conmigo. Fue el segundo día de actuar aquí.

—¿Qué diablos te propuso?

—La oportunidad de actuar alrededor del mundo, con un sueldo fabuloso y un sinfín de cosas agradables. No me fié demasiado… En realidad, pensaba más en ti que en otra cosa.

—¡Vaya! Conque…, buscando chicas… Pero él tiene una compañía financiera.

—Dijo que tenía muchos negocios, entre ellos asuntos teatrales. No los lleva directamente, sólo proporciona las actrices. Dijo que más que nada lo hacía por *hobby*. Hasta me invitó a cenar.

—¿Aceptaste?

—No, por supuesto.

Quedé pensativo. La idea que bullía en mi mente no podía ser más clara, más diáfana, pero necesitaba mezclar a Julia en ella.

—¿En qué piensas? —me preguntó.

—En… nada.

—Sí, cariño. Lo imagino.

—No.

—Tengo que llamarle, ¿verdad? ¿Decirle que acepto su invitación?

—No, no… Tiene que haber otro sistema.

Consulté el reloj. Había transcurrido una hora y media del tiempo que me concedió Tom. Treinta minutos era muy poco tiempo.

Me decidí.

—Julia…, no va a ocurrirte nada.

—¿Mañana? —inquirió ella.

—Sí. Después de la función.

—¿Dónde? ¿Aquí?

—No, no… Tú tienes que estar al margen de todo. Procura que te lleve a su casa.

—¿A su casa? Pero antes dijiste que estaría vigilada.

—No importa. Sé cómo entrar. Luego, pase lo que pase, tú y yo no nos conocemos.

—Haré todo lo que tú digas, Jeremy, pero ten cuidado.

Había comenzado a ponerme la chaqueta y volví a quitármela.

—Voy a llamar al aeropuerto para que cancelen mi billete. Me quedaré aquí si no te importa.

—¿Importarme, querido? ¡Qué va a importarme! —sonrió ella feliz.

Las cosas comenzaban a marchar bien.

CAPÍTULO XVIII

En Nueva York, mientras yo seguía en Las Vegas, los compañeros de la Brigada de homicidios seguían con el caso Harwey.

Con la declaración que hice oportunamente y la de Samantha parecía quedar bien sentado que en la casa no había nadie más que el infortunado John Harwey.

Las balas halladas en el corazón del muerto correspondían a la misma arma, un revólver calibre 22, como ya dije, en el que quedaron grabadas sus huellas dactilares.

El teniente McGowan sacudió la cabeza.

—Suicidio… Pero ese terco de Barker se empeña en ver tinta invisible en todas partes.

Hizo una pausa, añadiendo:

—Lo bueno es que, terco o no, siempre acaba por tener razón.

Uno de los detectives, el que esperaba órdenes en pie, frente a la mesa del teniente, interrumpió:

—Ese bombón está ahí… Perdón, quiero decir la señorita Samantha Gilles.

—¡Ah, sí! ¡Que pase! La verdad es que ya no sé qué decirle.

—Parece que va aceptando la idea del suicidio, pero la pobre está moralmente destrozada.

McGowan hizo una seña y el detective salió en busca de la desconsolada Samantha.

Vestía de negro como si íntimamente se sintiera como una viuda. Le sentaba bien el estrecho vestido que remarcaba su esbelta silueta.

Se sentó ante la mesa del teniente.

McGowan no había nacido para dar malas noticias con diplomacia, ni para sentimentalismos, pero quizá la presencia de

Samantha con su tristeza, que sabía llevar con una contenida sinceridad, le impresionaba.

—Señorita… Todos los datos que poseemos, todas las pesquisas, los informes realizados…, absolutamente todo, indican que John Harwey no tenía motivos para quitarse la vida. Sin embargo, esos mismos datos tampoco señalan a ningún enemigo que le odiara tanto como para matarle… Luego, por fin, nos topamos siempre con la casa, cerrada por dentro, sin posibilidad de que nadie pudiera salir.

—Sí… Eso es lo extraño, señor, pero ninguna de estas explicaciones devolverá la vida a mi prometido.

Bajó la cabeza y reprimió un sollozo.

Me imagino la cara de McGowan, sin saber qué hacer, adónde mirar ni qué decir.

En el fondo nos parecemos. Yo también soy más valiente ante un asesino dispuesto a todo que frente a las lágrimas de una mujer. ¡Terrible arma la de las féminas! Sobre todo si son tan hermosas como Samantha.

—Compréndalo, no podemos presentar este caso ni siquiera a encuesta. No existen pruebas contra nadie, ni existen asesinos invisibles. Quizá ignoremos algo…, algo que sólo supiera John Harwey y que le impulsó a quitarse la vida, ejem… Por otra parte, la posibilidad de que el revólver actuara, digamos, sólo impulsado por alguna artimaña, queda descartado, puesto que no existía el menor indicio de ello.

—Entonces…, ¿dan el caso por resuelto?

—Si no tiene usted alguna sospecha, un camino que nos permita seguir la investigación…

—No, teniente. Ojalá lo supiera —hizo una pausa para añadir—: ¿Cuándo podré ver al detective Barker?

—¡Humm! Barker —también imagino cómo se contrajo el rostro de mi jefe al oír mi nombre—, eso quisiera saber yo. Tengo quejas de todas partes. De Danville, de Las Vegas. Aprovecha las vacaciones para meterse en líos.

—El creía también que fue asesinato.

—Si puedo sacarle de los líos en que se ha metido, cuando vuelva le diré que se entreviste con usted.

—Barker es un buen policía, ¿verdad? —preguntó ella.

—Sí, lo es. Si no lo fuera, hace tiempo que le habría pedido su insignia, pero he de reconocer que vale.

—No cierre el caso, por favor. Deseo que se agoten todos los recursos. Quizá el señor Barker pueda hacerlo.

Samantha se marchó. Yo debía estarle reconocido por los halagos que me dedicó, por la confianza que depositaba en mí, pero en aquellos momentos, si bien pensaba en el caso Harwey, me quedaba aún por resolver lo de Las Vegas.

En todo el día no me moví de la habitación de Julia. Salí sólo cuando arreglaron las habitaciones, escondiéndome para entrar de nuevo y esperar la noche. Esperaba mucho de aquella noche, sobre todo si podía agarrar por mi cuenta a Burton, del que ya no me cabía ninguna duda de su complicidad con Kormalis.

Buscaba chicas, les prometía un mundo fabuloso en los mejores *cabarets* del mundo…

Pensaba también que Curtis, mi amigo asesinado, había conseguido averiguar algo y por esa razón le quitaron de en medio. Todos los caminos, pues, me llevaban hacia Burton, quizá como antesala para desenmascarar a Kormalis.

Al fin llegó la tan ansiada noche.

Veamos cómo ocurrieron las cosas…

CAPÍTULO XIX

Harry Burton no podía ni remotamente sospechar que Julia y yo éramos novios.

Aquella noche fue al teatro a buscar a Julia, después que ella le hubo telefoneado para decirle que «había pensado mejor su proposición y deseaba discutirla».

Burton bajó del auto y fue a la puerta de entrada al escenario, en el callejón contiguo a la fachada del teatro.

Escondido entre las sombras del callejón esperé precisamente aquel momento en que el coche quedó solo para salir y, pegándome a la pared como una lapa, llegar hasta el automóvil y meterme dentro de la maleta. Un modo muy incómodo para viajar, pero necesario para meterme en casa de Burton.

Esperé unos diez minutos hasta que oí el ruido del motor al ponerse en marcha, después de haberse cerrado las portezuelas y haber notado el movimiento de los muelles de suspensión que indicaba el peso de las personas que habían ocupado los asientos.

El auto arrancó.

El viaje, entre las paradas obligadas por el tráfico, los semáforos, etcétera, tuvo una duración de quince minutos.

Cuando nos detuvimos, esperé a oír el abrir y cerrar de las puertas y entreabrí sigilosamente la maleta para respirar y ver dónde me encontraba.

Era un garaje. Un garaje particular.

Vi a Julia con uno de sus mejores trajes y a Harry Burton, ambos por la espalda, dirigiéndose hacia la salida. El le decía:

—Quiero enseñarle mi casa. Me precio de ser persona de buen gusto y me gusta oír las opiniones de las personas como usted.

—¿De mí, precisamente? —preguntó Julia.

Se mostraba digna. La imaginé que había tomado todo aquello como un papel en una nueva comedia, su pasión favorita, el teatro. Sí, podía confiar en ella.

Sus voces se perdieron por el jardín y la puerta del garaje quedó abierta.

Fuera, en el parque que rodeaba la casa, que parecía aislada, la oscuridad me impedía ver nada. Adivinaba sólo la vegetación, pero no la presencia de ningún policía, aunque suponía que habría alguno vigilando.

Salí de mi escondite y busqué alguna puerta interior por la que pasar del garaje a la calle sin salir al exterior.

Había una puerta, sí, pero estaba cerrada.

Tuve que salir.

La oscuridad era una buena aliada, a pesar de que del garaje a la casa había como unos cincuenta metros que debía recorrer al descubierto.

Bueno…, conseguí llegar a la parte lateral sin ser importunado por nadie.

Me introduje en la casa por una ventana. Era un despacho, el despacho de Burton, aunque tenía más de biblioteca. Las paredes cubiertas por estantes repletos de bien conservados volúmenes. Aquello solo valía ya una fortuna.

Entreabrí la puerta que comunicaba con un salón de grandes dimensiones.

No podía decirse que aquello estuviera montado al último grito de la moda, eran varios estilos, mezcla de clásico y funcional perfectamente armonizado, pero, sobre todo, caro. Burton vivía bien.

Me deslicé por el brillante embaldosado y traté de orientarme. Observé un arco sin puertas que comunicaba con otra dependencia. Iba a dirigirme hacia allí cuando oí unos pasos.

Me oculté tras un saliente y vi pasar a un estirado criado, vestido con pantalón de corte y chaquetilla blanca. No me vio.

El criado se ocultó tras una puerta del fondo. La cocina, sin duda.

Del cuarto hacia el que me dirigía surgió la voz de Julia.

—Quisiera arreglarme un poco.

—Por aquí —indicó la voz de Harry Burton.

Esperé. Oí el leve taconeo de mi novia y luego silencio.

Salí de nuevo dispuesto a entrar en aquella pieza, a la que llegué de puntillas para no llamar la atención.

En el umbral asomé la cabeza y vi a Burton, de espaldas, preparando algo de beber en uno de esos bares con mostrador amplio como si fueran públicos. Allí no debía faltar nada. Bueno, faltaba yo. Burton no podía verme ocupado en preparar los combinados.

La pieza, de forma circular más pequeña que el salón, estaba llena de detalles de buen gusto. Desde luego, aquello era un auténtico santuario que debía de haber costado muchos miles o quizá millones…

Entré decididamente. Cuando Burton se volvió se encontró con mi pistola encañonándole.

—Pero ¿qué…? —murmuró.

—¡Silencio! Si grita, si hace alguna tontería, se oirá un ruido, el que haga esta amiga —Y señalé la pistola.

Burton tragó saliva y enmudeció.

—Ahora usted y yo vamos a charlar…

—Ten…, tengo… visitas.

—Está bien. Despídalas. Luego nos encerraremos en su biblioteca, y le advierto que no saldré de aquí hasta que no sepa lo que he venido a averiguar.

Se oyó el ruido de una puerta al cerrarse. Venía de un pasillo que debía comunicar con otras dependencias.

Guardé mi pistola en el bolsillo y le advertí:

—Sigo apuntándole. Así es que, sea quien sea el que venga, no haga nada para llamar la atención. Le mataría, Burton, y yo nunca bromeo con estas cosas.

—La que salió fue Julia. Me miró como si no me conociera y, dirigiéndose a Burton, le interrogó con la mirada.

Estaba desempeñando su papel a las mil maravillas.

Burton, con naturalidad, le dijo:

—Ha surgido un contratiempo. Negocios… Algo inaplazable. ¿Te importaría dejar lo nuestro para mañana?

Julia siguió con su «papel».

—Si tan importante es…

—Si. Me temo que sí.

—Bien, no se preocupe, señor Burton, me hago cargo; un hombre de negocios como usted…

Recogió su chal, y Burton hizo intención de pulsar un timbre, colocado a un extremo del mostrador del bar.

Le miré significativamente.

—Es para avisar a mi criado.

—Eso es. Avísele. E indíquele que durante nuestra conversación no nos interrumpa en absoluto.

—Sí, se lo diré.

Me preparé por si acaso. No ocurrió nada. Apareció el criado de la chaquetilla blanca. Burton le dio las instrucciones y el hombre se llevó a Julia hasta la puerta. Pude oír perfectamente cómo se cerraba y los pasos del criado alejándose hacia el interior.

—Ahora vamos a su biblioteca. Usted delante —le ordené.

Burton no opuso la menor resistencia. Cruzamos el salón y él entró primero en la biblioteca, pieza por la que había llegado al interior de aquella suntuosa casa.

Entonces me llevé una inesperada sorpresa.

Apenas hube cruzado el umbral de la puerta me encontré con algo totalmente inesperado que me llenó de asombro y de dolor al mismo tiempo. Un dolor físico. Luego fue más bien de tipo moral.

Alguien me estaba esperando. *Con* mano férrea me sujetó el brazo derecho que saqué armado con la pistola que mantenía agarrada en el bolsillo, pero la llave fue tan rápida y férrea que no pude utilizar el arma.

Me vi con el brazo a la espalda, imposibilitado de forcejear so pena de que mi agresor me lo repitiera.

Sentí seguidamente el cañón de un revólver apoyado en mis costillas.

Mi agresor me soltó, advirtiéndome:

—Cuidado, Barker.

Al reconocer la voz sentí un escalofrío. Me volví lentamente.

Delante de mí tenía a Roy Curtis.

¡Roy Curtis!

Mi amigo al que creía muerto.

Mi amigo al que quería vengar ahora estaba encañonándome con su fría mirada, con la dureza que caracterizaba su semblante. No bromeaba en absoluto.

CAPÍTULO XX

En mi vida de policía he sido testigo de los hechos más extraños, he visto convertirse en posible lo que parecía imposible. Creía en todo y hasta casi en la cuadratura del círculo, pero aquello no lo digería. Que Roy Curtis me amenazara, que estuviera de parte de Burton…

Traté de supeditarme a la realidad.

Roy, con un brillo intenso en sus ojos, pareció adivinar mis pensamientos.

—No te devanes los sesos, Barker. Nunca sabrás la verdad, ni falta que te hace. Nos estorbas, ¿comprendes?

—Sólo voy a preguntarte una cosa… ¿Qué pinta Julia en todo esto?

—Desde que estás en Las Vegas imaginaba que tarde o temprano la encontrarías. Fue una suerte.

—Entonces, ella…

—Me avisó de esa cita que habías preparado para atrapar a Burton y aquí estoy yo para protegerle.

—¿Para proteger a un canalla?

—Sí, Barker. Incluso de ti. ¿Qué me dio la policía en ocho años de servicio? ¿De qué me sirvió jugarme la piel? Tuve que renunciar antes de que me echaran…

—Siempre creí que no habías abandonado del todo…

—Todas mis pesquisas no se encaminaban a esos altos y sacrosantos deberes que me atribuíais, no. Aquello se acabó, Barker. He aprendido a vivir.

—Si tú lo dices…

Burton intervino:

—Basta de charla. Llamaré a Christopher.

Christopher era el criado de la chaquetilla blanca. Se colocó a mi

lado con fría expresión.

—¿Vienes con nosotros, Burton? —preguntó Roy.

—Sí, quiero ver con mis propios ojos cómo desaparece.

Me sacaron fuera. Mi cerebro buscaba la forma de salir de aquel atolladero, comprendí que mis horas estaban contadas, quizá sería todo cuestión de minutos.

El tipo de la chaquetilla me empujó hacia el coche en el que había subido primero Roy, que mantenía su automática en la mano.

El criado se sentó a mi lado y Burton tomó el volante.

Tomamos la carretera del sur. Los cuatro íbamos en silencio. Yo no veía el modo de salir de aquella comprometida situación.

Un indicador de carretera, que pude ver fugazmente, anunciaba:

Bulder City, doce kilómetros.

Lago Mead.

Comprendí.

Iban a hacerme desaparecer arrojándome al lago, o quizá me despeñaran por la presa Hoover.

A mi lado, Roy sonreía glacialmente.

Burton imprimía moderada velocidad a su vehículo, nunca pasaba de la reglamentaria para no exponerse a ser detenido por los motoristas.

Pensé que deshacerme de Christopher quizá resultara factible, pero conocía a Roy. Se sabía todos los trucos.

El auto seguía avanzando. Pronto llegaríamos a nuestro destino.

Al llegar a las proximidades del Bulder City, Burton tomó la desviación que rodeaba la ciudad sin pasar por ella.

La presa y el lago estaban cerca. Demasiado cerca.

—Acabaréis conmigo —murmuré—, pero tarde o temprano lo pagaréis. La policía me busca. Tom sospechará que he estado en casa de Burton.

—Tengo una buena coartada —replicó el aludido—. En estos momentos estoy cenando con Julia. ¿Recuerdas? Es lo que ella dirá y corroborará Christopher.

Sí… Hasta aquello era posible. Pensé en Julia. ¡Tantos días suspirando por reconciliarme y…!

¡Cómo me engañó la noche anterior!

Parecía imposible que una mujer pudiera fingir hasta ese punto… Llegamos cerca de la presa. Burton aminoró la marcha.

—Aquí es peligroso —murmuró Roy—. En el parque es mejor. A estas horas está desierto.

—Tienes razón —replicó Burton—. Podría pasar algún coche.

Seguimos adelante. El auto se deslizó por la rampa hacia el parque nacional. Burton lo detuvo a la misma orilla del lago.

—Final del trayecto —dijo.

Me hicieron bajar. Decidí vender cara mi vida a pesar de todo. Al salir lo hice arrojándome de cabeza contra el maldito y silencioso criado. No esperaba mi actitud y se dejó sorprender. Cayó de espaldas lanzando un chillido.

Le pateé la cabeza y me lancé en busca de su revólver. Pero Roy tenía todas las ventajas.

—¡Quieto! —me dijo a mis espaldas.

No me volví.

—¡Voy a morir de todos modos! —exclamé y completé mi acción. Pero Roy se lanzó sobre mí como una fiera.

Sentí un golpe tremendo en la cabeza. Traté de aguantar, de no perderme en las tinieblas de la insensibilidad, apreté los dientes. Luché en vano…

Aquello era el fin.

Me desvanecí.

Sí… Aquí, prácticamente, termina mi historia…

CAPÍTULO XXI

Inconsciente por completo me arrojaron al lago, con lastre en mis pies, unos saquitos de arena que sacaron de la maleta del coche.

Yo, desde luego, no pude verlo. Tampoco sentí la fría sensación del agua que me engullía hacia las profundidades.

El auto debió marcharse con los tres asesinos. Con *mis asesinos.*

Mi cuerpo, tocando el lecho del lago, a doce metras de profundidad, estaba insensible. El agua comenzaría pronto a penetrar en mis pulmones.

Ya no era más que un cadáver.

Si en aquellos instantes hubiese podido pensar habría imaginado la soledad del lugar o a las parejas que cualquier otro día acudirían a pasear, a arrullarse, contemplando tal vez las tranquilas aguas del Mead, sin sospechar que allí estaba yo, convertido ya en cadáver.

En cadáver…

¿Es posible que así terminara mi historia?

¿Qué podía hacer?

Nadie podía ayudarme.

Nadie ayuda a los muertos…

* * *

En Nueva York, Albert Winston, el ex detective privado y juerguista en activo, llamó a la Brigada varias veces preguntando insistentemente:

—¿Qué saben de Barker? Necesito verle.

Al fin, alguien le respondió:

—Las últimas noticias recibidas le situaban en Las Vegas.

—¿Y dónde puedo localizarle?

—Eso ya no lo sé, Winston.

Albert era bastante conocido en la Brigada, y aunque a menudo se repudia la intervención de los *fisgones privados*, no era de los que inspiraban antipatías, sobre todo si proporcionaba chicas bonitas para entretener los escasos ocios de un detective.

—Es importante que le vea —insistió.

—Como no vayas a Las Vegas… Aquí el jefe también quisiera echarle la vista encima. Pero tiene que aguantarse; de momento sigue de vacaciones.

McGowan entró en la sala de detectives e interrogó con la mirada al hombre que en aquellos momentos contestaba a Winston.

—Nada importante, jefe, es Albert Winston. Quiere ver a Barker.

—¿Winston? ¿No es al que le retiraron el carnet?

—El mismo, jefe —repuso el detective tapando el micro con la mano.

—¿Y para qué quiere a Barker? —preguntó McGowan.

—No lo sé. No me lo ha dicho.

McGowan se encerró en su despacho. Tenía uno de sus días más pésimos. Es decir, un día normal en él.

—¿Puedo hacer algo por ti, Winston? —preguntó el detective.

—No. Esta vez es al contrario. Pero preferiría hablar con él.

—Pues ya te digo lo que hay.

Winston colgó y pidió una conferencia con Las Vegas, directamente con la Brigada de Homicidios.

—Me llamo Albert Winston —dijo cuándo le contestaron—. Llamo desde Nueva York.

—¿Y qué es lo que desea?

—Si pueden decirme algo de un amigo… Se llama Barker. Jeremy Barker. Pertenece a la policía de Nueva York.

Tomó el teléfono Tom.

—¿Cómo ha dicho que se llamaba?

—Yo, Winston. Al que busco es Barker. Me dijeron que estaba en Las Vegas. Como es policía, pensé que ustedes podrían saber…

—Nosotros también quisiéramos encontrarle. Anoche desapareció.

—¿Que desapareció?

—Eso he dicho. Pero aguarde un momento.

Tom dejó el teléfono para preguntar a un compañero.

—¿Hay algo de nuevo?

El otro negó con la cabeza.

—Lo siento. Es todo lo que sé. —Y Tom colgó, tomando nota del nombre—. Lo anotaremos por si acaso, no creo que tenga importancia, pero tal vez al jefe le guste hacer alguna averiguación. Entretanto, compruebe la llamada.

Dos agentes, con el sargento, entraron en la Brigada.

El suboficial se dirigió a Tom.

—Nada en el aeropuerto ni en los controles de carretera Como si la tierra se le hubiese tragado.

Tom pensó:

«Si en Nueva York no saben nada, es posible que Barker siga en Las Vegas. Pero…, ¿dónde?».

Registrar casa por casa era poco menos que imposible y, sin embargo, el jefe deseaba encontrarle, porque era el único que, en principio, podía arrojar un poco de luz sobre el último asesinato, el del encargado de la compañía de alquiler de coches.

Por su parte, Winston hizo un par de llamadas más.

Luego se quedó fumando pensativamente un cigarrillo.

¿Podía alguien imaginar la verdad?

También en su coquetón apartamiento, Samantha, con su actitud serena, intentando dominar su pena, paseaba nerviosamente.

Fue entonces cuando sonó el teléfono.

Lo tomó nerviosamente.

—¿Quién es?

—…

—¿Quién es? —repitió Samantha ante el silencio de su comunicante.

Tuvo que repetirlo una tercera vez hasta que del otro lado del hilo oyóse el chasquido indicativo de que habías colgado.

Samantha encendió un pitillo sin dejar de mirar el teléfono que acababa de llamar.

De nuevo sonó el insistente timbre del teléfono. Samantha esperó unos momentos. Al fin lo tomó de nuevo.

—¿Quién llama?

Una voz le contestó en tono apagado, disimulado:

—Barker ha muerto. —Y colgó.

Ella se quedó un momento con el auricular en la mano. Luego colgó, aplastó cuidadosamente el cigarrillo que estaba fumando contra un cenicero. Fue en busca de un abrigo y salió a la calle.

Lo lógico habría sido que la muchacha se dirigiera a la policía, pero no tomó el camino de la Central de Homicidios, no fue allí adonde encaminó sus pasos.

Tomó un taxi y se hizo conducir al muelle del *ferry*. Allí adquirió un billete para la travesía que va desde el extremo sur de Manhattan, en la confluencia del Hudson y del East River, y, adentrándose por Upper Bay, llega hasta la pequeña isla donde se levanta el símbolo de los Estados Unidos: la estatua de la Libertad.

Esto sucedía al atardecer del día siguiente a los sucesos de Las Vegas…

Pero antes, la noche anterior…

CAPÍTULO XXII

Retrocedamos unas veinte horas.

Estamos de nuevo a orillas del lago Mead, cerca de Bulder City.

El auto conducido por Burton, en el que viajaban Christopher y Roy Curtis, se ha alejado del lugar del crimen.

Todo está tranquilo.

Ni un solo testigo puede observar al hombre delgado, de estatura más bien baja. Un hombre que ha sobrepasado los cuarenta años y que cuatro noches antes, vestido de frac y con una formidable borrachera, se equivocó de *bungalow* en Las Vegas.

Sí, era el mismo borracho, pero no tenía su aspecto de millonario juerguista. Ahora ni siquiera tenía el aspecto de potentado en día de asueto.

Vestía un pantalón de pana y un grueso jersey de lana.

Con increíble agilidad se quitó ambas piezas, bajo las cuales llevaba únicamente un bikini.

De las recias botas que llevaba, y de las que también se despojó, extrajo un cuchillo de regulares dimensiones.

Acto seguido, se lanzó al lago haciendo un perfecto estilo.

Buceó aproximadamente por el mismo lugar donde había visto arrojar mi cadáver.

Me encontró. Habían transcurrido muy pocos minutos.

Su cuchillo sirvió para cortar las ligaduras que sujetaban el lastre adherido a mis piernas y me sacó a flote.

Todo esto, claro está tampoco lo supe hasta bastante después, cuando desperté.

Era un lugar desconocido. No tenía nada de elegante y sí mucho de rústico. Me pareció una especie de cabaña.

La pregunta «¿Dónde estoy?», bailaba en mi mente.

La débil luz de una bombilla colgando del techo daba un aspecto sombrío a la pequeña habitación. Me di cuenta de que me hallaba tendido sobre un catre de campaña. Me habían quitado la ropa y estaba arropado con una manta de tipo militar.

En seguida vi también que no me encontraba solo y una vez más me sentí presa de la mayor estupefacción.

Conmigo había dos hombres. A uno no le había visto en mi vida. En cuanto al otro, por increíble que me pareciera, era… Roy Curtis.

—Siento todo lo que he tenido que hacer, amigo —fueron sus palabras—. ¿Qué tal te encuentras?

—Aturdido.

—Lo imagino. Hubiese preferido no tener que golpearte. Supongo que te extrañará esta farsa.

—Bien, suéltalo todo, Roy.

—Primero voy a presentarte a tu salvador. —Y señaló al hombre de aspecto insignificante—. Es Murphy, del FBI.

El estaba aguardando a que nosotros nos fuéramos para sacarte del fondo del lago.

Consulté mi reloj…

—Has estado durmiendo casi una hora.

—¿Dónde estamos?

—En un lugar seguro. A diez kilómetros de Las Vegas. En el desierto. No nos molestarán.

Me incorporé y miré a través de la pequeña ventana. No vi nada. Estaba tapiada por fuera.

Esperé a que Roy me aclarara todo aquello que lentamente empezaba a sospechar.

—Empezaré por el principio sintetizando la historia. Desde que dejé mi insignia me propuse desenmascarar a Kormalis. No sólo a él sino a toda su banda de jerifaltes poderosos e inmunes. Así supe que él, griego, entre otros amigos tenía tratos con Thomas Berry, el millonario afincado en Danville. Era mi única pista y la seguía. Me extrañó que Berry tuviera tratos con Kormalis. Parecía una buena persona, y por los informes que obtuve parecía digno de la mayor consideración. En Danville se le apreciaba, sobre todo después del rapto de su hijo.

»Allí conocí a Serge Picard y supe que era su secretario. Serge venía a ser el enlace entre Berry y Kormalis, pero el tal Serge es

muy capaz y no es fácil conseguir su amistad. Afortunadamente, un día le vi con Gilda. Se citaban con alguna frecuencia y pensé que la muchacha podría ser un medio para llegar hasta él.

»Una noche, sin que ellos me vieran, escuché una conversación. Serge le decía:

»—Ese tipo que se ha instalado en la casa cercana al parque es un ex poli. Tendrías que buscar su amistad. A mi jefe no le gusta que anden husmeado a su alrededor.

»—¿Qué es lo que teme? —preguntó ella.

»—Nada. Un hombre como Berry no puede temer nada, pero es mejor no profundizar demasiado en las vidas de los millonarios. Tú haz lo que te digo y será una forma de hacer méritos.

»—¿De veras me conseguirás ese contrato?

»—Claro, querida. Pero tienes que obedecer.

»Me habían descubierto y decidí seguir el juego —siguió Curtis —. Lo demás puedes imaginártelo. No me fue nada difícil intimar con la muchacha. Lo que ella ignoraba es que yo conocía su consigna. Hasta que un día le hablé claramente fingiendo un arranque de sinceridad. Entonces fue cuando decidieron quitarme de en medio. Me pusieron a Wanda como gancho. Ésta era una muchacha de pésima reputación y no lo ocultaba. Me dijo que podía proporcionarme mucha información, ya que conocía a un tal Burton, en Las Vegas, etcétera…

Hizo una pausa, sonrió y añadió:

—Lo que querían era librarse de mí, pero no en Danville sino lo más lejos posible. Debo reconocer que tuve suerte. Murphy estaba en Las Vegas haciendo vida de millonario. En realidad, vigilaba estrechamente a Burton. Nos conocimos de un modo muy chocante. Le descubrí un día registrando mi *bungalow*. Nos sacudimos. Aquí donde le ves, es un «cinturón negro».

»Bueno, todo se aclaró y cuando supo que iba detrás de Kormalis nos pusimos de acuerdo enseguida. Así pude saber que Burton planeaba mi muerte. Wanda no era más que una cómplice. También gracias a Murphy conseguí saber el ingenioso método que emplearían: veneno. Lo ingenioso estaba en el sitio donde iban a colocarlo. ¡En los cubitos de hielo!

»Como ignoraba el día en que decidieran suprimirme, no tuve más remedio que cambiarlos de la nevera para asegurar mi

supervivencia.

»Cuando llegó la noche elegida, hice mi comedia. Ellos contaban, desde luego, con que yo haría lo posible para registrar el despacho de Burton. No les importaba en absoluto. Era estrechamente vigilado y a la postre sabían que iba a morir y, por tanto, recuperarían todo cuanto robara. Interrumpí para aducir:

—Y entonces intervino Murphy, ¿no?

—Sí. Se fingió borracho, llamó a mi puerta, y mientras yo simulaba increparle, le di una libreta muy importante. Tanto que permitía establecer claramente una relación entre Barton y Kormalis.

Iba a decir algo, pero Curtis me cortó con un ademán.

—Por algún motivo, Kormalis y Burton habían convenido que no existía ningún contacto entre los dos. Es decir, que jamás les verían en público ni les relacionarían entre sí. ¿Por qué? Ahí está el quid de la cuestión. Murphy andaba tras Burton por sospechar un tráfico ilegal de oro y piedras preciosas, que ignoraba cómo conseguían entrar en el país. Mi meta era Kormalis y la supuesta trata de blancas y, sobre todo, por el asesinato de Sandra Pasolini. Comenzamos a atar cabos después de obtener la mencionada libreta. Pero sigamos el curso de lo ocurrido. Yo me fingí muerto. Murphy se quedó con la libreta y, posteriormente, me advirtió que pensaban meterme en un coche alquilado para simular un accidente.

Roy hizo otra pausa para seguir después de humedecerse los labios.

—Esto era lo más difícil, pero Murphy encontró la solución. Dos días antes había muerto un vagabundo. Carecía de familia y de antecedentes, y justamente había fallecida a causa de un accidente que le dejó prácticamente carbonizado. No sé si sabes que en Las Vegas la mayoría de los que mueren son llevados a los hornos crematorios. Murphy consiguió que el vagabundo le fuese confiado para ocupar mi lugar.

—Una buena idea… Cuando te vi en el depósito me pareciste tú realmente.

—Tenía la misma talla. Bueno, omitiré los detalles de cómo ocurrieron las cosas. El mayor peligro de ser descubierto fue cuando arrojaron el coche por el terraplén. Tuve que saltar para evitar

morir de verdad. La oscuridad fue mi aliada, y Murphy, por otro lado, tenía preparado ya el cuerpo del vagabundo. Lo importante fue que me creyesen muerto.

—Bueno, pero… —interrumpí—, ¿cuándo resucitaste? Y sobre todo, ¿qué hay de tu amistad con Burton?

—Lo decidimos Murphy y yo. Puesto que yo ya no podía seguir actuando porque me habrían reconocido, me presenté aquella misma noche en casa de Burton. El susto que se llevó no lo olvidará jamás. En fin…, le dije que tenía la libreta a buen recaudo, que si *me ocurría algo* sería entregada a la policía junto con una carta en la que le relacionarían con Kormalis y el contrabando de oro y las piedras preciosas. A cambio sólo pedía entrar en su organización a base de un buen sueldo.

—¿Y accedió?

—Aparte de que la libreta era mi salvoconducto, quiso ponerme a prueba y enseguida se le presentó la ocasión. Sabía que tú andabas por ahí buscándome y que era mejor quitarte de en medio. Me preguntó si sería capaz y le dije que ya lo vería por sí mismo…

—¡Un inciso! ¿Y Julia?

—No seas zoquete. ¿Pudiste creer de veras que ella te traicionaba?

—Después de lo ocurrido… Me extrañaba, pero la evidencia era demasiado clara…

—Bien, ya sabes una parte de la historia. Ahora Burton está convencido que estoy de su parte y supongo que Julia estará deseando abrazarte; pero por el momento no puede ser. Tenemos que regresar a Nueva York. Lo haremos vía Los Angeles. Supongo que puedo contar contigo, ¿no?

—Estoy dispuesto a entrar en acción. Pero…, háblame de esa libreta… Dime qué más has descubierto.

—Primero, que en la libreta figura el nombre de Sandra Pasolini, junto con una buena lista de muchachas. Pero lo que creíamos trata de blancas no es tal cosa. El procedimiento es el siguiente: Kormalis ha conseguido hacerse famoso por sus cruceros, se ha mostrado siempre como un mujeriego empedernido. Cierto que facilita a sus chicas empresas de espectáculos, pero todo es legal, papeles en regla, etcétera. Pero para lo que en realidad le sirven esas muchachas es para pasar el oro y las piedras preciosas.

—¿Cómo lo consigue?

—Es una mera suposición, pero la más lógica. Casi todas las chicas van cargadas de joyas falsas, quincallería, imitaciones. Todo queda registrado en la aduana tanto a la salida como a la entrada. Sólo que al regreso las joyas se han convertido en auténticas, las piedras pasan entre los abultados equipajes de las chicas, que apenas se revisan. Baúles con doble fondo donde se esconden millones de dólares.

—Claro —admití—. Y Kormalis era el menos sospechoso. Por eso cuidaba que se le conociera como a un amante de la buena vida y de las mujeres. Por lo único que podíamos buscarle era por supuesta trata de blancas y habríamos hecho el ridículo porque habría demostrado plenamente la legalidad de los contratos que facilitaba a las chicas.

Murphy adujo:

—Mi departamento en cambio sospecha de Burton, pero jamás se le pudo probar que recibiera envíos sospechosos. Entre los negocios que maneja, ninguno tiene contacto con el extranjero, lo cual parecía descartarle…

—¡Un momento! —exclamé recordando lo que Julia me había dicho—. Pero él buscaba chicas para llevarlas al extranjero.

—Sí, para llevarlas, pero no para traerlas de allá. Estaba en contacto con varias agencias especializadas…

—Y esas agencias proporcionaban las muchachas a Kormalis.

—Sí. Pero no de un modo directo —aclaró el del FBI—. Además, todo se ha venido haciendo de tal modo que nunca ha parecido existir la menor relación entre los dos hombres. Sólo ahora tenemos la evidencia con esa libreta.

—¿Y cómo piensan actuar?

Fue Roy el que me puso al corriente, minutos más tarde, cuando en una furgoneta que tenían preparada, él y yo tomamos la raía de Los Angeles. Murphy se quedó en Las Vegas; su trabajo tenía que terminarlo allí en el momento oportuno. El nuestro debía finalizar justamente en Nueva York.

CAPÍTULO XXIII

El largo camino hacia Los Angeles, cruzando el desierto del Colorado, entre Nevada y California, sirvió para que Roy me pusiera al corriente de lo que quedaba por hacer.

—En estos momentos —dijo Roy— viajo como hombre de confianza hacia Danville. Debo ponerme en contacto con Berry.

—¿Qué pinta Berry en todo esto?

—No te caigas de espaldas cuando sepas la historia… En primer lugar, el tal Berry es uno de los principales compradores de oro y piedras y hemos llegado a la conclusión de que lo del rapto de su hijo, del que hablaron todos los periódicos, sobre todo por el elevado rescate que pedían…

—¿Cuánto?

—Nada menos que un millón.

Emití un silbido.

—Berry lo pagó y, pese a la vigilancia, el dinero no apareció, ni los secuestradores.

—Ya —sonreí comprendiendo la treta—. De esta forma pudo justificar la salida de un millón de machacantes que sirvieron para pagar el contrabando.

—No hay pruebas pero pronto las tendremos.

—¿Cómo?

—Mi misión consiste en ocupar momentáneamente el puesto de Serge Picard, al que, por lo visto, le ha sido encomendado algún trabajo. Aprovecharé para volver con Gilda y explicarle que pertenezco a los suyos.

—¿Y yo?

—Ahora entras en escena. Me gustaría que siguieras a Serge y que consiguieras hacerle confesar que el raptor del hijo de Berry fue

él mismo, cumpliendo órdenes del propio Berry. Y que te explique los motivos de este asunto. Serge en el fondo es un matón de tres al cuarto. Sé que no te costará asustarlo.

—Sí, pero entretanto le esperarán en algún lugar.

—No te preocupes. Irá a ver a Kormalis. Es el enlace. Si se impacientan por su tardanza y llaman procuraré entretenerles hasta que tengas su confesión. El resto será coser y cantar.

Sonrió abiertamente para añadir:

—Buscaba a Kormalis por el asesinato de una muchacha y acabaremos con toda una banda de criminales. El FBI tendrá mucho que agradecemos. ¿No crees?

—Me gustaría acabar pronto con todo esto. Tengo un asunto pendiente en Long Island.

—¿De qué se trata?

—Mataron a Harwey ante mis narices… ¿Recuerdas a Harwey?

—¿John Harwey? Sí… Le vi alguna que otra vez. ¿Cómo le mataron?

—Tres balazos y un asesino invisible…

Relaté a Roy lo ocurrido aquella tarde en la villa que había de ser el hogar de Harwey y Samantha. Le hablé de mi incredulidad de que se tratara de un suicidio a pesar de encontrarse la casa totalmente cerrada por dentro.

—¿Había algún motivo para quitar de en medio al médico?

—Aparentemente ninguno.

Roy condujo unos instantes en silencio. Comprendí que estaba tratando de recordar algo. Al fin lo, consiguió:

—Oye… Quizá sea una idea descabellada, pero… ¡Sería fantástico, Jeremy!

—Explícate…

—El nombre de Harwey me suena, y no precisamente porque tú me lo presentaras, ni por lo que de él hablaron los periódicos últimamente… Es por otra cosa… En Danville había una muchacha… No importa ahora su nombre, recuerdo que tuvo que ser trasladada a Nueva York. Dijeron que Harwey la operaría. Padecía una afección cardíaca. Creo que, desgraciadamente, murió.

—Pero…, ¿qué tiene que ver…?

—El nombre de esa muchacha… Espera. Harris. Sí, Dora Harris, figuraba en la lista de la libreta que conseguí del despacho de

Burton.

—Quieres decir que… —empecé adivinando.

—Dora antes de morir pudo decir algo a Harwey. ¡Es carioso! Esa chica trabajaba en una de las empresas de Berry. Es seguro que si estaba en la lista, pensara utilizarla para el contrabando. Tal vez antes de morir confió algo a Harwey…

—Pero lo habría comunicado a la policía.

—Tal vez el médico creyese que estaba delirando, o tal vez no dijese nada, pero para asegurar su silencio decidieron matar a Harwey.

—Lo cual —dije— convertiría los dos casos en uno solo.

—Cabe en lo posible, Jeremy. Esa gente no se anda con medias tintas. Matan fríamente al que sabe demasiado, al que puede ocasionarles complicaciones. Yo mismo sería hombre muerto de no tener la libreta en mi poder. Ya ves tú, una libreta que lo único que prueba es que Burton y Kormalis son amigos, y lo prueba precisamente por el nombre de Sandra Pasolini.

Pensé durante unos instantes.

—Aceptando que a Harwey lo mataran por temor a que pudiera saber algo, ¿quién lo mató? ¿Por dónde se fugó *el* asesino si yo registré toda la casa y no estaba? No pudo filtrarse por las paredes. Incluso la puerta principal tenía echado el cerrojo. Tuve que disparar para hacerlo saltar… Todavía recuerdo la escena. La pobre Samantha arrodillada junto al cadáver, de bruces cerca de la puerta, y yo buscando pistola en mano por todos los rincones…

De repente se me ocurrió algo absurdo, casi increíble y callé.

—Por todos los rincones —repetí.

—¿Qué piensas?

—Por todos los rincones menos por uno, Roy… ¿Cómo no se me había ocurrido antes?

Y seguimos la marcha hacia Los Angeles, por la solitaria carretera rodeada por las monótonas dunas del desierto.

CAPÍTULO XXIV

Esperé a Serge Picard a la salida de Danville. Conducía un «Panhard» color rojo chillón. Yo puse en práctica un viejo truco: el de tenderme en mitad de la carretera. Serge se detuvo y se encontró con mi automática apuntándole:

—Vuelve a subir y cuidado con hacer tonterías. Iremos adonde yo te diga.

—Me está bien empleado por ser humanitario.

—Esto puede ser un atenuante, Serge —le contesté.

—¿Atenuante? ¿De qué se me acusa? ¿Quién diablos es usted?

—De sobra sabes ambas cosas. Ya estuve antes en Danville. Vuestro *sheriff* no me recibió muy bien. Quizá también esté a las órdenes de Thomas Berry, como tú, por ejemplo.

—Oiga, yo trabajo para el señor Berry. Esto no es ningún delito.

—Lo es fingir un rapto y simular cobrar un rescate cuyo dinero se emplea en la compra de oro y piedras preciosas.

—¿Eh? Usted debe de estar loco.

Estábamos cerca del paso a nivel. Tuve una idea:

—Sí, Serge, soy un loco, pero empeñado en descubrir la verdad, por las buenas o por las malas. Para mí tú eres un criminal y me importa un comino tus derechos. Así que si no hablas será peor porque…

Cruzábamos el paso a nivel. Le obligué a detenerse en mitad de la vía.

Sin dejarle reaccionar, utilicé mi mano libre para esposarle. Quedó sujeto con una muñeca al volante.

—Esperaremos a que pase el primer tren; si hasta entonces no te has decidido a hablar, peor para ti. No haré nada por quitar el auto de donde está.

Cogí las llaves de contacto y me las guardé. Salí fuera y seguí apuntándole.

—¡Sáqueme de aquí! No puede hacer esto. No tiene ningún derecho.

—No, Serge. No lo tengo. La ley prohíbe estas cosas, pero prohíbe también matar, traficar con oro y muchas otras cosas que tipos como tú hacéis con la mayor impunidad. Así que si tú puedes infringir esas leyes…, ¿por qué no puedo hacerlo yo?

A lo lejos se oyó el pitido del tren.

—¡Sáqueme, Barker! ¡Sáqueme de aquí!

—Sólo en el caso de que hables. Y hazlo deprisa porque no tengo demasiado tiempo.

De nuevo silbó el tren, esta vez mucho más cerca.

Serge sudaba copiosamente. Tenía miedo. Era lo que a mí me convenía.

—No. No sé nada… Yo no…

La lejana luz de la locomotora se iba agrandando en la recta.

—Dentro de unos minutos —murmuré— ya no podrás hablar, pero no lo sentiré en absoluto. Habrá un criminal menos.

El convoy estaba cerca, muy cerca.

—Lo diré… Lo diré… Sáqueme, por Dios… Yo no he matado a nadie… ¡Saque el coche!

Metí la mano para quitar el freno y empujé. El tren estaba muy cerca. Sin embargo, tuve tiempo de sacarlo de la vía. En seguida el moderno convoy taladró el aire con su vertiginosa velocidad.

Me volví y apunté a Serge, que seguía esposado:

—Y ahora empieza a hablar. Si te vuelves atrás te ato a los raíles. Tenlo presente.

—¿Qué es lo que quiere saber? —murmuró.

—Todo…

* * *

Cuando entré en la Brigada de Homicidios llevando a Serge esposado, mis compañeros sonrieron:

—¿Te dedicas a la pesca en vacaciones?

—Sí. Un buen ejemplar. El mejor de mi vida. ¿Dónde está el jefe?

—Dentro —me informaron—. Pero está de uñas.

—El amigo que traigo le calmará.

Pasé al despacho de McGowan y mi aparición provocó en su rostro la misma expresión que si hubiera visto a un fantasma.

Antes de que pudiera hablar me anticipé yo:

—Necesito una orden judicial. Voy a arrestar a Kormalis. Me gustaría que lo hiciese Roy Curtis, pero ya no pertenece de un modo oficial a la sección. Así es que quiero hacerlo yo mismo.

—Explíquese —me pidió el teniente.

* * *

Esto sucedía exactamente veinte horas después de haber sido arrojado al lago Mead.

Justo el momento en que Samantha Gilles bajaba del *ferry* y se adentraba en el solitario parque que bordeaba la estatua de la Libertad.

El hombre que le esperaba allí era Albert Winston.

Hasta entonces nadie habría podido relacionarlos, porque ninguna persona parecía conocer la amistad que los unía.

Quizá aquella cita no se hubiese efectuado de no imaginar los dos que yo seguía con vida.

Pero el encuentro debió ser conmovedor.

Se abrazaron. El murmuró:

—Al fin todo ha terminado, querida.

CAPÍTULO XXV

Si es cierto que a los asesinos les gusta vanagloriarse de sus crímenes y sobreestimar su agudeza, ahí estaba una buena prueba de ello.

Samantha y Albert Winston rememoraban el pían que tan buenos resultados les había dado:

—Primero comencé citando a Barker en Pepe’s —dijo Albert—. Y eso provocó el encuentro «casual», que le sirvió para conocerte y que tú pudieras invitarle a la casa de Long Island.

—Yo también puse algo de mi parte, ¿no crees? —sonrió ella.

—La verdad es que muy poquito.

—No tanto…

—Los mayores riesgos los corrí yo. Tú tenías una buena coartada, que era lo que deseabas. Llegaste a la casa acompañada nada menos que de un policía. Los disparos sonaron estando los dos juntos, pero los hice yo… Yo. Y poco antes había corrido el riesgo de asomarme por la ventana con el rostro maquillado y fingiendo la voz de Harwey.

—La oscuridad te favorecía.

—¿Pretendes quitarle méritos a lo que hice?

—¡Oh, no! Pero yo pasé lo mío cuando tú saliste de debajo del diván, mientras Barker buscaba en las habitaciones de arriba. Imagínate si llega a verte. Caemos los dos.

—No es tan listo como parece Barker. Buscó por todas partes y no pensó en la puerta principal.

—Porque representé bien mi papel de novia desconsolada ante el crimen.

—Bueno, ahora Barker ya no existe. Hemos representado la

comedia hasta el final. Yo llamándole por un asunto importante, y tú esperando la confirmación de su muerte, insistiendo en que no era un suicidio, pero rindiéndote a la evidencia. Decididamente, el crimen perfecto existe.

—Ya lo creo que existe. Lo importante es que nadie pueda relacionar al asesino con la víctima.

Albert sonrió:

—Y todo para que puedas convertirte en la señora de Kormalis… Bien. Estará satisfecho. Ahora ya no tiene enemigos acechándole… —Lanzó una carcajada—. Bueno…, al menos no tiene enemigos «conocidos».

Samantha sonrió a su vez:

—No, querido, no los tiene. Pero una vez sea su esposa y él ponga sus bienes a mi nombre…

Albert con ambas manos simuló una pistola y, chascando los dedos exclamó:

—¡Bang! ¡Bang! Un par de disparos con silenciador y con él al mar… Entonces sí que todo habrá terminado de veras…

—¿Sabes una cosa, Albert? Hacemos una buena pareja. Tenemos buenas ideas. Porque todo partió de mí.

—Tú necesitabas a alguien que quitara de en medio a Harwey por si podía saber algo sobre Kormalis y yo S necesitaba una mujer como tú…

—¿Sabes qué pienso?

—No soy adivino.

Ella se levantó coqueta y se encaminó hacia la barandilla a orillas de la bahía.

El la siguió:

—¡Vamos! ¡Dime qué piensas!

—Que todavía falta un detalle muy importante para terminar de verdad este asunto.

—¿Cuál?

Samantha abrió el bolso y sacó un cigarrillo:

—¿Me das fuego?

Albert se apresuró a sacar su encendedor. Ella dio unas chupadas y tiró el pitillo, ofreciendo sus labios al joven.

Él no se hizo repetir la muda insinuación. La abrazó y aplastó su boca contra la suya.

Ella mantenía el bolso abierto. El seguía besándola, sin darse cuenta de que la diestra de Samantha aparecía armada con un pequeño revólver, casi una joya.

La disparó a quemarropa. Dos, tres veces. El abrigo de Albert amortiguó los disparos.

Boquiabierto, con los ojos desorbitados, sorprendido por lo inesperado, siguió aún abrazado a ella durante unos segundos.

Luego, cadáver ya, se desplomó de bruces.

Con algún esfuerzo, Samantha pudo levantarlo y arrojarlo a las aguas de la bahía.

Poco después regresaba en el *ferry*.

CAPÍTULO XXVI

Con la confesión de Serge Picard teníamos por lo menos a Kormalis seguro. Entraba en nuestra jurisdicción por el asesinato de Sandra Pasolini. Luego los del FBI ya cuidarían del asunto del tráfico de oro.

En cuanto a Murphy, el del FBI, también esperaba nuestra llamada para detener a Harry Burton.

De Thomas Berry no podía encargarse Roy Curtis porque ni era policía ni era asunto suyo la demarcación de Danville, pero otros agentes del FBI ya estaban prestos a detenerle.

Pero entonces ocurrió algo. Algo imprevisto.

El hecho de que el *sheriff* de Danville no hiciera buenas migas conmigo es comprensible. No quería que nadie le pisase el terreno. Estos pequeños antagonismos entre colegas forman parte de lo normal, pero el hombre a su manera cumplía con su deber. Sin embargo, fue de allí, de Danville, de donde partió una llamada telefónica al domicilio de Kormalis:

—Barker está vivo. Tenga cuidado, creo que preparan una encerrona.

En aquel momento Samantha estaba con Kormalis. Se creía libre. Había conseguido alcanzar la fortuna que significaba una boda con el griego y, por supuesto, no pensaba matarle como había hecho creer al infeliz Albert Winston. ¿Para qué exponerse a que sospecharan? Ella era ambiciosa, sabía cómo tratar a un tipo como Kormalis y procuraría conservarlo. Por eso cuando el multimillonario le dio nuevas instrucciones, ella las aceptó:

—Barker vive. Algo ha fallado. Esto no me gusta. Serge debía de estar aquí y no ha llegado… Tendrás que hacer algo. De ti nadie sospecha.

—¿Qué es lo que puedo hacer?

—Tengo el permiso de salida. Zarparé en el yate para dar tiempo a que se aclaren las cosas. Tú cítate con Barker. —Buscó en el cajón de su escritorio y sacó un encendedor, que sostuvo en su mano mientras seguía hablando—. Dile que tienes una pista sobre el crimen de Harwey. Os veis en cualquier sitio para ir juntos a Long Island. En cualquier momento del trayecto procuras que se detenga. Entonces utilizas esto.

Samantha miró con curiosidad el encendedor. El millonario le hizo una demostración. Pulsó el pequeño botoncito y en vez de surgir la llama un diminuto agujerito despidió una apenas visible cápsula que al chocar contra un libro lo atravesó produciendo una rápida llamarada.

—Cianuro —explicó—. A corta distancia es infalible. Barker morirá. Procura que el lugar sea cerca del mar.

Y arrojas su cadáver…

—Pero sospecharán de mí, porque dirá que va a mi encuentro.

—No sospechará nadie si haces lo que yo te digo. En cuanto hayas terminado con Barker, vuelves a llamar al puesto de policía. Preguntas de nuevo por él, diciendo que te extraña que no haya venido. Te dirán que ha salido. Entonces dirígete al aeropuerto y toma el primer avión para Nassau, en las Bahamas. Utiliza otro pasaporte. Tienes dos, ¿verdad?

—Sí, desde luego.

—Nos reuniremos allí.

—Pero acabarán descubriéndonos.

—Es posible, pero ya estaremos lejos. Hay muchos sitios donde poder vivir tranquilamente. Tengo mucho dinero… Quizá sea hora de retirarme. Allá los demás.

—Tengo miedo. ¿Por qué no huimos ahora los dos?

—Porque temo a Barker. Es capaz de tirar su insignia para seguirme. Es tenaz.

—Pero a Curtis le dominaste.

—Creí haberle dominado, pero el informe que he recibido por teléfono me ha sacado de mi error. Ha estado investigando y ha conseguido sus propósitos. También me gustaría acabar con él, pero ya lo harán en Danville.

—¡Vayámonos ahora! —insistió ella.

—Querida, no me conoces bien. Yo no perdono. Primero Curtis y ahora Barker han trabajado en contra mía. Quiero demostrar que conmigo no se juega. Elige, Samantha. Haces lo que te digo o… nunca nos reuniremos.

—Está bien. Lo haré.

Una vez más se había firmado mi sentencia de muerte, sólo que en esta ocasión no tenía a ningún Murphy que velara por mí.

CAPÍTULO XXVII

Ya estaba yo en el coche, recogiendo a Samantha a la salida de uno de los puentes que cruzan el East River desde Manhattan a Long Island.

Se sentó a mi lado.

—Vayamos a la casa donde asesinaron a Harwey —me dijo—. Creo que ya sé por dónde escapó el criminal.

—¿De veras?

—Sí. Quiero que lo compruebe usted mismo.

—Ojalá encontremos una pista… Últimamente las cosas se van aclarando. Sólo me falta concluir este caso… Y voy a confesarle algo.

Ella me interrogó con sus grandes ojos.

Sonreí:

—Yo también pensé en un detalle que se me escapó aquel día…

—¿Qué detalle?

Había un inusitado interés en su pregunta.

—Ya lo verá cuando lleguemos.

—¿Tiene alguna sospecha?

—¿Sobre el asesino? Pues no… Pero sí sobre cómo pudo hacerlo.

Pareció intrigada y la verdad es que no fingía.

Corríamos paralelamente a la costa en dirección a Idlewild. Ascendimos una pequeña rampa y entonces ella me pidió:

—¿Puede detenerse un instante?

—¿Para qué? —pregunté aminorando la marcha.

—No sé… Me encuentro algo mareada. Un poco de aire fresco me vendría bien.

—A su gusto.

Detuve el coche. Ella abrió su bolso. Yo abrí la portezuela con

intención de salir.

—Espere. ¿Tiene un cigarrillo? —Y le vi sacar aquel encendedor de su bolso.

—¿Cree que el tabaco la despejará? Creí que quería tomar el aire.

—Estoy nerviosa, la verdad.

—Procure calmarse —contesté suavemente—. Sabe que estoy a su lado. No podremos devolver la vida a Harwey, pero si existe un asesino esté segura de que acabará en la silla eléctrica.

—¿Me da el cigarrillo? —insistió ella.

Volví a entrar. Saqué mi cajetilla de emboquillados y le ofrecí uno.

Ella levantó el encendedor. Me miró unos instantes. Sonreí. Ella levantó un poco más el artefacto. La vi cómo pulsaba el pequeño botón y…

* * *

Dos agentes del FBI se llevaron a Thomas Berry que protestaba airadamente de aquel atropello.

Le «pescaron» cuando estaba preparando sus maletas.

Gilda también fue detenida por el *sheriff* y pasó a disposición de los federales por complicidad en aquel endiablado asunto.

Roy contempló satisfecho como por fin la justicia caía sobre los criminales.

Entró en un bar. Se sentía feliz. No había trabajado por alcanzar una recompensa. Lo había hecho porque algo más fuerte que él le empujaba a luchar contra el crimen.

Pero ignoraba que alguien le estaba observando desde la calle. Alguien que iba a cumplir una venganza.

Roy salió a la calle. Se dirigía a Nueva York… Seguramente volvería a ser policía. Era lo suyo.

Se alejó de la calle principal. El hombre que le espiaba le siguió en el coche.

¿Cómo podía sospechar Roy de él?

¿Cómo podía sospechar de uno de los agentes del *sheriff*?

Una manzana podrida puede encontrarse en el mejor árbol, en la mejor cosecha. En Danville aquel hombre era uno más, que Berry

había cuidado de introducir en aquel puesto para estar al corriente de todo lo que pudiera interesarle.

El, un simple número, un agente, era el que había telefoneado a Kormalis y el que seguía ahora a Roy.

Sacó una «22». No era la de reglamento y tenía silenciador. Iba a dispararle por la espalda. Y nadie pensaría que habría sido él.

Mi amigo iba a morir de la manera más estúpida.

Como yo…

* * *

¿Cómo yo?

Samantha había oprimido el botón del encendedor y la minibala de cianuro salió disparada.

Yo sólo tuve que apartarme una fracción de segundo antes. El agujerito humeante quedó en el asiento. Samantha puso ojos de asombro, pero ya no podía repetir el disparo. Conozco bien esos artefactos de fabricación japonesa. Los usan los agentes de la CIA en algunas circunstancias, pero no fue el instinto lo que me apartó del arma que pudo ser homicida.

Fue algo más…

—El asesino sólo pudo salir por una puerta, Samantha… Por la entrada principal, donde estaba usted. Me resistía a creerlo, pero cuando me dirigía de Las Vegas a Los Angeles para tomar el avión para Nueva York, me detuve en una cabina y hablé con McGowan. Le aconsejé vigilarla a usted y a Kormalis. Si Harwey murió por algo que podía comprometer al griego y usted dejó escapar al asesino, es que existía relación entre Kormalis y usted… Lamento no haberme equivocado. Se lo digo sinceramente… Me ha defraudado usted.

Rabiosa, en actitud bien distinta de la que le había visto siempre. Sacó de su bolsillo, entreabierto todavía, aquella pequeña joya mortífera, que había utilizado para matar a Albert Winston.

Intentó apretar el gatillo, pero la sujeté:

—No empeore más las cosas, Samantha.

Soltó el arma y me la guardé. Se dio por vencida.

—Sabía que no podía terminar bien —balbució. Luego, tras un silencio, preguntó—: ¿Micrófonos? ¿Había instalados micrófonos?

—Sí. Estaban intervenidos los dos teléfonos, el suyo y el del griego. Y además había micrófonos. Por eso *supe*… Supe la forma con que pensaba matarme.

Ya no hablamos más.

En el puerto Kormalis no tuvo tiempo de hacerse a la mar. El FBI había llegado antes.

El millonario, aparte de la condena que por tráfico ilegal le impusiera el tribunal federal, tendría que responder del delito de asesinato.

De Las Vegas informaron que Murphy se llevaba detenido a Burton y a toda su banda.

Y en Danville, Pennsylvania, Roy seguía caminando con aquel revólver apuntando a su espalda.

Capítulo XXVIII

Pero Roy Curtis no murió.

Sonó un disparo, sí. Era el *sheriff*. Enérgico, malcarado, pero fiel cumplidor de su deber había sido informado gracias a tener interceptada la línea de Kormalis. Por eso supimos también que «alguien» iba a matar a Roy y dimos la alarma.

El *sheriff* disparó tan certeramente que el arma que asomaba por la ventanilla del coche fue arrancada de las manos del mal agente.

Roy se volvió y le miró con cierto aire compasivo.

El representante oficial de la ley en Danville y su ayudante procedieron a la detención de aquel hombre.

Roy tomó a mirarle casi compasivamente. Luego prosiguió su camino, quizá con la amargura de pensar que otros no sienten el mismo respeto y el mismo amor que él sintió siempre por la profesión.

* * *

Jeremy Barker se había reunido con Roy Curtis. Ambos estaban en la prisión preventiva tras la cual se hallaba encerrado Kormalis.

El inspector del FBI les aguardaba en la sala contigua:

—Quiero felicitarles. Gracias a ustedes hemos ganado mucho tiempo.

Cedí los honores a mi amigo:

—Fue él, señor. El…

—No sea modesto —sonrió el del FBI.

—Bueno… De una forma u otra tenía que pasar mis vacaciones.

El inspector se volvió hacia mi amigo:

—Si los de Homicidios no le tratan bien, aquí tiene un puesto.

—Lo pensaré —sonrió Roy.

Salimos a la calle. El aire nos parecía más puro.

—¿Cuándo empiezas? —me preguntó.

—Mis vacaciones terminan dentro de un par de días.

—Eso es buena suerte —sonrió él.

—¿Buena? Pésima… ¿No te había dicho que mañana me caso con Julia? ¿Tú crees que hay derecho a tener un solo día de luna de miel…? ¡Y todo por culpa de tu desaparición!

—Lo siento. De veras que lo siento… A propósito… ¿Se ha comprobado si las balas que mataron a Winston son las de la pistola de Samantha?

—Sí, salieron de allí. Es una lástima. Una mujer tan bonita y morirá en la silla eléctrica.

Quedé pensativo. Hay cosas que uno no llegará a comprender nunca. ¿Por qué mata la gente? ¿Vale la pena quitar una vida humana? ¡No! El crimen nunca es rentable. Una frase hecha, sobada, pero cierta…

Dejé de pensar, no me quedaba demasiado tiempo para estar con Julia…

* * *

Nos besamos en mí siempre desarreglado apartamento.

No quería pensar en nada, absolutamente en nada.

—Mi amor… Tendrás que conformarte con una luna de miel insignificante.

Ella me abrazó con más fuerza y buscó mis labios:

—Me conformo con todo…

—Te quiero.

—¡Qué tonta he sido!

—No. Así hemos comprobado que no podemos vivir el uno sin el otro.

—¿De veras creíste que era cómplice de Burton?

Sonreí:

—No pensemos en esto… Olvidemos las palabras cómplice, asesino, ladrón… Olvidémoslas. Tenemos poco tiempo.

Sonó el teléfono. Por mí le hubiera dejado sonar hasta que se

cansaran. Pero no se cansaron. Lo tomé. Al otro lado sonó la voz agria y avinagrada de mi querido jefe McGowan:

—Oiga, Barker. Loman se ha puesto enfermo. ¿Le importaría sustituirle? Venga mañana a las ocho.

No contesté.

—¿Me oye, Barker? —repitió la voz de McGowan. Sonaba tan fuerte que hasta Julia podía oírla. Y fue ella la que me arrebató suavemente el auricular para contestar:

—Sí, señor. Barker irá, pero serán las diez… ¿Sabe usted? Es que a las nueve nos casamos. —Y colgó.

Le interrogué con la mirada. ¿Por qué dijo que sí? Me respondió con un susurro muy cerca de mis labios:

—Tengo que acostumbrarme, desde el primer día, a ser la esposa de un policía.

No me dejó replicar. Volvió a abrazarme y yo la besé. Bueno, nuestras intimidades no creo que interesen a nadie. La historia, pues, ha terminado.

FIN



María Victoria Rodoreda nació en Berga, provincia de Barcelona, aunque muy pronto se trasladaría a la capital, donde residió hasta su muerte, que tuvo lugar el 22 de julio de 2010 a los 79 años de edad. Allí conoció a su esposo, Juan Almirall Erliso
(1931-1994)
que había comenzado a escribir guiones y novelas y fue quien la animó a presentar sus primeros trabajos en las editoriales, comenzando así una extensa trayectoria como escritora. Más adelante, y dado que la demanda de originales fue creciendo, extendiéndose a todos los géneros, ambos decidieron trabajar de forma conjunta. Como cabía esperar dado su lugar de residencia, María Victoria siempre se movió por las órbitas de las editoriales de la Ciudad Condal, Toray primero y más tarde Bruguera y Producciones Editoriales, heredera esta última de la también barcelonesa Ferma. Una peculiaridad de María Victoria Rodoreda fue su afición a coleccionar seudónimos, hasta el punto de convertirse en la más prolífica, en lo que a éstos se refiere, de todos los autores de ciencia-ficción popular españoles. Catorce en total. Los siguientes en orden de mayor a menor utilización: Marcus Sidéreo, Vic Logan, Rand Mayer, Al Sanders, Boris Marcov, Holm van Roffen, Ian de Marco, Joseph Lane, Mark Donovan, Rock

Marley, Douglas Kirby, John Talbot, Kent Duvall y John Randall. Este último, por cierto, era un seudónimo habitual de su esposo, pero fue ella quien lo utilizó para firmar la novela Cuando todo termine, número 8 de la colección Infinitum. Además de los ya citados bolsilibros de ciencia-ficción, su legado es muy extenso, abarcando la totalidad de los géneros: romántico, bélico, espionaje, policíaco, terror, oeste… sin que ni ella ni su esposo dejaran ninguno por tratar. Asimismo firmó con su propio nombre, M.
V. Rodoreda,
numerosos guiones para cómics de colecciones tales como Hazañas Bélicas, Serenata, Babette, El Dúo Dinámico, Hazañas del Oeste… Por último, adaptó guiones de cuentos clásicos editados principalmente por las editoriales Toray y Bruguera. A raíz del colapso de las colecciones de bolsilibros y de la práctica totalidad de la literatura popular a mediados de los años ochenta, que por lo general supuso un mazazo para todos los que habían hecho de ella su profesión, María Victoria se apartó del mundo editorial, mientras su esposo todavía continuaría vinculado a él durante algún tiempo alternándolo con otras actividades.